

SELECTA



REVISTA MENSUAL

MAYO

AÑO II-N.º 2

1 PESO



SELECTA

Revista Mensual
Artística

Editada por la
Empresa "Zig-Zag"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

UN AÑO.....	\$ 10.00
SEIS MESES.....	5.50
NUMERO SUELTO.....	1.00

Cosme Vitagliano & Co.
Importadores de Casimires
Perú - Chile - Ecuador
Valparaíso 168, Victoria, 168
Santiago 111, Estado, 111
Siempre nuevos arribos.
Esta casa tiene las mas altas nove-
dades en Casimires Ingleses.
Constantemente enorme surtido.
Ventas por mayor y menor a precio sin compe-
tencia 111, Estado, 111
casi esquina Alameda.



Appassionato di profumi
trovo tra i più soadi
soavisimi quelli
della casa Bertelli

J. J. Chinazzini
Valparaíso



El almacén predilecto
de la Alta Sociedad :: ::
PRECIOS SIN COMPETENCIA

HAYES & Co.

:: :: Importadores :: ::
CALLE ESTADO ESQUI-
NA AGUSTINAS :: ::



SUMARIO

TEXTO

	Pags.
Hechos y Notas, Luis Orrego Luco.....	35
La ciudad de Buenos Aires, Fernán Ruiz.....	37
San Martín en Europa y América, Bartolomé Mitre.....	41
El Camalote, poesía, Rafael Obligado.....	46
Las grandes personalidades argentinas.....	47
Un duelo histórico.....	49
Los hombres representativos de la República Argentina	50
A propósito del centenario argentino, Lorenzo Anadón	54
Una página de historia argentina contemporánea.—La	
Unión Cívica y la Revolución de 1890.....	56
Poesía argentina, A. B.....	58
Sandro Botticelli, Dr. G. Mazzini.....	60
Mark Twain.....	62
El retrato.....	63
Los líricos y los épicos, Miguel Luis Rocuant.....	64
Arte dramático español, Luis Orrego Luco.....	67
El Egipto.....	69
Un baile de fantasía en Santiago.....	73
Un pintor de jardines.—Santiago Rusiñol, por Vittorio	
Pica.....	76
La fiesta del fuego, J. M. Perlaza.....	78
Santa Inés.....	80
Filosofía optimista.....	82
Libros nuevos.—Obra histórica sobre el Centenario.....	83

ILUSTRACIONES

El Cristo de los Andes (fotografía).....	36
Buenos Aires en 1802.....	37
Plaza de la Concepción (hoy Independencia).....	38
Cabildo y Pirámide de Mayo.....	38
Plano de la ciudad de Buenos Aires en 1856.....	39
Avenida de Mayo, Buenos Aires.....	40
Don José de San Martín (1848).....	41
Casa en que murió el Libertador.....	41
Dormitorio del General San Martín.....	42
Sepulcro de San Martín en Buenos Aires.....	43
Domingo F. Sarmiento.....	47
Bartolomé Mitre.....	48
Un duelo histórico, ilustración de P. Subercaseaux.....	49
General José de San Martín.....	50
General Gregorio de Las Heras.....	50
Justo J. de Urquiza.....	50
Nicolás Rodríguez Peña.....	51
Rivadavia.....	51
Juan Martín Puyredon.....	51
Bernardo Irigoyen.....	52
Nicolás Avellaneda.....	52
Manuel Quintana.....	52
Carlos Pellegrini.....	53
Excmo. señor Lorenzo Anadón.....	55
Medallón Clark, relieve de Simón González.....	59
La Primavera (fragmento), Sandro Boticelli.....	60
Juana Tornatbuoni, id. id.....	60
La adoración de los reyes magos, id. id.....	60
Alegoría de la Primavera, id. id.....	61
La Virgen, id. id.....	61
Mark Twain.....	62
Después de un día de ruda labor, cuadro de Phil. E.	
Stretton.....	63
Don Luis Rodríguez Velasco.....	64
La visita, cuadro de N. Van der Waay.....	66
Rosario Pino.....	67
Emilio Thuillier.....	68
Kom Ombo (Egipto).....	69
Barbero público en el Cairo.....	70
La Esfinge con las pirámides (Egipto).....	72
El Botín, cuadro de C. Tomai.....	73
El Verano, cuadro de Sorolla y Bastida.....	74
¿Puede ser? cuadro de A. Struys.....	75
La fuente del Fauno, Arquitectura arbórea, Los cipreses	
dorados, Santiago Rusiñol.....	76
Rincón florido, En el Generalife, id. id.....	77
La fiesta del fuego, ilustración de P. Subercaseaux.....	78
Santa Inés.—Sección del Criadero, Vista del Criadero	
Ramada de media sombra, Vista del conjunto de la sec-	
ción parque y conservatorio.....	81

ILUSTRACIONES EN COLORES

El Libertador don José de San Martín.....	34
Escudo de la ciudad de Buenos Aires.....	44
Una calle del Cairo (Chan Chalil).....	71

INSERCIÓN EN COLORES

Juramento de la Primera Junta Gubernativa Argentina	
(25 de Mayo de 1810). Acuarela de P. Subercaseaux	

SELECTA

REVISTA MENSUAL, LITERARIA Y ARTISTICA

Año II
Número 2

EDTS. PROPIETARIOS
EMPRESA ZIG-ZAG

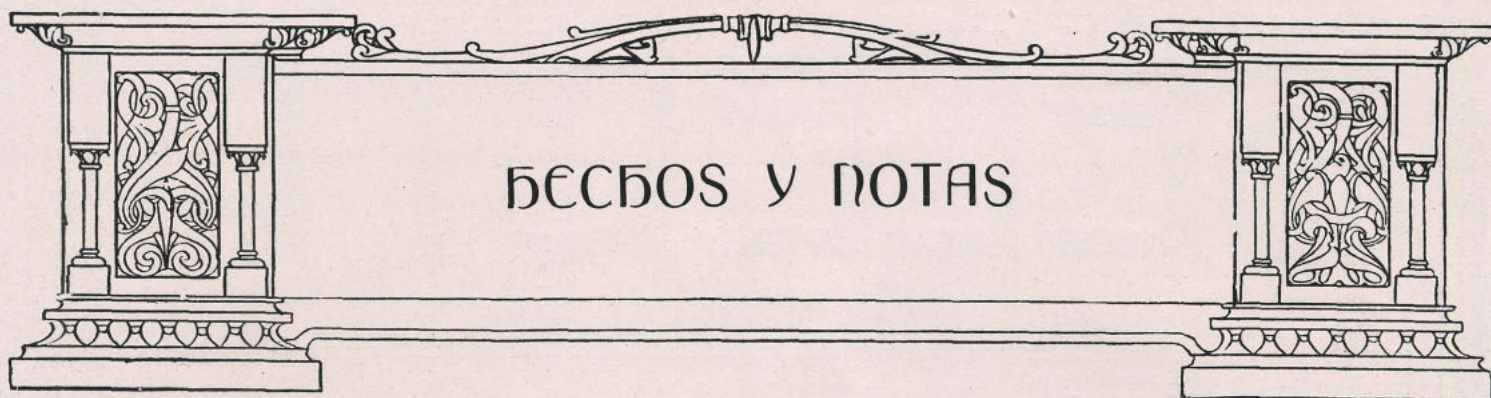
Santiago de Chile, Mayo de 1910

DIRECCION:
TEATINOS 666

Precio:
UN PESO



EL LIBERTADOR DON JOSE DE SAN MARTIN



HECHOS Y NOTAS

El Centenario de Mayo



AMOS á celebrar, en este mes de Mayo, uno de los acontecimientos más transcendentales de la historia americana: el centenario de la independencia argentina, el movimiento político del Río de la Plata, en el cual había de iniciarse la obra prodigiosa de transformación de Sud América. Hemos sido injustos

con España, echando á su cuenta las deficiencias, vacíos y errores del período colonial. Sus ideas fueron las de todas las naciones colonizadoras de los siglos XVI y XVII.

Querían éstas organizar mercados para sus fábricas y sus productos, estableciendo, con tal objeto, un verdadero monopolio económico, mediante el cual se prohibía la entrada á los mercados coloniales de los productos fabricados en otros países. Los galeones que hacían el viaje anual entre Cádiz y los puertos de América, llevaban los productos españoles á ésta, y conducían, de vuelta, los productos riquísimos de América, los minerales de Potosí y los de Méjico, el café, el azúcar y el cacao. Los otros países colonizadores de la misma época, entre ellos Inglaterra, procedían con arreglo á ese mismo criterio económico falso y pernicioso. España nos daba, en cambio, lo que podía darnos, todo lo que tenía: su alma generosa, su espíritu varonil y esforzado, el empuje de los viejos tercios que habían paseado triunfantes á través de Europa las banderas de la madre patria; su espiritualismo alto y sincero, calentado al soplo de los grandes místicos, activo y militante con San Ignacio de Loyola, místico y contemplativo con Santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada, fray Luis de León. Nos dió también su literatura magnífica del siglo de oro, las páginas inmortales de Cervantes y de Hurtado de Mendoza, y Quevedo, los dramas de Calderón, de Moreto, de Rojas y de Tirso de Molina, las comedias de Lope de Vega, la historia de Mariana, la filosofía de Vives, los cuadros de Velázquez, de Murillo y de Zurbarán, todo un mundo de arte, de bellas letras, de pintura y de poesía, el más alto esfuerzo de pensamiento y arte, de acción y de sentimiento que hubiera producido hasta entonces nación alguna desde los tiempos insuperables de la antigua Atenas. España dió á América todo lo que tenía. No le dió más porque no tenía más. Y á pesar de las inmensas riquezas enviadas de América á su metrópoli, ésta perdió en el cambio, pues la savia española, lo mejor de su raza en materia de energía y de ímpetus de combate, emigró al nuevo continente en busca de aventuras, de honores ó de riquezas, convirtiéndose en el embrión poderoso de las nuevas nacionalidades que, en virtud de las leyes sociológicas de la herencia, del medio y del desarrollo de los órganos útiles, habían de convertirse, por obra del proceso histórico, en Estados fuertes, henchidos de vida y de pensamiento propio.

No es éste el momento de analizar las causas que llevaron las jóvenes colonias á la independencia de Mayo ó de Septiembre de 1810. Es por demás conocida la influencia de las ideas

republicanas y del movimiento popular de Francia en 1789, así como el ejemplo dado por los Estados Unidos de la América del Norte. La propaganda republicana del general Miranda abría nuevos horizontes á las inteligencias de América, y en torno suyo crecían hombres que debían figurar con brillo entre los promotores de la nueva etapa histórica. A esto se agregaba la influencia de necesidades económicas, de libertad de cambios comerciales que obraban instintivamente en el secreto obscuro de los intereses coloniales. Hasta influyeron poderosamente las cuestiones de conciencia y las preocupaciones religiosas señaladas tan exactamente por Gervinus, y, como éste dice, la expulsión de los jesuitas del seno de pueblos para los cuales el espíritu religioso era una modalidad esencial de vida, criados como estaban en las tradiciones católicas de los conquistadores, fué un golpe considerable para el prestigio mismo de la monarquía. Y en tanto que sobre una parte de las clases conservadoras de la sociedad se abría una herida y un germen de rebelión con motivo de las órdenes reales que expulsaban á la gran orden católica militante, al mismo tiempo, por extraño fenómeno social, la otra parte de la sociedad colonial, la más culta, se impregnaba clandestinamente de las ideas democráticas y revolucionarias de los enciclopedistas franceses, sacando de ellas la fuerza de expansión que hubiera de empujar á la sociedad entera hacia la independencia en cuanto se produjeran naturalmente las condiciones favorables para el estallido revolucionario. La invasión de España por las tropas del Emperador Napoleón vino á tocar la hora decisiva de las colonias de la América española. Perdida, al parecer, la monarquía histórica, desaparecían con el Rey Carlos IV, prisionero en Bayona, los lazos morales de subordinación de América. ¿De dónde hubiera podido sacar autoridad moral sobre ellas el Rey José, que no representaba ninguna tradición histórica, que nada tenía que ver con el Rey don Fernando el Católico ni con doña Isabel? Solamente podían subsistir los lazos de la fuerza, y el océano—esa otra inmensa fuerza—la protegía, en tanto que el nuevo espíritu las impulsaba.

De esta manera se produjo la independencia de América, por sí sola, como hecho fatal y necesario, antes aún que la doctrina de sus pensadores le diera cuerpo, y antes que la espada de sus héroes la consolidara. Así se vió, de manera admirablemente gráfica, en el movimiento de Mayo, en la República Argentina, con la deposición del Virrey español, y en el de Julio, en Chile, con la deposición del Presidente García Carrasco. Las multitudes se ponían en movimiento siguiendo la voz de orden de conciliábulos secretos, de reducidos grupos de ciudadanos que tomaban por sí solos la dirección y transmitían el impulso.

La independencia de América, cuyo centenario conmemoramos ahora, iluminada por el sol de Mayo en el Plata y por el sol de Septiembre en Chile, es el hecho histórico más considerable del siglo XIX, tanto por su magnitud, originalidad, como por la extensión probable de sus consecuencias futuras, como tan acertadamente ha señalado un gran historiador. Del embrión

colonial surgieron jóvenes y vigorosas nacionalidades. Se produjo la unificación política de todo un continente que ahora pesa de manera transcendental en los destinos del mundo; se consagró un nuevo derecho constitucional, francamente republicano, en oposición á la antigua servidumbre y al derecho de conquista. Nuevas unidades orgánicas sociales, sin poderosa aristocracia nativa y hereditaria, libres de prejuicios, con la igualdad natural por base, surgieron como nuevo campo de experiencias en el desarrollo de la humanidad. Y, por último, ya comienza á diseñarse la formación de una nueva fuerza americana en condiciones de influencia sobre las sociedades de los otros continentes.

La revolución argentina, como la de Chile, encontraba preparado su terreno en las almas, cuando se produjo. Un grupo de hombres superiores se reunía en la quinta de don Nicolás Rodríguez Peña, en la calle actual de Callao, entre Paraguay y Urquiza, en la jabonería de Vieytes y en la casa de don Martín Rodríguez, situada en la calle de Cangallo, en la ciudad de Buenos Aires. A las mismas horas, cuando caía el crepúsculo, y en las altas horas de la noche, otra reunión análoga de hombres ilustres y de espíritus ardientes se reunía en la casa del conde de Quinta Alegre, en Santiago de Chile. A uno y otro lado de los Andes se agitaban las mismas ideas, en germinación espontánea; en ambas reuniones se comentaban los sucesos de la Península invadida por los ejércitos de Napoleón y se contemplaba el horizonte del futuro iluminado por la misma luz de alborada que saludó la independencia hace cien años.

En la quinta de Rodríguez Peña, en Buenos Aires, se congregaban don Manuel Belgrano, don Francisco Antonio Ocampo, don Cornelio Saavedra, don Florencio Ferrada, don Juan José Viamonte, don Antonio Luis Beruti, don Feliciano Chiclana, don

Juan José Paso, don Francisco Paso, don Hipólito Vieytes, don Martín Rodríguez, don José Castelli, don Agustín Dorado y don Nicolás Rodríguez Peña.

Se acordó pedir su renuncia al Virrey Cisneros en la noche del 20 de Mayo. Los patriotas se encontraban hondamente emocionados en esa hora suprema, como si sus pupilas rasgaran el velo de sombra del futuro. Los patriotas presentían muy grandes peligros, la resistencia posible, la sangre tibia, el calabozo y la muerte en caso de fracasar en tan arriesgada empresa.

Llegados el día y el momento, el comandante Ferrada se puso al frente de los Granaderos; el general Rodríguez y el doctor Castelli subieron lentamente las gradas que conducían á las habitaciones del Virrey. Llegados á presencia de éste, el doctor Castelli tomó la palabra y dijo:

“Excelentísimo señor: tenemos el sentimiento de venir en comisión del pueblo y el ejército, en armas, á intimar á V. E. la cesación del mando en el Virreinato”.

Hubo un gran silencio, de muerte, y luego tumulto de agitación nerviosa en que todos se ponían de pie. Cisneros se levantó, lleno de fuego, á protestar por la autoridad real atropellada. Castelli contestó con gran calma, con la tranquilidad aplastadora de la fuerza—de una gran fuerza interior.

El general Rodríguez intimó al Virrey el plazo de cinco minutos para contestar. Este dobló la cabeza; sentíase abandonado del ejército, del pueblo, de la sociedad entera. Por sus ojos hubo de cruzar el recuerdo de la heroica resistencia á los ingleses. Inclino la cabeza y dijo, á media voz: “Hagan ustedes lo que quieran”. Acababa de nacer una gran república en las mantillas de una colonia española. El pueblo tenía conciencia de sí mismo y se imponía.

LUIS ORREGO LUCO



El Cristo de los Andes

La Ciudad de Buenos Aires



Nuestro escritor humorístico, Max O. Reilly, decía en cierta ocasión: "El mundo es pequeño, pero la América es grande y los americanos son enormes..." La frase irónica se va convirtiendo poco á poco, en una realidad positiva. Nuestro continente avanza de un modo portentoso y tenemos ciudades que pueden figurar dignamente entre las primeras del Universo. Los Estados Unidos, en el norte, muestran ciudades como Nueva York y Chicago, de inmensa riqueza y de refinada cultura. La República Argentina, por el sur, parece haber reconcentrado la savia, la riqueza y la civilización de todo un pueblo en la ciudad de Buenos Aires, que puede figurar, con brillo, entre las primeras del mundo, empujada por una ola prodigiosa de cultura y de progreso, con sus espléndidos edificios y monumentos públicos, su inmenso puerto, su millón trescientos

ella con grandes misterios, mostrando con actividad vaga, un miraje de ciudad perdida, oculta, inalcanzable, que hacía palpitir los corazones de los aventureros. Don Pedro de Mendoza, fascinado acaso por estos encuentros, ofrecía costear una expedición al Plata, de su propio peculio, alcanzando del Emperador don Carlos V una concesión de doscientas leguas en el Atlántico, al sur de las posesiones portuguesas. El 21 de Mayo de 1534 se firmaba la concesión y poco después partía Mendoza, con catorce navíos y más de mil hombres, caballos, ganados y víveres. El mar inmenso le conducía lleno de ensueños y de esperanzas, á colonizar un continente, en busca de combates con los indios y minas de oro y plata que debían enriquecerle y cubrirlo de gloria. No consiguió ni gloria, ni fortuna.

Pero, el 2 de Febrero de 1535 echaba los cimientos de la ciudad que llamaba Santa María de Buenos Aires. Era que un aventurero,



Buenos Aires 1802

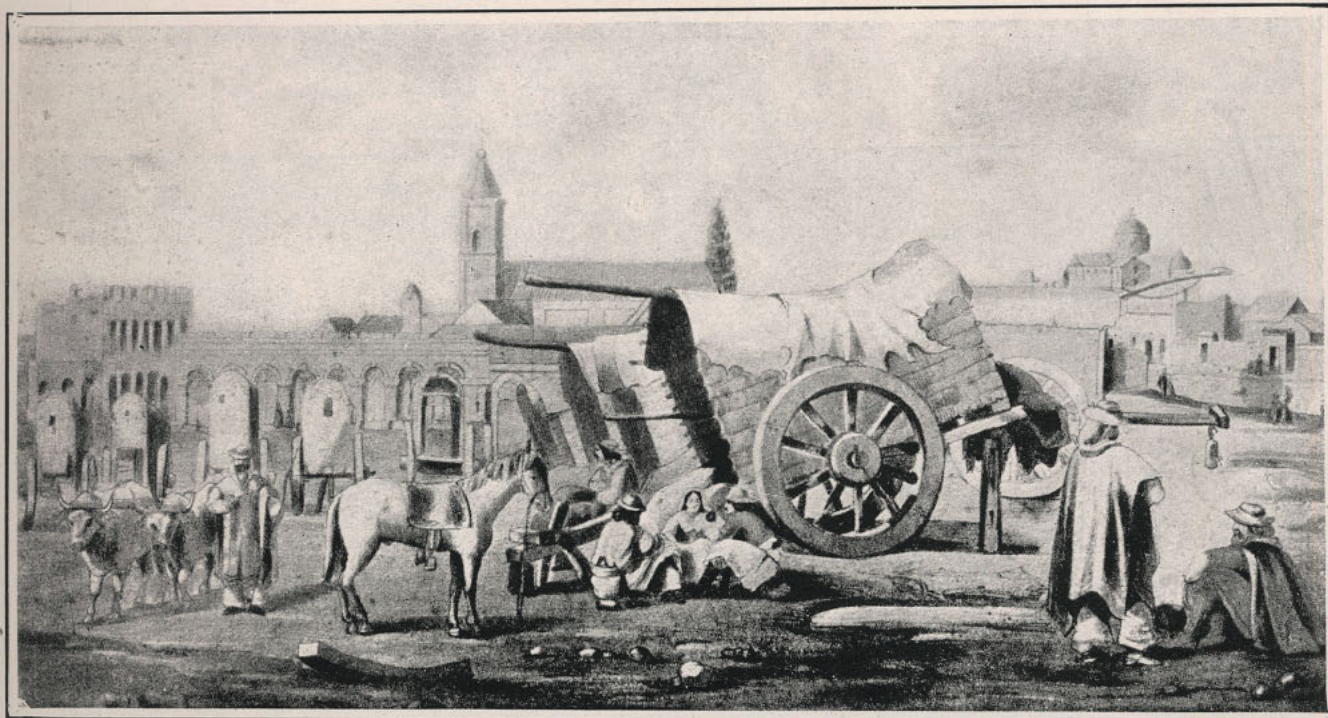
mil habitantes, sus paseos, sus teatros, su hormigueo inmenso de vida y su concentración de actividad política y comercial á un mismo tiempo.

Y, sin embargo, Buenos Aires es una ciudad de ayer, en comparación con las grandes capitales europeas. El Perú con sus riquezas fabulosas y las hazañas de Pizarro, que tenía mucho de leyenda fantástica ó de resurrección de la poesía épica, había conmovido los espíritus de la Península, despertando el afán de conquistas y el espíritu de aventuras en los esforzados guerreros de la madre patria. Todos soñaban con la gloria y la fortuna. Don Pedro de Mendoza, embriagado en esa atmósfera fascinadora de leyenda, quiso venir á nuestro continente en busca del nuevo Perú, desenvainando la espada de Cortés y de Pizarro. América, y en especial el Río de la Plata, permanecían envueltas en misterio. Hablaban de la leyenda de la Ciudad del Oro; los indios se referían á

al poner el pie en la plaza, había exclamado alegremente: "¿Qué buenos aires son los de esta tierra?". Esa frase feliz, esa exclamación de vividor, esa expansión inconsciente de alegría de la vida, dió su nombre á la ciudad del Plata, sirviéndole como de feliz augurio del porvenir risueño, como iniciación risueña de la gran ciudad que se diseñaba en las pampas áridas y melancólicas de un mundo nuevo.

Y, sin embargo, el alma de los conquistadores debía sentirse hondamente conturbada al encontrar en vez de un pueblo de alta civilización indígena aztecas ó quinchuas, con monumentos espléndidos y originales, organización social propia y fabulosas riquezas, con una mísera poblada de tres mil indios que vivían de la caza ó de la pesca.

La vida se ofrecía difícil en las extensas estepas inexploradas de la pampa, así como se había ofrecido ruda é inhospitalaria en



Plaza de la Concepción (hoy Independencia)

las regiones de Nueva Inglaterra, de América del Norte. Era el cumplimiento de la gran ley tan hábilmente señalada por Tomás Buckle en su historia de la civilización inglesa, de que las tierras donde la vida aparece en un principio más difícil y más duras son las tierras destinadas á más alto progreso, y cultura más intensa, á más poderoso vuelo social é intelectual.

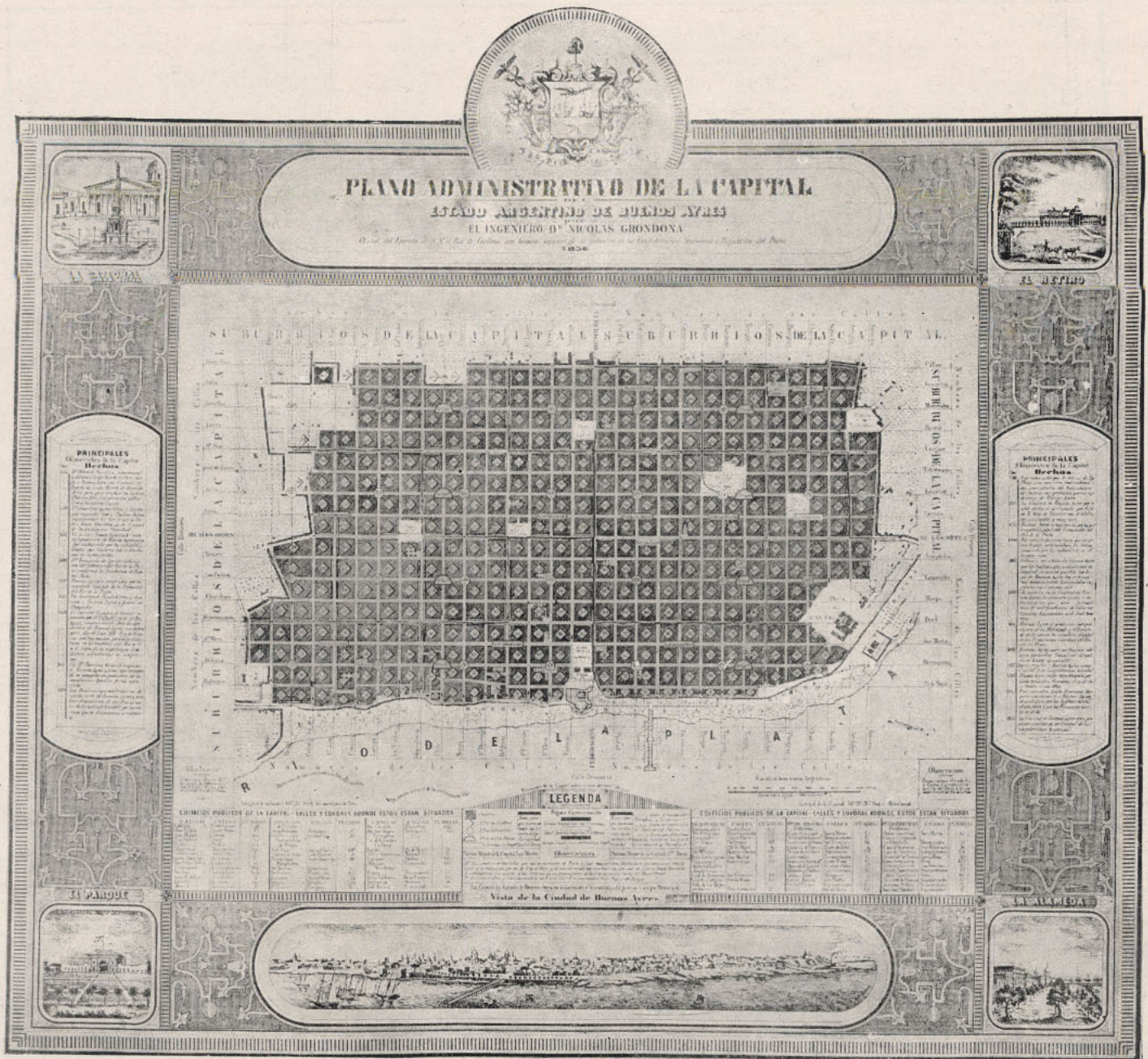
Las riquezas soñadas por Mendoza, las que provenían del oro y que precisamente eran de escaso valor, comparadas con los fecundos productos de la agricultura, no existían. En vez de ella encontraron los conquistadores el combate incesante y los asaltos de los indios que, en vez de procurarles víveres, les obligaban á refugiarse en el recinto de sus fuertes.

Juan de Garay, fundaba por segunda vez la ciudad destruída por los indios.

Habían transcurrido ya muchos inviernos y se encontraba en el 11 de Junio de 1580, cuando se dió nombre y vida nueva á la ciudad de "Santísima Trinidad de Santa María de Buenos Aires", colocándose la piedra fundamental en la esquina de la Catedral, calle Rivadavia y San Martín. La nueva ciudad tenía planta felizmente concebida, en forma de paralelógramo rectangular, cruzado por calles rectas que se cortan perpendicularmente, formando cuadrados perfectos. El recinto primitivo de la ciudad tenía una legua de fondo por veinticuatro cuadrados de frente; el centro se hallaba en la esquina de la Catedral, formándose una superficie de 960 cuadrados cuadrados. Todo en ella era regular, claro y preciso. No tenía las irregularidades pintorescas de las viejas ciudades españolas, como Toledo, llenas de misterioso encanto y de sobrehumana poesía, con sus callejas revueltas, de encrucijadas y



Cabildo y Pirámide de Mayo



Plano de la ciudad de Buenos Aires en 1856

de recodos, ni las sinuosidades de Sevilla, ni los altibajos y colinas de Granada. Era la ciudad bien delineada, clásica, del futuro comercio, como Tiro, Cartago, Nueva York, las grandes ciudades comerciales de la historia.

Los límites de Buenos Aires en 1580 eran: por el norte, la calle actual de Arenales; por el sur, la calle de San Juan; por el este, el Río de la Plata, y por el oeste, las calles de Gazeón.

Como sucedía en todas las ciudades recién fundadas por los españoles, los solares fueron repartidos entre los diversos aventureros, señalándose el pueblo con arreglo á las prescripciones generales del Emperador Carlos V. Pero la ciudad colonial, combatida por los indios y sujeta á los contratiempos naturales de las fundaciones nuevas, fué creciendo y desarrollándose en forma tal que bien pronto sus límites primitivos se hicieron estrechos para contenerla.

Al través del tiempo, aparecen en las profundidades de la historia esas figuras de aventureros que se lanzaban alegremente á un mundo desconocido en busca de aventuras y que fundaban ciudades, sentados sobre el arzón de la silla de campaña, en esas auroras de América, sin darse cuenta que echaban los fundamentos de grandes pueblos, de colosales construcciones, de obras inmensas, no superadas en la madre patria. Juan de Garay, Irala y otros aventureros, se nos aparecen con la coraza brillante, la visera baja y lanza en el puño, en la ribera del mar, junto á la ciudad recién fundada, y como sobrecojidos por las inmensidades de la Pampa, la inmensa estepa americana extendida ante sus ojos.

Buenos Aires crecía, desarrollaba su comercio, comenzaba á ser el centro necesario, señalado por la naturaleza, á donde confluían los productos agrícolas de una región inmensa. Y era tan considerable la importancia adquirida por la gran colonia española del Atlántico, que el monarca español no vaciló en elevarla á categoría de virreinato, nombrando para ese puesto á don Pedro de Zeballos el 1.º de Agosto de 1776. Las nuevas regiones entraban á figurar entre las más ricas del nuevo mundo, más no por sus riquezas mineras, sino por sus productos agrícolas que creaban la riqueza levantando el valor de la tierra misma, y convirtiéndola en instrumento cada día más valioso.

Luego dividióse el virreinato, por las ordenanzas de 1782, en ocho intendencias y dos gobernaciones. Su extensión era inmensa. Comprendía las provincias del Alto Perú, con las cuales en la época de la Independencia el general Sucre fundó la República de Bolivia, y además los territorios del Paraguay y del Uruguay. Era una inmensa región en gran parte inexplorada, llena de bosques impenetrables, regadas por ríos que parecían océanos, á la cual era peligroso aventurarse, en medio de las poblaciones de indios que tenían las inmensas regiones de la pampa y las fragosidades del bosque á sus espaldas.

Buenos Aires continuaba su vida prosperando lentamente, sin existencia propia, mas sufriendo, por reflejo, las vicisitudes de la madre patria. Las faltas de la madre patria prepararon su acción á la vida independiente. La alianza de Carlos IV con el emperador Napoleón, que llevó sus fuerzas marítimas al desastre de Trafalgar,

despertó en los ingleses el deseo de arrebatar á España sus colonias. Un ejército mandado por Sir Carlos Berresford, partía del cabo de Buena Esperanza y se apoderaba del fuerte de Buenos Aires, el 6 de Julio de 1806. Eran mil seiscientos ingleses. El virrey Sobremonte, en vez de atender á la defensa de la ciudad que le había sido confiada, huía pensando en su salvación personal y en sus riquezas. El empuje y la iniciativa de los conquistadores parecían haber desaparecido y no se encontraba ni asomos de ellos en los bastones de oro de los afeminados gobernantes.

Pero el pueblo resistió, encabezado por don Juan Martín Pueyrredón y don Santiago Liniers. El primero preparaba un regimiento de caballería, el segundo una escuadra en Montevideo. Las tropas de Pueyrredón fueron batidas, pero eso no le desalentó. Sigue su avance, júntase con Liniers, y reúnen más de dos mil hombres, soldados improvisados que debían luchar con los ingleses. El cielo encapotado anuncia la tempestad que se precipita con la fuerza incontenible de los huracanes de América. Las tropas de América avanzan bajo el viento y la lluvia y penetran hasta Buenos Aires. El 10 de Agosto Liniers, á la cabeza de su tropa, rompe el fuego contra los ingleses y ocupa los canales de Miserere. Luego se toma el parque de artillería inglesa en la plaza de San Martín. Berresford se ve constreñido á reconcentrar la defensa en la Plaza de Mayo. Pero se ve obligado á capitular, después de un vigoroso ataque de las tropas y del vecindario, que le obligó á reconcentrarse en el Fuerte de San Juan de Austria, hoy día casa del Gobierno Nacional argentino. Allí alzó Berresford su bandera blanca.

La victoria había sido completa. Y el pueblo pedía al Cabildo la deposición de Sobremonte por su conducta vergonzosa y el nombramiento de Liniers. Sin embargo, la ciudad reo debía verse tan pronto libre de las asechanzas de los ingleses. Una nueva expedición seguía de cerca á la primera. Esta vez se presentaba en las márgenes del Plata el general Whitelocke, acompañado de un ejército de once mil hombres de tropa veterana y de numerosa artillería, apoyado por la escuadra del Almirante Murray. Buenos Aires le presentaba el ejército organizado por Liniers, compuesto de ocho mil quinientos hombres y cien piezas de artillería. El 6 de Julio iniciaban las tropas inglesas el ataque. Buenos Aires ardía, envuelto en un huracán de fuego y de hierro. Los ingleses luchaban con el denuedo tradicional en sus ejércitos, con el ímpetu que les había dado tantas veces la victoria. Buenos Aires se defendía con el heroísmo de la raza española. El 7 de Julio, los ingleses vencidos

firmaban el acta de la capitulación. Y se comprometían á abandonar, en breve plazo, las aguas del Plata.

En realidad, ese día, el pueblo argentino afirmaba por medio de la fuerza, y con el brillo deslumbrador de la victoria, su personalidad moral. Aquel día, el pueblo argentino tomaba conciencia plena de sí mismo, se salvaba por sus propias manos, y comprendía que los gobernantes españoles eran apenas un nombre, una sombra, un fantasma sin significación alguna ante los grandes hechos realizados.

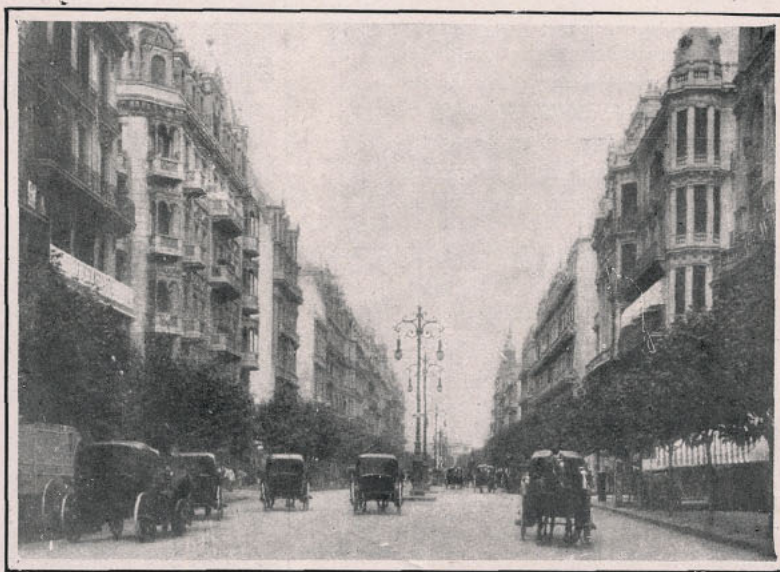
Buenos Aires, desde esos grandes momentos históricos, debía necesariamente convertirse en centro de la vida argentina. Su importancia política habría de correr pareja con su importancia histórica y comercial. Así se ha desarrollado de manera extraordinaria, y solo igualada en los grandes centros de los Estados Unidos de Norte América. El puerto se levanta á doscientos setenta y cinco kilómetros de la desembocadura del Plata en el Océano, ocupando una extensa llanura limitada al S. E. y S. O. por el partido de Lomas de Zamora y el de Matanza, respectivamente: al Oeste el del General San Martín, y al Norte por el de San Isidro, cerrándola de Norte á Sur, y siguiendo por el Oeste la Avenida General Paz. El clima de Buenos Aires es suave y sano, salvo en estío, estación en la cual suelen alcanzarse grandes calores, muy superiores á los que tenemos en Chile en los mismos meses. Suele soplar un viento llamado "pampero", muy impetuoso y bastante frío, en ciertas épocas del año.

La capital del Plata es una ciudad cosmopolita, llena de elementos extranjeros, principalmente españoles é italianos, que constituyen las moléculas de su nueva nacionalidad en gestación.

El lujo de automóviles en la ciudad, y de carruajes, alcanza grandes proporciones. Es interesante la cultura y el refinamiento de la vida en esta gran población, que hace tiempo ha pasado ya del millón de habitantes. La sociedad es tan elegante como en París y Londres. Tiene, además, la cultura artística de los grandes centros. En sus teatros han cantado Tamagno, Gayarre y otras grandes celebridades musicales. Coquelin y Eleonora Duse han representado en sus escenarios. Han dado conferencias personalidades literarias del alto vuelo: de Anatole France, de Guglielmo Ferrero y Blasco Ibáñez; próximamente se dirigirá Clemenceau, el eminente político francés, á dar conferencias á sus salas.

La vida y el progreso calientan ese grandioso laboratorio humano, en el cual se prepara una noderosa y expansiva nacionalidad cuya influencia está destinada á cruzar los mares haciéndose sentir en regiones apartadas y remotas.

FERNAN RUIZ



Avenida de Mayo, Buenos Aires.

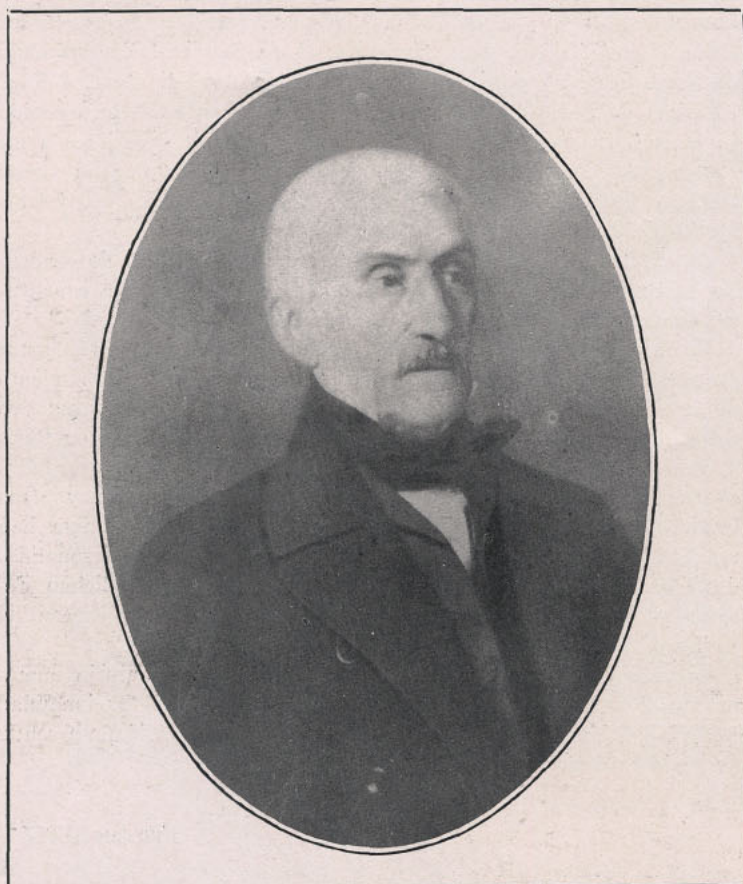


SAN MARTIN

EN EUROPA Y AMERICA

I

El 9 de Marzo de 1812 llegaba al puerto de Buenos Aires, procedente de Londres, la fragata inglesa "George Canning", nombre



Don José de San Martín (1848)

bajo cuyos auspicios debía imponerse más tarde al viejo mundo el reconocimiento de la independencia sud-americana, que uno de los oscuros pasajeros que conducía aquella nave estaba llamado á hacer triunfar por la fuerza de su genio. Era éste, el entonces teniente coronel José de San Martín, "el más grande de los criollos del Nuevo Mundo", como con verdad y con justicia póstuma ha sido apellidado.

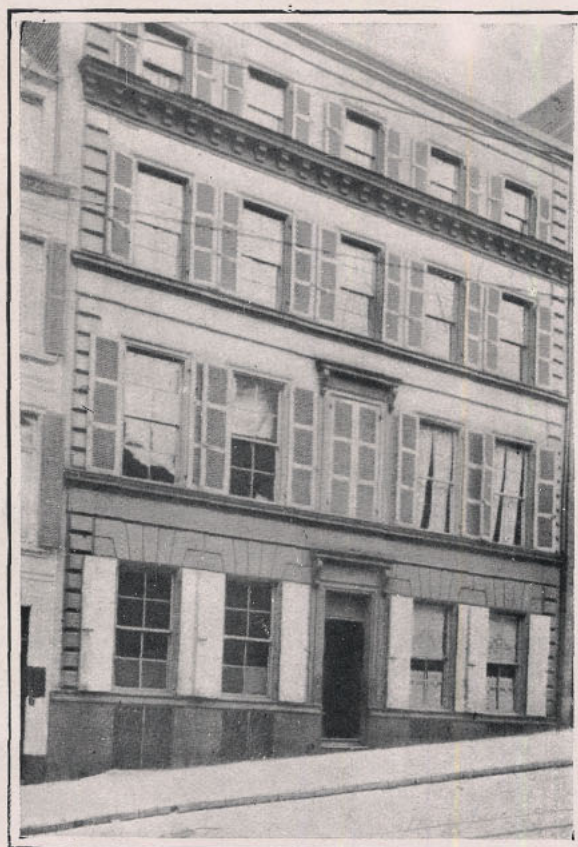
Hacia veintiseis años que niño aún, se había separado de la tierra natal, y regresaba á la sazón á ella en toda la fuerza de la virilidad, poseído de una idea y animado de una pasión, con el propósito de ofrecer su espada á la revolución sud-americana, que contaba ya dos años de existencia, y que en aquellos momentos pasaba por una dura prueba. Templado en las luchas de la vida, amaestrado en el arte militar, iniciado en los misterios de las sociedades secretas propagadoras de las nuevas ideas de libertad, formado su carácter y madurada su razón en la austera escuela de la experiencia y el trabajo, el nuevo campeón traía por contingente á la causa americana, la táctica y la disciplina aplicadas á la política y á la guerra; y en germen, un vasto plan de campaña continental, que abrazando en sus lineamientos la mitad de un mundo, debía dar por resultado preciso el triunfo de su independencia.

Se ha dicho que San Martín no fué un hombre, sino una misión. Sin exagerar su severa figura histórica, ni dar á su genio concreto

un carácter místico, puede decirse con la verdad de los hechos comprobados, que pocas veces la intervención de un hombre en los destinos humanos fué más decisiva que la suya, así en la dirección de los acontecimientos, como en el desarrollo lógico de sus consecuencias.

Dar expansión á la revolución de su patria, que entrañaba los destinos de la América, salvándola y americanizándola, y ser á la vez el brazo y la cabeza de la hegemonía argentina en el período de su emancipación:—combinar estratégica y tácticamente en el más vasto teatro de operaciones del orbe, el movimiento alternativo ó simultáneo y las evoluciones combinadas de ejércitos ó naciones, marcando cada evolución con un triunfo matemático ó la creación de una nueva república:—obtener resultados fecundos con la menor suma de elementos posibles y sin ningún desperdicio de fuerzas:—y por último, legar á su posteridad el ejemplo de redimir pueblos sin fatigarlos con su ambición ó su orgullo,—tal fué la múltiple tarea que llevó á cabo en el espacio de un decenio y la lección que dió este genio positivo, cuya magnitud circunscripta puede medirse con el compás del geómetra dentro de los límites de la moral humana.

De aquí, la unidad de su vida y lo compacto de su acción en el tiempo y en el espacio en que se desarrolla la una y se ejercita la otra. Toda su juventud es un duro aprendizaje de combate. Su primera creación es una escuela de táctica y disciplina. Su carrera pública es la ejecución lenta, gradual y metódica de un gran plan de campaña, que tarda diez años en desenvolverse desde las márgenes del Plata hasta el pie del Chimborazo. Su ostracismo y su apoteosis es la consagración de esta grandeza austera, sin recom-



Casa en que murió el libertador

piensas en la vida, que desciende con serenidad, se eclipsa silenciosamente en el olvido, y renace á la inmortalidad, no como un mito, sino como la encarnación de una idea que obra y vive dilatándose en los tiempos.

II

Esta figura de contornos tan correctos es empero todavía un enigma histórico por descifrar. ¿Qué fué San Martín? ¿Qué principios le guiaron? ¿Cuáles fueron sus designios? Estas preguntas que los contemporáneos se hicieron en presencia del héroe en su grande-

medio de la lucha, por la lógica inflexible del hombre de acción, colocando su figura histórica en el pasado y el presente bajo la luz en que la contemplarán los venideros. La grandeza de los que alcanzan la inmortalidad no se mide tanto por la magnitud de su figura ni la potencia de sus facultades, cuanto por la acción que su memoria ejerce sobre la conciencia humana, hacéndola vibrar simpáticamente de generación en generación en nombre de una pasión, de una idea ó de un resultado trascendental. La de San Martín pertenece á este número. Es una acción y un resultado, que se dilata en la vida y en la conciencia colectiva, más por virtud intrínseca que por calidades inherentes al hombre que la simboliza;



Dormitorio del general San Martín

za, del hombre en el ostracismo y de su cadáver mudo como su destino, son las mismas que se hacen aún los que contemplan las estatuas que su posteridad le ha erigido, cual si fueran otras tantas esfiges de bronce que guardasen el secreto de su vida.

San Martín no fué ni un mesías ni un profeta. Fué simplemente un hombre de acción deliberada, que obró como una fuerza activa en el orden de los hechos fatales, teniendo la visión clara de un objetivo real. Su objetivo fué la independencia sud-americana, y á él subordinó pueblos, individuos, cosas, formas, ideas, principios y moral política, subordinándose él mismo á su regla disciplinaria. Tal es la síntesis de su genio concreto. De aquí el contraste entre su acción contemporánea y su carácter óstumo; y de aquí también esa especie de misterio que envuelve sus acciones y designios, aún en presencia de su obra y de sus resultados.

La historia en posesión de esta síntesis delineará su verdadera grandeza, reduciéndola á sus proporciones naturales, y explicará la aparente contradicción y fluctuación de sus ideas y principios en

más por la fuerza de las cosas, que por la potencia del genio individual.

No es el precursor de los hechos fatales á que sirve; pero es el que mejor los discierne, y el que en definitiva los hace triunfar. Sus creaciones no nacen súbitamente de su cerebro, armadas de pie á cabeza como la divinidad fabulosa: son el simple resultado de sus acciones que se suceden, produciendo resultados espontáneos. Más soldado que hombre especulativo, resuelve arduos y complicados problemas, concibiendo estratégicamente planes militares. Conjura peligros dando la fórmula práctica de una situación. Da formas tangibles á una revolución, organizando ejércitos regulares. Liberta pueblos, ganando tácticamente sus batallas. Emancipa esclavos, sin confesar un credo político. Crea nuevas asociaciones, sin perseguir un ideal social. Bosqueja con su espada las grandes líneas de la geografía política de Sud-América, y las fija para siempre, obedeciendo por instinto á la índole de los pueblos. Funda empíricamente repúblicas democráticas, por el solo hecho de no contrariar

las tendencias nativas de los pueblos que emancipa, abrigando empero en su mente otro plan teórico de organización política. Era un libertador en acción que obedecía á su propia impulsión. Por eso sus acciones son más trascendentales que su genio, y los resultados de ellas más latos que sus previsiones. Y sin embargo, no puede concebirse ni aún hipotéticamente quién pudo haberle reemplazado en la tarea contemporánea, ni quien llenaría el vacío que resultaría en la conciencia de su posteridad si su espíritu no la impregnase.

Inteligencia común de concepciones concretas; general más metódico que inspirado; político por necesidad y por instinto más que por vocación, su grandeza moral consiste en que, cualesquiera que hayan sido sus ambiciones secretas en la vida, no se le conocen otras que las de sus designios históricos; en que tuvo la fortaleza del desinterés, de que es el más noble y varonil modelo; en que supo tener moderación para mantenerse en los límites de su genio y de su misión; en que habló solo dos veces en la vida,—una para exhalar una débil queja al despedirse por siempre de su patria, dándole sus consejos, y otra para abdicar el poder sin enojo y despedirse por siempre de la América, apelando al fallo de la posteridad;—y en que murió en silencio, después de treinta años de olvido, sin debilidad, sin orgullo y sin amargura, viendo triunfante su obra y deprimida su gloria.

La posteridad agradecida lo ha aclamado grande, la América del Sud lo reconoce como á uno de sus dos grandes libertadores, y tres repúblicas lo llaman padre de la patria y fundador de su independencia.

III

A esta fisonomía histórica correspondía una figura varonil, un rostro reflejo de sus cualidades, y un alma ardiente de pasión concentrada con manifestaciones frías y reservadas que á veces hacían explosión.

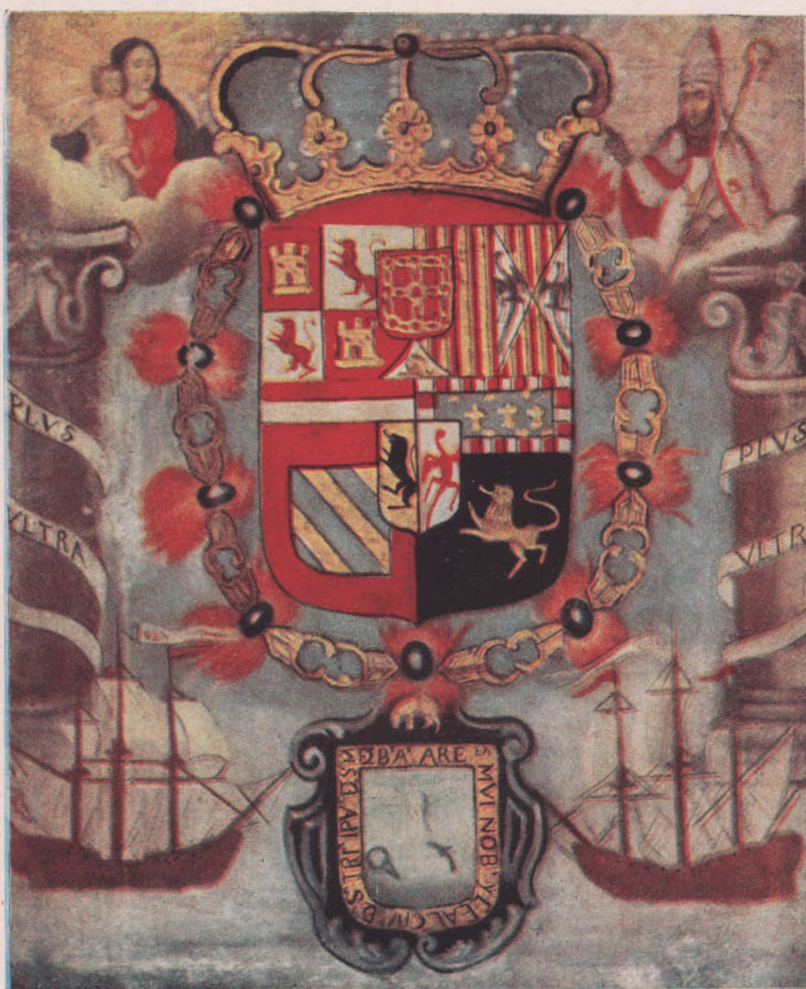
En los heroicos días de su edad viril, San Martín, como la estatua viva de las fuerzas equilibradas, era alto, robusto y bien distribuido en sus miembros, ligados por una poderosa musculatura. Llevaba siempre erguida la cabeza, que era mediana y de una estructura sólida sin pesadez, poblada de una cabellera lacia, espesa y renegrida que usaba siempre corta, dando relieve á sus líneas simétricas sin ocultarlas. El desarrollo uniforme del contorno craneano, la elevación rígida del frontal, la ligera inclinación de los parietales apenas deprimidos sobre las sienes, la serenidad enigmática de la frente, la ausencia de proyecciones hacia el idealismo, sino caracterizaban la cabeza de un pensador, indicaban que allí se encerraba una mente robusta y sana, capaz de concebir ideas netas, incubarlas pacientemente y presidir sus evoluciones hasta darles formas tangibles. Sus facciones, vigorosamente modeladas en una carnadura musculosa y enjuta, revestida de una tez morena y tostada por la intemperie, eran interesantes en su conjunto y cautivaban fuertemente la atención. Sus grandes ojos, negros y rasgados, incrustados en órbitas dilatadas, y sombreados por largas pestañas y por anchas cejas,—que se juntaban en medio de la frente al contraerse hacia arriba, formando un doble arco tangente,—miraban hondamente, dejando escapar en su brillo normal el fuego de la pasión condensada, al mismo tiempo que guardaban su secreto. Este era el rasgo característico de su fisonomía, que según la expresión de un contemporáneo que le observó de cerca, simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza. —La nariz pronunciada y larga, aguileña y bien perfilada, se proyectaba atrevidamente en líneas regulares, á la manera de un contrafuerte que sustentase el peso de la bóveda saliente del cráneo.—Su boca, pequeña, circunspecta y franca, con labios acarminados, firmes, carnosos y bien cortados, se animaba á veces con una sonrisa simpática y seria, que dejaba entrever una rica dentadura verticalmente clavada.—Los planos de la parte inferior del rostro eran casi verticales, destacándose de ellos horizontalmente la barba que cerraba el óvalo, y lo acentuaba como un signo de la voluntad persistente, sin acusar ningún apetito sensual, rasgo que la edad avan-



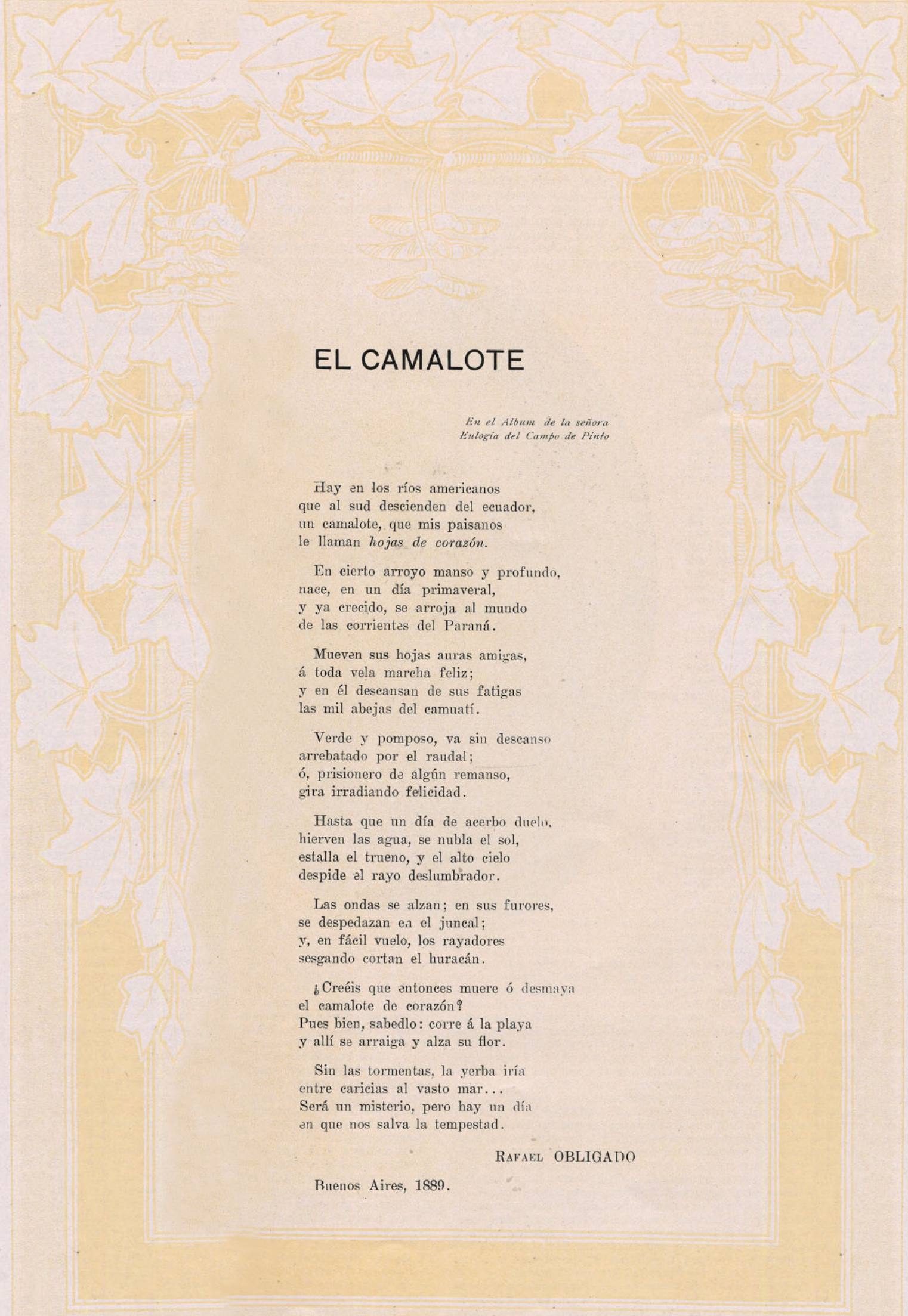
Sepulcro de San Martín en Buenos Aires

zada puso más de relieve.—La oreja era regularmente grande, sin carácter determinado, pero asentada, mansa y llena de atención, como la de un caballo veterano avezado al fuego de las batallas.—Su voz era ronca; á su talante marcial unía un porte modesto y grave; eran sus ademanes sencillos, dignos y deliberados, y todo en su persona, desnuda de aparato teatral, inspiraba naturalmente el respeto sin excluir la simpatía.

San Martín hablaba con sencillez, daba sus órdenes verbales con precisión, y tenía chiste espontáneo en su conversación. Escribía lacónicamente con estilo y pensamiento propio. Poseía el francés, leía con frecuencia, y según se colige de su cartas, sus autores predilectos eran Guibert y Epicteto, cuyas máximas observaba, ó procuraba observar, como militar y como filósofo práctico. Profundamente reservado y caluroso en sus afecciones, era observador sagaz y penetrante de los hombres, á los que hacía servir á sus designios según sus aptitudes. Altivo por carácter y modesto por temperamento y por sistema más que por virtud, era sensible á las ofensas, á las que oponía por la fuerza de la voluntad un estoicismo que llegó á formar en él una segunda naturaleza. Moderado por cálculo y humano por temperamento; paciente en la elaboración de sus planes, austero en el deber sin dejar de ser tolerante con las debilidades humanas; severo hasta la dureza á veces, pero sólo cuando lo consideraba necesario; reservado hasta tocar el disimulo; prevalecía sobre sus calidades adquiridas su naturaleza apasionada de criollo americano, que reflejaba inconscientemente las ideas caducas del orden de cosas que odiaba y combatía. Hombre de acción por sus cualidades nativas, cuando fué llamado á dirigir los hombres por móviles morales, mostró pertenecer á la raza de aquellos descendientes de Hércules de que habla Lisandro, que sabían coser la piel del zorro á la del león.



ESCUDO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES



EL CAMALOTE

*En el Album de la señora
Eulogia del Campo de Pinto*

Hay en los ríos americanos
que al sud descenden del ecuador,
un camalote, que mis paisanos
le llaman *hojas de corazón*.

En cierto arroyo manso y profundo,
nace, en un día primaveral,
y ya crecido, se arroja al mundo
de las corrientes del Paraná.

Mueven sus hojas auras amigas,
á toda vela marcha feliz;
y en él descansan de sus fatigas
las mil abejas del camuatí.

Verde y pomposo, va sin descanso
arrebataado por el raudal;
ó, prisionero de algún remanso,
gira irradiando felicidad.

Hasta que un día de acerbo duelo,
hierven las agua, se nubla el sol,
estalla el trueno, y el alto cielo
despide el rayo deslumbrador.

Las ondas se alzan; en sus furores,
se despedazan en el juncal;
y, en fácil vuelo, los rayadores
sesgando cortan el huracán.

¿Creéis que entonces muere ó desmaya
el camalote de corazón?
Pues bien, sabedlo: corre á la playa
y allí se arraiga y alza su flor.

Sin las tormentas, la yerba iría
entre caricias al vasto mar...
Será un misterio, pero hay un día
en que nos salva la tempestad.

RAFAEL OBLIGADO

Buenos Aires, 1889.

Las grandes Personalidades Argentinas

DOMINGO F. SARMIENTO

POR aquel tiempo estaba ya entre nosotros la brillante emigración argentina que habían lanzado á este lado de los Andes la tiranía de Rosas y de sus aliados, los caudillos de provincia, y la sangrienta guerra civil que había terminado con la ruina de Lavalle, de Paz y de los demás jefes unitarios que habían sucumbido por libertar á su patria.

En los primeros días de Enero de 1841, José María Núñez nos habló de un emigrado argentino, muy raro, á su parecer, que debía presentarnos; y por cortesía nos anticipamos á ser presentados á él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Este era un salón cuadrado muy espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja, y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta había una larga fila de cuadernos á la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado, en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del *Diccionario de la Conversación* que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que á los pocos días fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender á sus necesidades.

El hombre realmente era raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, á pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía se animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática é interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el General La Madrid, de su paso por los Andes, donde estuvo á punto de perecer con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rosas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro Presidente de la República Argentina... Tanto nos interesó aquel embrión de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con la palabra sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que abriese una escuela para ganar su vida, le ayudamos á fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entonces á allanarle el camino para la dirección de la Escuela Normal de Preceptores que tenía en proyecto don Manuel Montt, quien era á la sazón el Ministro que servía de centro á las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política y por una protección más inteligente y más decidida á la instrucción pública. Poco después le presentamos en casa de aquel Ministro, dando así origen á una larga amistad, que hoy mantienen ambos, después de habérsela comprobado con recíprocos servicios. En esa visita, Sarmiento nos impuso la compañía de otro emigrado amigo suyo, llamado Quiroga Rosas, quien por sus pulidas formas era su contraste, y por su feliz memoria para encuadrar en su conversación cuanto sabía de historia, de anécdotas y de dichos célebres, era un tipo de pedante, digno del cincel de Moratin. El joven Ministro, que por haber sido rector y compañero nuestro en el Instituto, nos honraba con su confianza, nos reveló después que había distinguido al primer golpe de vista á los dos presentados, y que había adivinado en Sarmiento el talento que muy pronto comenzó á utilizar en la prensa política y que utilizó también para plantear la Escuela Normal.

Un día de Febrero de 1841, cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada y mejor elaborada, y no vacilamos en remitirle á Rivadeneira, que entonces mantenía "El Mercurio" de Valparaíso sin redacción y viviendo de las correspondencias que

sus amigos de Santiago y entre ellos nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento, que se publicó en el número del día 12, llamó la atención, y tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos mensuales por tres ó cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero después de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó á ser el redactor y el amigo de Rivadeneira, y entonces dió principio á esa larga vida de diarista en que ha peleado tantas batallas y ha segado tantos laureles como abrojos.

BARTOLOME MITRE

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX, las Repúblicas sudamericanas—creadas sobre las antiguas colonias de España

por el contagio liberal y filosófico de la Revolución francesa—conservaban en gran parte las costumbres y las tradiciones monárquicas: eran Gobiernos fuertes, basados en la autocracia y en la milicia. Por medio de un Parlamento dócil, ofrecían al pueblo una apariencia constitucional. Hacían creer que era enemigo del orden y de la sociedad todo el que hablase de establecer realmente el gobierno democrático en cuyo nombre se había lanzado el grito de independencia. Algo semejante pasaba en Europa, donde las monarquías, habiéndose hecho constitucionales, continuaban, en realidad, ejerciendo el antiguo absolutismo.

La generación de 1830 nació al estampido de revoluciones populares que desde Europa arrojaban sobre América un soplo de alzamiento democrático. El liberalismo y las doctrinas sociales de 1848—agregándose á Juan Jacobo Rousseau y Saint Simon—nutrieron la inteligencia é inspiraron el corazón de los jóvenes del mundo entero. Para esa generación—educada en semejante escuela—se hizo insoportable la resistencia que las fuerzas antiguas presentaban en América. Formaron, los jóvenes de entonces, un hermoso grupo, liberal y filosófico, que emprendió una vasta campaña de renovación política y social. Fueron grandes hombres, luminosa encarnaciones de la libertad, heroicos sostenedores del derecho. Gracias á ellos se operó una evolución benéfica: del gobierno centralizado se pasó al gobierno representativo: de la

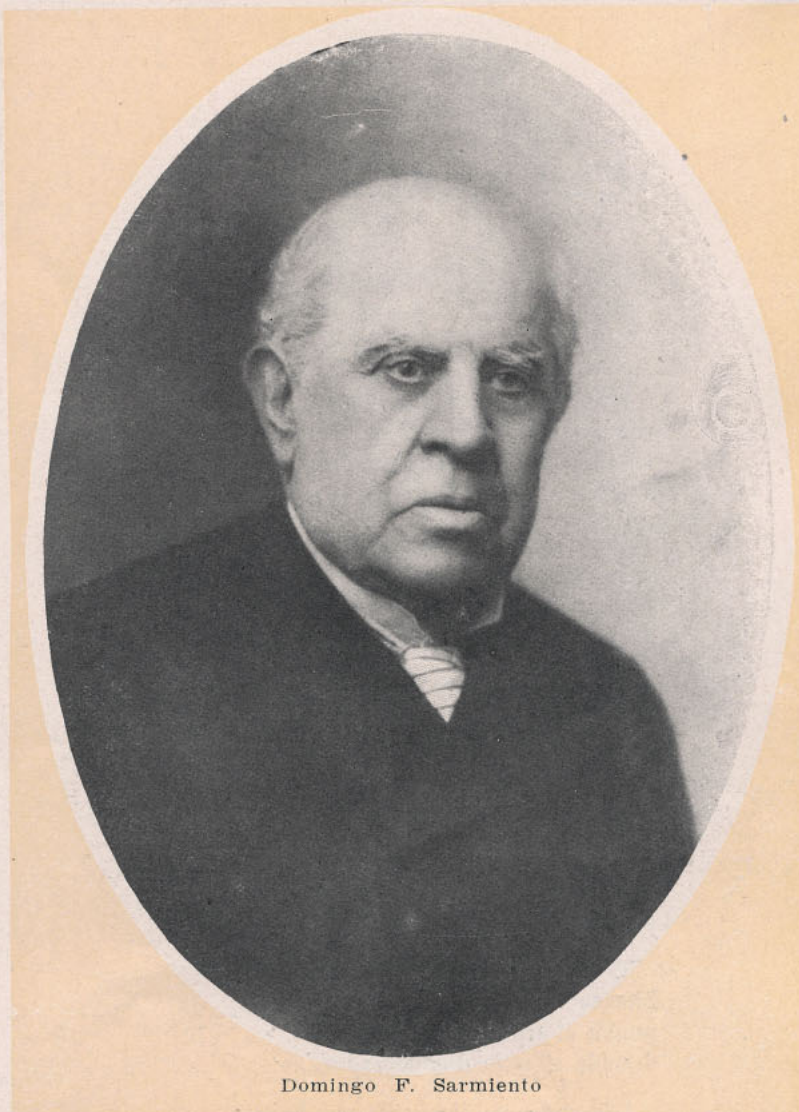
dominación teológica se pasó á la libertad de conciencia: de la oligarquía se pasó á la democracia.

Los hombres que formaron ese grupo y que tal obra realizaron, se presentan á los ojos del historiador, no sólo con una aureola venerable, sino también con un carácter internacional semejante al de los héroes de la independencia. Es que éstos, como aquéllos, no tuvieron patria determinada; fueron, en todo el continente, paladines de una causa política. Como San Martín y Las Heras transmontaron los Andes para librar á Chile de la dominación española, Francisco Bilbao fué á Buenos Aires á sembrar ideas de amor al pueblo y á libertar al pensamiento de las trabas antiguas. Así también Mitre, Sarmiento, Alberdi, anduvieron en la Banda Oriental, en Bolivia, en Chile, rompiendo lanzas por la libertad política. Ellos fueron los héroes de la segunda campaña de nuestra independencia. En 1810 nos libertamos de la opresión en que España nos mantenía; en 1850 nos libertamos de las tradiciones antiguas.

Esto dió á esos hombres una popularidad americana, una atmósfera de gloria más amplia y más bella. Día llegará en que nuestro progreso continental, agradecido á la obra de Sarmiento, no sepa decir claramente si ese hombre fué chileno ó argentino. En ambos países combatió los gobiernos despóticos, en ambos países levantó el nivel intelectual del pueblo, en ambos países dejó obras inmortales, en ambos tuvo sufrimientos y amores.

Tal fué Mitre; y más todavía, porque no sólo está su huella en la historia de nuestro liberalismo, sino también en el Perú, en Bolivia, en Uruguay. A este héroe legendario pequeña se le hizo la pampa argentina y la montaña chilena para pelear por la libertad política. Por eso el General don Bartolomé Mitre no sólo fué ciudadano argentino: fué hijo y servidor de la gran Patria Americana.

Por eso, cuando en 1883, el General Mitre volvió á Chile, fué recibido con arcos de triunfo y vítores del pueblo, como un hé-



Domingo F. Sarmiento

roe nacional. En realidad lo era. Había sido, en 1852, en Valparaíso, redactor de "El Mercurio", enemigo encarnizado del gobierno de don Manuel Montt, desterrado "chileno" en el Perú. En Santiago había sido literato fecundo; con sus compatriotas emigrados en el "Círculo de los Amigos de las Letras", había promovido polémicas memorables: con Lastarria había medido su pluma de historiador y con Eusebio Lillo su estro de poeta. Santiago fué el Edén de sus amores juveniles. Al verlo reaparecer, en 1883, las bellezas de 1850, conservando bajo la nieve de sus cabellos el recuerdo de las ardientes rosas, le mostraron en sus álbums apergaminados las poesías que entonces les dejara, esas flores que nunca se marchitan.

El General Mitre tiene en su vida una página de nuestra historia. Tiene otra de Bolivia y de la Banda Oriental. La América está en él. Este carácter internacional es uno de los distintivos de su personalidad.

Este distintivo, en él se realza mayormente, por su doble carácter de soldado y de poeta, por lo novelesco de su existencia andariega, por su bravura indómita en cien combates probada, por la belleza de su figura física, hecha al parecer de esa madera milagrosa que en las márgenes del plata ha producido ídolos de la multitud.

★

Largo tiempo discutida, la obra del General Mitre, el carácter bueno ó malo de su influencia en la República Argentina y en América, ahora la opinión se ha uniformado.

La guerra del Paraguay habría sido uno de los puntos del programa ideado por Mitre para realizar su obra de unificación, de creación, puede decirse, de la nacionalidad argentina. Las luchas que, desde Buenos Aires, sostuvo con las provincias, habrían tenido,—tuvieron,—el mismo objeto. Mitre, entonces, antes que Sarmiento, habría sido el primer gobernante argentino que comprendió claramente el estado moral de su pueblo y que vió cuál era el camino que había que tomar para formarlo en cuanto á nación, librándolo de permanecer eternamente como multitud indefinida, sin opinión, sin alma, vagando por la Pampa, dejándose absorber por la inmigración cosmopolita, ó entregándose delirante á la locura de los caudillos en los cuales su ingenuidad veía ídolos.

En este sentido, la obra de Mitre, como militar y gobernante, habría sido de las más notables que encierra la historia de América, de las más grandiosas que es posible concebir. En este sentido se comprende ahora su influencia, y la República Argentina contemporánea lo saluda como á su verdadero padre.

Porque ese pueblo,—como muy bien lo explica el señor Ramos Mejía en su interesante obra "Multitudes Argentinas",—no era una nación, era una multitud flotante, formada al azar, con corrientes súbitas y violentas, sin opinión común organizada, templada, permanente, pudiendo servir de motor regular, tanto para impulsarla como para detenerla. En la primitiva historia de la República Argentina, la ausencia de espíritu público se sienta como carácter distintivo. Vagos, de por sí, fueron los elementos constitutivos de esas repúblicas: raza española con el temperamento trastornado por la transplantación; pequeños agrupamientos perdidos en territorios enormes; mezclas degradantes con sangres inferiores; todo lo cual redundaba en quebrantamiento del carácter y de la unidad de la raza.

No obstante, en Chile y en los países del norte, por la conformación geográfica, por la índole del trabajo común, por los peligros que acechan á las colonias, éstas se reunieron en agrupaciones que tenían el mismo objeto. Estas nacionalidades americanas se fueron formando con el renacimiento del genio español en el Nuevo Mundo. En las colonias del Pacífico, ya en el siglo XVII, se nota algo de compacto y se siente un espíritu público como el bosquejo de una alma criolla.

No lo fué lo mismo en la Argentina. A los españoles desembarcados en el Río de la Plata y á los que asomaban por el lado de Chile, en la cumbre de los Andes, la Pampa se les ofrecía profunda, ilimitada, fácil, prometiendo en cada horizonte una riqueza nueva. Caminaban sin cesar; no se detenían en ninguna

parte. No existían ahí esos límites que sujetan á los pueblos, que los encierran en un marco determinado, y así los hacen adquirir un carácter común, un sello nacional. Por eso la multitud argentina era vaga é inquieta; por eso en cada región de la Pampa, al grito de un caudillo que la ignorancia hacía idolatrar, un pueblo se levantaba en contra de otro pueblo, que, á la distancia, no había podido ni conocer ni amar. Era esa—y todavía lo es en gran parte—una nacionalidad defectuosa, en cuyos grandes vacíos pasaban á perderse las ideas de cultura, de cuyo conjunto nada se podía esperar, como no fueran guerras provinciales incasantes, bajo la influencia corruptora de los caudillos, esos personajes de relumbrón que fascinaban á la vaga é ignorante multitud.

Esto fué lo que comprendió el genio de Mitre, hijo de la Pampa y conocedor de ella desde el Neuquén hasta la sierra de Córdoba. Y fué esto, este defecto histórico de la formación de su país, lo que se propuso enmendar con un gobierno fuerte que se impusiera á las provincias y las estrechara por medio de una tradición común. Para esto, para unir al país, para crearle glorias y sentimientos comunes, lo arrastró á una guerra que tuviese carácter de causa nacional. Ese fué el móvil, la razón escondida, pero poderosa, de la guerra del Paraguay. Magnasco lo reconoce en su notable estudio sobre ella. Eso fué lo que hizo que Mitre, dos veces, á mano armada, quisiera hacer sentir á las provincias la fuerza del Gobierno central, para destruir en ellas el caudillaje, para echar sobre ellas puentes que las unieran, que hicieran efectivo el federalismo, y dieran fuerza y carácter á la raza. Era preciso, era urgente constituir de ese modo á la República Argentina, porque comenzaba para ella un tiempo de mercantilismo é inmigración que bien podía destruirla al encontrarla simple multitud, sin carácter, sin leyes, sin forma resistente.

Esta fué su obra de militar, de gobernante, de escritor: destruir el caudillaje; fundar el prestigio y la fuerza de gobierno federal; establecer la unidad moral de la República Argentina; crearle una opinión, una conciencia nacional; en una palabra, constituirle como nación.

Mitre fué verdaderamente un genio. Ello se verifica por su naturaleza misma, tan múltiple y brillante. No sólo es el director político de un pueblo, el jefe militar de grandes ejércitos: también es poeta y escritor fecundo y notable. Hasta 1876, época en que terminó su vida de militar y en que se retiró de la política activa—habiendo dado fin á su misión diplomática en el Brasil—era autor de mu-

chas obras: la "Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina", en tres volúmenes; "Vida y Escritos de J. Rivera Indarte"; "Rimas", "Arengas", "Cartas Polémicas" etc., etc. Desde esa fecha, en la tranquilidad de su vida, sobre su lecho de laureles bien ganados, Mitre escribió mucho, ya que era inextinguible el ardor de su alma. Dió á luz, desde entonces: "La Historia de San Martín y de la propaganda revolucionaria en Sud América", dos volúmenes; nuevas poesías y nuevas arengas. Aún ahora, á los ochenta y cinco años, Mitre preparaba nuevos trabajos literarios é históricos. ¡Era admirable! Ciertamente su obra de poeta y de escritor no está á la altura de su obra de gobernante y de soldado. No obstante, como historiador, pertenece á un grupo distinguido. Con Vicente López y Alberdi, con Lastarria y Vicuña Mackenna, Mitre fué el primera que sintió, hace cuarenta años, por intuición, la reforma operada en el estudio de la historia por Saint-Beuve y Taine. En sus libros se ve el deseo, no ya de narrar los hechos simplemente, sino de reconstituir el medio ambiente del pasado y desentrañar de él su psicología. A pesar de los conceptos irónicos de Dalmacio Vélez Sarsfield,—amigo, sin embargo, de Mitre y compañero suyo al combatir el acuerdo de San Nicolás (1852),—en la "Historia de Belgrano" Mitre evoca un carácter real en el centro de un vasto cuadro histórico pintado con entonaciones cálidas. En sus libros de historia los hechos no aparecen arbitrariamente, como en los antiguos de Molina y Angelis. Hay en ellos el estudio profundo del medio social del cual los acontecimientos son el resultado. Es la moderna escuela descubierta por Mitre, así como por Lastarria y Alberdi, antes de que llegaran á América las enseñanzas de los maestros franceses.



Bartolomé Mitre

UN DUELO HISTORICO



Le ejército de los Andes estaba acampado en Chimbarongo, á mediados de Marzo de 1818, cuando tuvo lugar un incidente entre dos de sus oficiales, que dió por resultado un duelo y que por la nombradía posterior de sus actores, se ha hecho célebre y ha pasado á la historia.

Brandsen. Veamos quiénes eran ellos y por qué razón tuvo lugar el lance. En Diciembre de 1813 el coronel Pedro Ramos sentó plaza de cadete en el regimiento de Granaderos de á caballo. Estuvo en el segundo sitio y capitulación de Montevideo en 1814, en la campaña contra Artigas, en la campaña de los Andes y batalla de Chacabuco en 1817 y en la del sur de Chile, asis-

ma noche se concertó el duelo, que sería á sable, el afilado de los granaderos, y hasta quedar inutilizado uno de los combatientes.

Ramos tenía por padrino al teniente (después coronel) Gerónimo de Olazábal.

El encuentro fué á la madrugada y de ambas partes se dieron pruebas de fortaleza y coraje.

Ramos recibió una pequeña herida en la raíz de la nariz sobre el ojo derecho hecha con la punta del sable.

Brandsen cayó con un feroz hachazo en la cabeza, que con presteza le dió su adversario al descubrirse.

San Martín, que todo lo veía y lo sabía, apenas encontró á Ramos con su tafetán que le cubría la herida, lo mandó arrestado y se trasladó al domicilio de Brandsen para cerciorarse de su estado.



tiendo á las victorias de Curapaligüe, Concepción de Penco, Gavilán y Carampangue, donde fué herido. En el momento á que hacemos referencia era ya teniente con reputación de bravo y excelente camarada.

El más tarde coronel Carlos Federico de Brandsen nació en París el 28 de Noviembre de 1785, entró al servicio militar en Francia en 1811, asistió á varias campañas y batallas y cuatro años después, á la caída del gran Napoleón, se retiró del ejército con el grado de capitán de caballería.

Trasladado á Buenos Aires en 1817, se le reconoció en el empleo que tenía y á fines del mismo año se incorporó en el campamento de las "Tablas" al segundo escuadrón del regimiento de granaderos á caballo, á que estaba destinado y al que pertenecía Ramos.

Una noche, en la reunión de academia de oficiales, Brandsen manifestó "que no creía en el triunfo porque los oficiales del país no valían como los del enemigo, que eran europeos y aguerridos".

Todos quedaron silenciosos.

Levantada la sesión, Ramos, por el amor patrio ofendido, ó porque le tuviera mala voluntad, desde que se había agregado al escuadrón con mayor categoría, le esperó en la puerta y al salir le detuvo diciéndole: "Si usted quiere saber cómo son los oficiales argentinos, espere sus padrinos."

El arrogante francés no se hizo repetir la invitación y esa mis-

A pesar de insistencia que puso para que éste le dijera quién era su contrario, no lo consiguió, pues el francés, en mal castellano solo decía: un argentino.

Pocos días después tuvo lugar la batalla de Maipú.

Al comenzar á oír el toque de generala, Ramos, que estaba en el cuarto de banderas, voló á incorporarse á su escuadrón.

San Martín, que le divisara, mandó decirle con su ayudante de campo: que "tomase ochenta hombres y cargara sobre el enemigo".

Ramos eligió en un instante el número de soldados que se le indicaba y se entrevió en la contienda con ardoroso entusiasmo.

Al concluir la batalla, regresaba al cuartel general trayendo más prisioneros que soldados, y San Martín, que apreció el resultado de comisión, le dijo:

"Capitán Ramos, está usted en libertad", y él, irguiéndose, hizo un saludo militar con su sable.

Un rato después se le ordenó como á otros que corriera en busca de Osorio, lo que ninguno consiguió, si bien afilaron sus sables sobre los que se resistían, y al caer la noche se retiró á su carpa, para recoger más adelante los despachos, cordones y medallas con que premió la patria su conducta de aquel día.

Brandsen sufrió por algún tiempo, y aunque restablecido por completo, conservó hasta su muerte la cicatriz de la terrible cuchillada. No obstante San Martín le entregó la medalla de Maipú, "por el mérito que en ella había contraído".



Juramento de la Primera
Junta Gubernativa Argen-
tina (25 de Mayo de 1810)

Acuarela de Pedro Subercaseaux

LOS HOMBRES REPRESENTATIVOS DE LA REPUBLICA ARGENTINA

EN estos instantes en que Chile se asocia de corazón á las festividades del centenario de la independencia de la República Argentina, creemos conveniente ofrecer á nuestros lectores los retratos de algunas de las personalidades fundamentales de su historia. Según el célebre escritor americano Ralph Waldo Emerson, en cada país y en cada época existen hombres representativos, es decir, personalidades que encarnan, de manera apropiada y exacta, la manera de sentir, las aspiraciones, los ensueños, la acción y el pensamiento de la sociedad en cuyo seno nacieron. El oleaje humano tiene sus mareas, sus tempestades y su incesante ir y venir, alternativas propias de la vida, pero siempre, en lo alto, muestra crestas, una línea de mayor altura, en la cual se ve la acción, á menudo incierta, opaca ó desconocida, de las grandes personalidades.

La República Argentina, en su siglo de existencia, nos presenta robustas y poderosas personalidades históricas, hombres de espada como San Martín y Belgrano, Las Heras y Puyredón, y pensadores como el General Mitre, Sarmiento y Alberdi, estadistas como los se-



General José de San Martín

ñalados, Avellaneda, Pellegrini, Quintana, jurisconsultos como Vélez Sarsfield, poetas como Guido Spano, Obligado, Oyuela, y numerosos y distinguidísimos escritores en prosa que sería largo enumerar ahora.

Nadie, con igual autoridad, como el ilustre General Mitre, ha podido bosquejar la personalidad del General San Martín, y su pensamiento grandioso de consolidar la independencia americana por un camino nuevo, al través de Chile, derribando el virreinato del Perú. Por eso hemos reproducido, en otra página, las admirables líneas del grande historiador argentino.

La fotografía que damos es la de San Martín joven, en la plenitud de la vida, cuando al calor del corazón se encienden los grandes propósitos y los grandes ensueños que pronto se convertirían en realidades, para bien de América.

El General don Juan Gregorio de Las Heras, otro de los hombres representativos de la independencia argentino-chilena, nació en Buenos Aires el 11 de Julio de 1780. En 1813 fué nombrado capitán de milicias por el Gobierno de Córdoba, y designado como segundo jefe de la columna auxili-



General Juan Gregorio de Las Heras



Justo J. de Urquiza



Nicolás Rodríguez Peña



Bernardino Rivadavia, primer Presidente constitucional en 1825

argentina que vino á Chile en esa época. Se batió en Cuchacucha, Membrillar, Maule, Tres Montes, Río Claro, y en la defensa de Quechereguas, en contra de los españoles.

Después del desastre de Rancagua, repasó los Andes para ingresar al ejército del General San Martín, en el cual organizó un batallón que luchó después en Chacabuco, Curapaligüe, Gavilán y asalto de Talcahuano. Allí, á la cabeza de su cuerpo, espada en mano y bajo una lluvia de metralla, atacó el Morro.

En la sorpresa de Cancha Rayada salvó una división de 3,500 hombres y 12 piezas de artillería, con las cuales, de una manera importante, contribuyó á la victoria de Maipo.

Cuando O'Higgins y San Martín organizaron la expedición del Ejército Chileno-Argentino que dió libertad al virreinato del Perú, Las Heras desempeñó un papel importante. Mandó como general en jefe el sitio del Callao.

Fué Consejero de Estado, Plenipotenciario Argentino en Bolivia, Gobernador de Buenos Aires en 1824, y se retiró á Chile, donde pasó la mayor parte de su vida y fundó un hogar.



Juan Martín Puyrredón

El General Puyrredón es otra de las grandes personalidades de la independencia argentina.

No contaba aún treinta años cuando los ingleses, por sorpresa, se adueñaron momentáneamente de Buenos Aires. Hombre de posición distinguida, y de considerable valor personal, se arroja á la campaña y prepara los elementos del movimiento libertador de su patria.

Pero no la quería solamente libre de ingleses: la quería independiente y grande. Las ideas de emancipación germinaban en su alma y se desarrollaban á través de su correspondencia con el Cabildo, llena de ideas patrióticas y subversivas.

Se encontraba en Río Janeiro cuando tuvo lugar el pronunciamiento de Mayo. Se trasladó inmediatamente á Buenos Aires y se lanza de lleno en las nuevas corrientes patrióticas. Era enviado á la Junta de Gobierno de Córdoba, en donde comenzaba á organizar con actividad la guerra de la independencia en el alto Perú. Allí lo sorprendió la noticia del desastre de Huaqui. Marcha á Potosí, reúne á los dispersos, saca el dinero de la Casa de Moneda y prepara la defensa. Luego ayuda á los ejércitos que triunfaron con Belgrano en Tucumán.

mán y Salta y con Rondeau en el Cerrito.

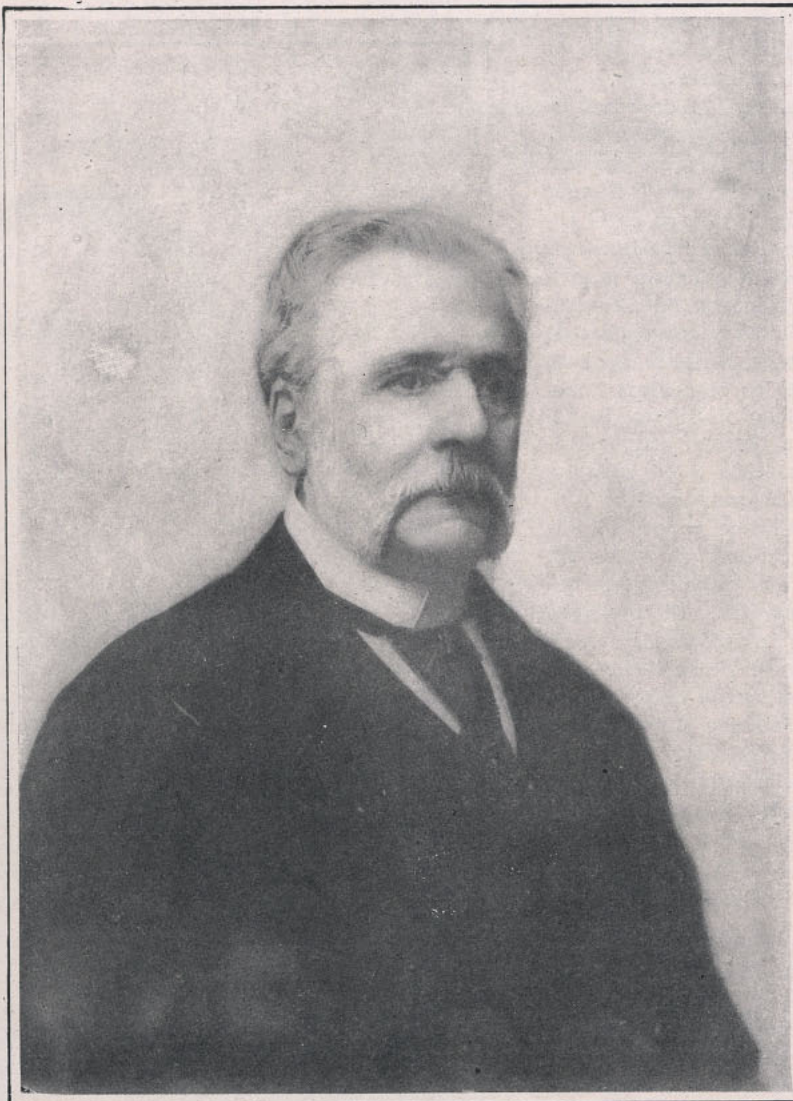
En 1816, como Director Supremo, contribuía al éxito de los preparativos del General San Martín, en la campaña de los Andes.

Su acción en la vida política de su patria ha sido inmensa, en las horas que precedieron a los grandes triunfos. Contuvo la anarquía, se preocupó de finanzas y dió el impulso inicial a su país.

Rodríguez Peña fué uno de los inspiradores de la revolución de Mayo. En su casa tuvieron lugar los conciliábulos en que se preparó el movimiento de independencia argentina. Con razón ha dicho el General Guido que su casa había sido el templo desde el cual se elevaron al cielo juramentos solemnes por la emancipación de la República Argentina.

Don Nicolás Rodríguez Peña nació en Buenos Aires el 30 de Abril de 1776. Después de las invasiones inglesas, un grupo de criollos concibió la idea de tener gobierno propio, emancipándose definitivamente de la tutela española. Todos se pusieron de acuerdo en la obra, bajo la dirección y las inspiraciones ardientes de Rodríguez Peña.

Instalada la Junta de Gobierno, se le designó para acompañar á Castelli en la obra de ahogar la reacción española.



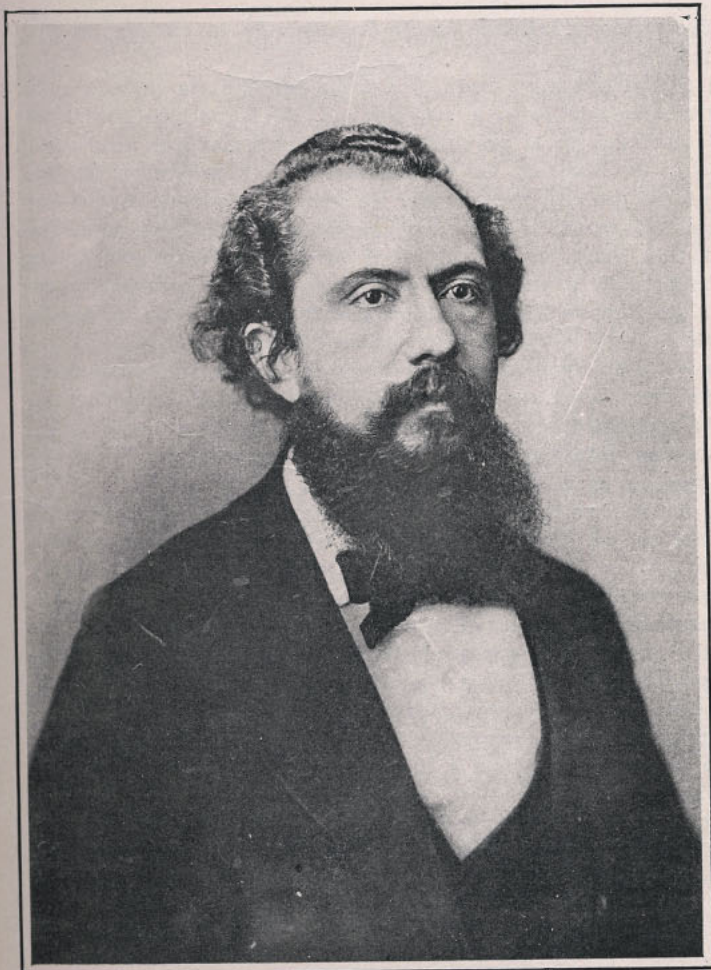
Bernardo Irigoyen

En Cabeza de Tigre procedieron enérgicamente los patriotas á fusilar á sus cabecillas.

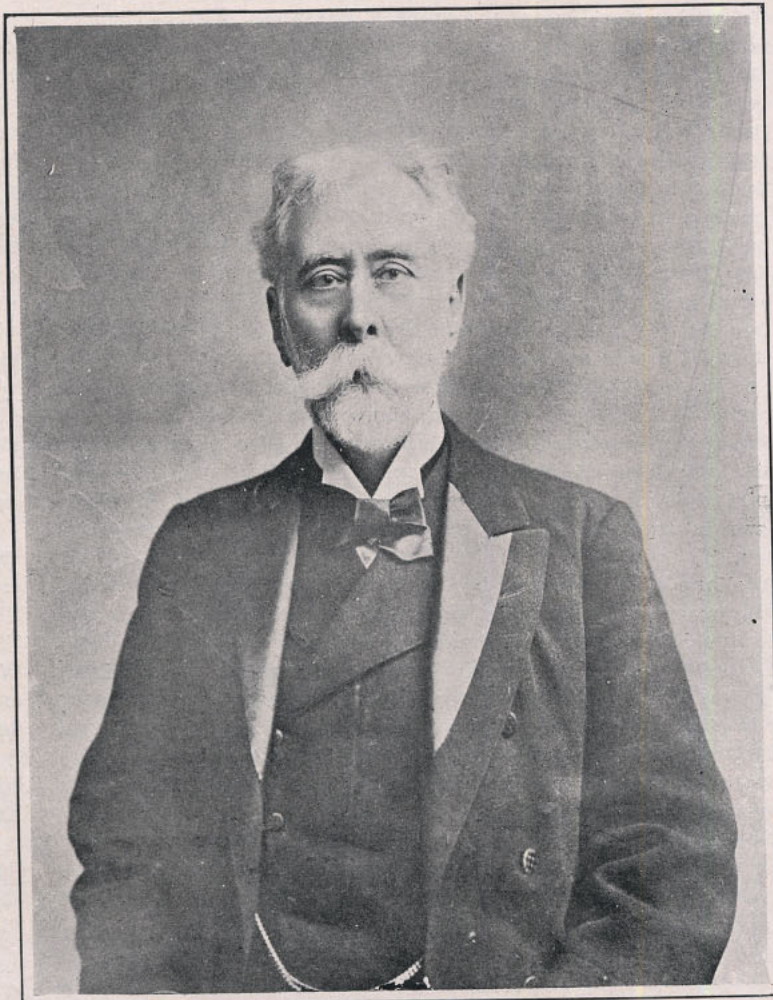
—“Juramos ser libres, dijo Rodríguez Peña, y teníamos que cumplirlo”.

Durante la campaña del Alto Perú, permaneció todo el tiempo al lado de Castelli. Después de figurar con brillo en los primeros años de la independencia argentina, llena el alma de zozobras y desengaños, vino á Chile en busca de refugio. Y formó aquí su hogar, residiendo treinta y siete años.

Hemos hablado de algunos de los grandes hombres á quienes debe la República Argentina su emancipación de España. Ahora nombraremos, de paso, algunos de los hombres representativos de la segunda faz de la vida argentina. Obtenido el triunfo definitivo sobre España, comenzó para la República Argentina la era de las guerras civiles y la época sangrienta de las dictaduras, encabezada por Rosas en Buenos Aires y secundada por Quiroga y por el fraile Aldao. El General don Justo José de Urquiza fué quien cerró, con su espada, el período de las guerras civiles argentinas, aplastando la tiranía de Rosas en una gran batalla, en Monte Caseros, el 3 de Febrero de 1852. Poco después se constituyó el Gobierno representativo y se dictaba, en una convención, la Constitución política de



Nicolás Avellaneda



Manuel Quintana

la República Argentina. Nació Urquiza en el pueblo de Arroyo de la China, en la provincia de Entre Ríos, el 19 de Marzo de 1800, y murió asesinado el 11 de Abril de 1870. Sus padres, de extracción española, poseían cuantiosos bienes de fortuna. Pasó el joven Urquiza sus primeros años en las pampas argentinas. Enviado á Buenos Aires, al colegio, trabajó durante algún tiempo en el comercio, y luego se vió envuelto en los acontecimientos de su patria, figurando al lado de Rosas en la guerra de unitarios y federales. Defendía la causa de estos últimos, y llegó á salvar con su habilidad y con su arrojo el ejército de Rosas, comprometido gravemente durante el sitio de Montevideo. Así llegó á los más altos honores de la milicia. Vencido por el General Ribera, lo derrotó á su turno en una sangrienta batalla, conquistándose considerable reputación de caudillo y de soldado, en 1845. En 1852 figuraba como Gobernador de la provincia de Entre Ríos. Su generosidad le conquistó numerosos adeptos. Acogía á los emigrados de todos los partidos, protegía las industrias, fomentaba la instrucción, abría caminos, construía escuelas. El progreso realizado bajo su gobierno despertó la envidia de Rosas, que comenzó á mirarlo con malos ojos. Y como el tirano se resistiera á dar al país la Constitución política, suprema aspiración de todos los ciudadanos, Urquiza llega á una alianza con el Brasil y el Uruguay, levantándose con la provincia de su mando. Corrientes siguió el ejemplo de Entre Ríos, en tanto que las demás provincias argentinas se mantenían á la expectativa. Después de contingencias varias, Urquiza, á la cabeza de un grande ejército aplastó á Rosas, mediante la superioridad de su artillería.

La convención reunida inmediatamente después de Monte Caseros, echó las bases de la libertad argentina, dando la Constitución que iniciaba la era del progreso y del orden. Urquiza atendió á la organización interna de las provincias y llevó á cabo reformas de todas clases. Redimió el papel moneda; dió á su gobierno fuerza y respetabilidad; celebró tratados de comercio con diversas naciones; ordenó el estudio de los primeros ferrocarriles del Rosario á Córdoba; estableció líneas de vapores en los ríos Uruguay, Paraná y Paraguay. Fué un notable Presidente. Su acción política posterior y su influencia en la campaña del Paraguay y en guerras civiles, como en la batalla de Pavón, fué decisiva.

Después de Urquiza, vemos entre los grandes estadistas argentinos, alzarse las figuras de Mitre, que gobernó con elevado espíritu á la República Argentina; Sarmiento, el gran propagandista de la instrucción pública y de la colonización nacional; Avellaneda, que inició la política de la conquista de la Pampa á los indios; Roca y Pellegrini, dos estadistas eminentes que han contribuido poderosamente al desarrollo económico de su país.

Don Nicolás Avellaneda nació en Tucumán el 1.º de Octubre de 1836. Llevaba un nombre ilustre en la historia de su patria. Su padre había sido don Marcos Avellaneda, asesinado por la mazorca de Rosas, y cuya cabeza, clavada en una pica, había sido expuesta en la plaza pública de Tucumán. Ese acontecimiento debió herir profundamente la imaginación del joven Avellaneda, inspirándole el amor á la legalidad que constituyó el fondo mismo de su espíritu, y el culto respetuoso de las leyes y del orden.

Avellaneda se educó en la Universidad de Córdoba y terminó brillantemente sus estudios en la de Buenos Aires, en la que desempeñó la cátedra de economía política.

La política le atrajo, en breve, al círculo ardiente y apasionado de sus luchas. Don Nicolás Avellaneda se daba á conocer luego por la elocuencia de su palabra fácil y como un artista escultural del pensamiento. Era, además, un hábil jurisconsulto y hombre preparado para las más arduas tareas de Gobierno. Su palabra dominaba á las multitudes.

Nombrado Gobernador de la provincia de Buenos Aires un gran patriota—de apellido ilustre también—el doctor don Adolfo Alsina, le llamó para organizar su Ministerio en compañía



Carlos Pellegrini

del doctor don Mariano Varela, confiándole la cartera de Gobierno.

El campo era muy vasto, y aquella inteligencia nutrida supo aprovecharlo con éxito y con fortuna. Se identificó con todas las necesidades de la provincia, con las reformas que exigía una situación de libertad, de transformaciones y progresos; se posesionó del espíritu regenerador de una sociedad que ambicionaba emanciparse de viejas preocupaciones, para entrar de nuevo en la vida plena, y convirtiéndose en el heraldo de esas nobles ambiciones, dictó un número de decretos que prepararon la provincia de Buenos Aires para ser presentada como un verdadero modelo de un buen gobierno y sabia administración.

En ese Ministerio conquistó fama, reputación y popularidad.

Le desempeñaba cuando surgió la cuestión para la Presidencia, siendo candidatos el señor Sarmiento, y el mismo señor Alsina, á quien patrocinaba el General Urquiza, prestigioso vencedor de Rosas en los campos de Caseros.

El doctor Avellaneda desde el primer momento patrocinó la candidatura del viejo educacionista, que á la sazón se hallaba en los Estados Unidos representando á su patria como Ministro Plenipotenciario; y por un movimiento de delicadeza que le valió generales simpatías, el Ministro del doctor Alsina, manifestándole con lealtad sus preferencias, le presentó su dimisión, creyendo que no era digno de su parte continuar á su lado desde que no aceptaba su candidatura.

Nombrado Presidente de la República el señor Sarmiento, le confió la cartera de Culto é Instrucción Pública en el Ministerio Nacional.

Para enumerar los trabajos que en él practicó el doctor Avellaneda, sería preciso escribir un libro entero: tantos y tan fecundos fueron.

A PROPOSITO DEL CENTENARIO ARGENTINO

I

SERIA de desear que en esta época, tan consagrada á investigar la prehistoria americana, se prestase más atención al pasado colonial, del que tenemos buenas historias particulares y numerosas crónicas, pero nos faltan estudios é informaciones de conjunto. Así, entre otras materias ignoradas, son muy escasos nuestros conocimientos acerca de las contribuciones y su monto, lo mismo que de cuanto se refiere al comercio y á la industria. Sólo nos han quedado las leyendas de aquellos galeones de alto bordo que partían periódicamente de Cádiz á las Indias, y en especial á Cartajena, llevándose en retorno tesoros incontables, aunque no hayan dejado huella en toda España.

Y la misma falta de pormenores y de cifras, ha hecho divagar á su placer la fantasía. Viene de antaño la coaseja de que el oro de América afluyó siempre á la Península en cantidades fabulosas, y ninguna sospecha nos sugiere la irremediable decadencia en que cayó la monarquía desde los días de la conquista. Bajo la influencia del prejuicio, ha pasado en proverbio que las inauditas riquezas del Nuevo Mundo fueron dilapidadas por las continuas guerras, sostenidas en toda Europa, tanto como las aberraciones económicas y la intolerancia religiosa.

Sin desconocer el fundamento de estas causas, acaso nuestras dudas no parecerán antojadizas si las apoyamos en un testimonio de valía. Sabido es, en efecto, que apenas puede escribirse la historia europea de varios siglos sin recurrir á los informes de los embajadores venecianos. A pesar de conservarse aún manuscritos, hay que apelar á estos documentos, por ser de un valor inapreciable, y á veces único, como la mejor fuente de información contemporánea. Pues uno de los agentes de la serenísima república, Michele Suriano, embajador en varias cortes y también en la de Felipe II, á los comienzos de este reinado, escribe:

“Las rentas de Su Majestad, procedentes de todos sus reinos, son, en tiempo de paz, cinco millones de escudos de oro, esto es, medio millón de España, *medio de las Indias*, uno de Milán, uno de Sicilia, otro de Flandes y otro de los Países Bajos”.

La relación de donde se ha tomado la noticia anterior, es, más ó menos, de 1560, ó sea á los cuarenta años de la conquista de Méjico y cuando habían pasado veinticinco desde la fundación de Lima. No parece improbable que en dicha época las minas de diversos reinos se encontraran en plena producción. Pero aunque así no fuera y hasta muchos años después no hubiese dado su rendimiento máximo, es verosímil que solo se podría multiplicar dos ó tres veces el medio millón de escudos á que se refiere el veneciano. Resultaría, de todas maneras, poco airoso para el orgullo indiano, que la industria de los mercaderes de Flandes y de Holanda, habitantes de una pequeña zona estéril, antes cubierta de pantanos, hubiera superado á todos esos fantásticos dominios, en los que no se ponía el sol...

II

Allá lejos, muy lejos de los países conquistados por Cortés y por Pizarro, vegetaba obscuramente otra colonia, de cuyo nombre apenas se acordaba en Madrid. Descubierta en 1515, á poco de empezar las excursiones á Tierra Firme, se había iniciado bajo malos auspicios la nueva posesión. El descubridor, Juan Díaz de Solís, pereció víctima de su confianza, cuando acababa de penetrar en el grande estuario al que dió el nombre de *Mar Dulce*. Fracasada así la expedición, pasaron varios años hasta que volvió á las mismas playas un marino famoso, cuya vida ha alcanzado

recientemente una obra definitiva en Chile (1); los nuevos exploradores avanzaron diez grados por el inmenso río, comunicándose con las tribus indígenas y obteniendo, en cambio de algunos abalorios, muchas piezas y adornos de plata, con los que pronto regresaron, felices del hallazgo. Dadas las ideas que entonces prevalecían en todas partes, era natural que la atención de la metrópoli se dirigiera al nuevo reino. Púsose en moda el río de Solís, al que luego la fama llamó el *Río de la Plata*; se acordó crear en sus márgenes la capital de aquellas tierras, y el noble cortesano, don Pedro de Mendoza, tomó á su cargo los gastos de la empresa. Organizóse en breve una gran expedición, compuesta de dos mil hombres y abundantes recursos, en numerosas naves, la que á vuelta de graves contrariedades pudo fundar á Buenos Aires. Desgraciadamente la hora de la futura ciudad no había sonado: todos los medios puestos en juego para asegurar el éxito, sin excluir el heroísmo, familiar á la raza, fueron vanos, y quedó luego el plan abandonado.

Transecurrió medio siglo sin que nadie pensara en repetir la prueba, y sólo cuando ya se había levantado la Asunción, Santa Fé, Córdoba y otras ciudades, al insigne don Juan de Garay correspondió el papel histórico de erigir la que será en lo venidero una de las mayores agrupaciones humanas que han existido, (180,000 habitantes en 1869; 1.260,000 en 1910). Pero antes de llegar á la victoria, ¡cuán humildes principios y qué azaroso crecimiento! Durante muchas generaciones el emporio actual fué un sitio miserable, desconocido de las gentes, é iba á tener doscientos años de fundada, cuando empezó la celebridad de Buenos Aires, en virtud de haber dado su nombre al Virreinato, constituido para poner atajo á las irrupciones portuguesas.

Fué así una razón política la que despertó al fin la atención de la corona hacia las provincias meridionales. Nadie se daba cuenta de que el Plata atraía ya un movimiento sin parecido en las demás colonias; que por las franquicias de Carlos III y el contrabando, de consuno, los artículos europeos, cambiados allí por los productos del país, alimentaban un tráfico interior considerable y eran llevados en mula, á través de mil leguas, hasta Lima...

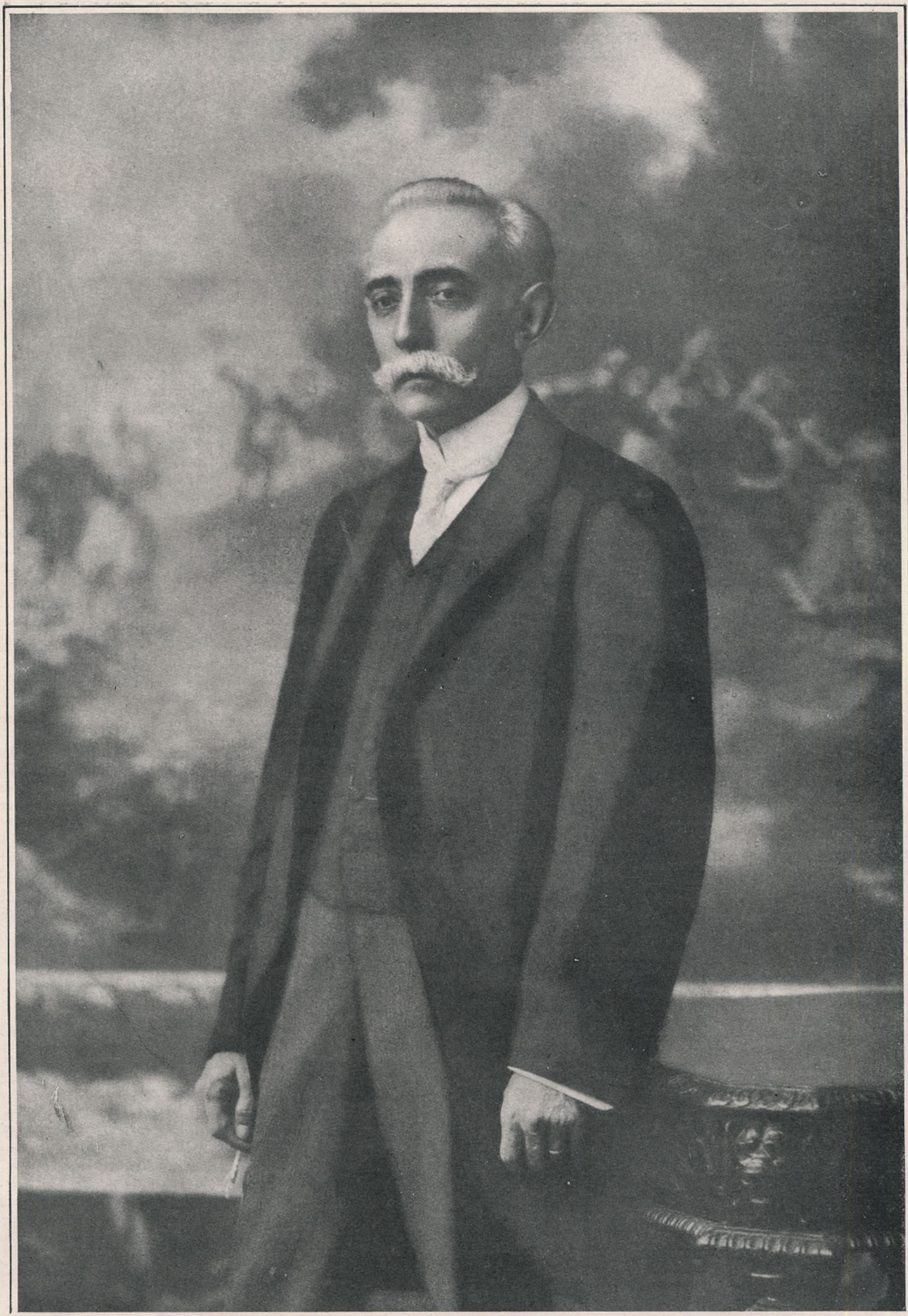
Después... vinieron las invasiones inglesas que consagraron la naciente fama, despertando en los venedores la conciencia de su fuerza. Cuando llegó 1810, las provincias argentinas, con Buenos Aires á su cabeza, habían dejado ya de ser colonias, y pudieron llevar sus armas á medio Continente porque las mismas condiciones nativas las sustrajeron pronto á la obsesión de que los otros pueblos eran presa.

III

El Centenario de Mayo es la apoteosis de la doctrina económica, á cuyo desconocimiento debió la madre España su large sacrificio de tres siglos. Por otra parte, el progreso argentino estará lejos de cumplir cien años el 25 del corriente: la organización nacional (no la paz interior) data de 1860, y debe presumirse que á la caída de Rosas, en 1852, aún siendo mayor la población, el país contara con menos capitales y reservas de todo género que en 1810. Se trata, pues de una improvisación sin precedentes, que confirma una vez más la palabra profunda de Michelet: *el hombre hace la tierra*. En otros términos, no son los dones de la naturaleza sino el trabajo del hombre, esto es, su inteligencia y su energía, los medios requeridos para obtener de cualquier suelo la independencia y la fortuna.

LORENZO ANADON

(1) “Sebastián Caboto”, por José Toribio Medina.



EXCMO. SR. D. LORENZO ANADON
Ministro de la Argentina en Chile



Una página de Historia Argentina Contemporánea

La Unión Cívica y La revolución de 1890

Hace pocos meses que murió en Buenos Aires don Miguel Juárez Celman, y la opinión pública argentina guardó silencio en la tumba del ex-Presidente. El silencio de un pueblo suele ser más elocuente que todo un proceso. El desgraciado ciudadano terminó su vida envuelto en el hielo y el silencio del ostracismo á que desde hacían veinte años vivía condenado en medio de su pueblo, pero la obra de su administración que juzgará la posteridad marcará uno de los capítulos más sugestivos de la historia de la República Argentina.

Apenas derrocada la dictadura de Rosas, el vencedor no tuvo otro pensamiento que organizar la nacionalidad argentina dictando una Constitución que á un tiempo que consagrara los principios del sistema federal, por el cual había de regirse la República, uniera las provincias, dispersas hasta entonces por la anarquía disolvente ó sujetas al yugo de la común opresión.

La obra era magna; pero los constituyentes de 1853 y el general Urquiza organizaron la República dándole Constitución libre, libertades civiles, régimen municipal, autonomías provinciales y gobierno sólido. El gobierno presidido por aquél respetó la opinión pública, é inauguró un régimen de probidad administrativa rigurosa.

La administración Derqui fué, como la anterior, un gobierno honrado; pero la anarquía que durante tantos años había vivido incorporada á la vida argentina, volvió á levantar la cabeza y llegó un momento en que el gobierno tuvo que sucumbir á la guerra civil.

El general Mitre consoló de nuevo la nacionalidad argentina y emprendió y llevó á feliz término numerosas y trascendentales reformas en todos los poderes públicos. Su periodo se señaló especialmente por el orden administrativo y la firmeza con que el ilustre soldado condujo los destinos de su patria al través de las gravísimas dificultades, de una cruenta guerra en el exterior y una revolución interna y de una profunda crisis financiera y comercial.

Mitre descendió noblemente del solio presidencial, con la nobleza de un ciudadano de Roma, para entregar el bastón del mando á un antiguo maestro de escuela.

Sarmiento gobernó en una época difícil, con peligros exteriores y en medio de convulsiones internas que obligaban á mantenerse en guardia al gobierno nacional. Las revoluciones de Entre Ríos agotaron los esfuerzos nacionales y los fondos que el gobierno había obtenido para reproductivas obras públicas; y aunque al final del periodo presidencial, la sucesión degeneró en contienda armada, Sarmiento logró marcar una etapa imborrable en el progreso de su país con el impulso que dió á la instrucción pública y el desarrollo de un plan administrativo regular. Sarmiento es un ejemplo de austeridad: mientras fué Presidente vivió en una modestísima casa de pensión, y al dejar el poder no tuvo más recursos que el sueldo de su grado de militar, que tanto lo halagaba al sabio maestro.

Avellaneda tuvo que luchar con una situación llena de dificultades económicas y políticas, internas y externas: la revolución lo acompañó desde su primer día de gobierno y la escasez de recursos del Erario fiscal, puso á prueba las necesidades públicas y particulares reduciendo al país á dolorosos extremos. Sin embargo, durante su presidencia siguió su progreso la instrucción pública, se iniciaron y construyeron importantes obras de ferrocarriles, completando las emprendidas bajo los periodos precedentes, y por último, al terminar su gobierno, se resolvió la odiosa cuestión que ya se debatía, hacía más de medio siglo, acerca de si debía ser Buenos Aires la capital de la República y que era perpetua causa de trastornos políticos.

Al general Roca le cupo la gloria de conquistar para la soberanía nacional vastas extensiones del desierto y de que su gobierno fué el que supo aprovechar la situación internacional de un vecino para arrancarle por medio de un tratado, glorioso para la historia de la Cancillería argentina, una vastísima porción de territorio, fuente incaleculable de riqueza futura.

Pero á él se le echa en cara el haber inaugurado en el gobierno una política de maquiavelismo que no debía tardar en dar funestos resultados; de haber permitido la irrupción al poder del "cordobesismo avaro", de "imponer una candidatura que no ha sido tan funesta al país por implicar la supresión del libre sufragio, sino por la obscura ralea elevada al poder, la cual traía en su seno todas las codicias comprimidas, los odios rencorosos de aldea, el sensualismo lacerante del mando", según expresión de un escritor de su época.

El doctor don Miguel Juárez Celman, que le sucedió, fué la

hechura del Presidente Roca; él había de llevar al más alto grado la desorganización administrativa de su país, la corrupción y la orgía del dinero fiscal, pero había de sufrir también el más amargo castigo en la marca de fuego con que la opinión pública señaló su obra y lo cubrió hasta el día de su muerte.

Se ha preguntado ¿por qué el general Roca impuso la candidatura de su pariente? Los mismos contestan que convenía al ex-Presidente encubrir los atentados de su administración y asegurarse la reelección gubernativa. Por eso buscó á Juárez Celman é impuso su candidatura. El político maquiavelico veía claro que necesitaba de un sucesor cuyos excesos absolvieran, ó por lo menos aplacaran el reneve de lo que le enrostraba á él la opinión de su país.

La opinión pública argentina no se engañó cuando vió aparecer la candidatura del doctor Juárez Celman, y fué así cómo frente al hombre impuesto por el Presidente se alzaron las candidaturas de ciudadanos llenos de prestigio, pero que combatieron separados la imposición y solo se unieron cuando ya era tarde, cuando se había consumado el atentado político de la imposición. Las candidaturas de Irigoyen, Gorostiaga y Rocha, que formaban agrupaciones formidables y tenían sólida base en la opinión pública, fueron barridas por el oficialismo y triunfó el candidato del Presidente.

"Durante los cuatro años que gobernó Juárez,—escribió el doctor Barroetaveña en 1890,—todos aquellos vicios del gobierno nacional anterior fueron multiplicados y extendidos de una manera enorme y brutal á toda la nación; cada provincia fué una factoría, y cada oficina pública un puesto de merceder; desaparecieron las leyes que habían salvado del gobierno de Roca, se suprimieron radicalmente el libre sufragio en todo el país, el régimen municipal, las autonomías provinciales; se fomentó la desatinada especulación; con las explotaciones bancarias y las emisiones clandestinas se precipitó la ruina económica del país; se confundió el tesoro público con el patrimonio de los administradores; en fin, la República fué aterrorizada por las escenas de sangre de Tucumán; mareada con un falso engrandecimiento material, oprimida y esquilada con los mil atentados del gobierno más corrompido y corruptor que haya tenido la nación argentina".

Ya por el año 1889 subía una ola inmensa de descontento de un extremo á otro del país; solo los que se sentaban al festín gubernativo vivían satisfechos. Un buen día se supo que un grupo de jóvenes adictos al Presidente organizaba un banquete que iba á tener el carácter de manifestación de incondicional adhesión á la política del doctor Juárez Celman, y que para ello se decían representantes de la juventud argentina. Tomó como un desafío el intento de aquella manifestación un grupo respetable de la juventud bonaerense y reclamó de que se tomase su nombre para acto semejante. Se agitó luego la idea de celebrar una manifestación en honor de una de las personas, á quien miraba la juventud como su conductor natural en la campaña contra el juarismo; pero como aquella declinara el honor por el carácter personal que quería dársele al acto, se convino en realizar una contramanifestación, en la cual tomara parte el mayor número posible de jóvenes.

Sabido es que los movimientos políticos, la organización de los partidos y las revoluciones de los pueblos no son hijos del azar, ni creaciones arbitrarias de la voluntad de un hombre, por más genio que tenga; esos movimientos colectivos son producidos por múltiples causas que vienen preparando el espíritu público desde años antes que los acontecimientos asuman formas definidas y tangibles, sin que los hombres que los dirigen se aperciban de aquellos orígenes mediatos, aún cuando muchas veces los conductores de hombres sean instrumentos de fuerzas ignoradas. Pero si siempre hay en las agitaciones populares causas lejanas, que las preparan lentamente, por leyes sociológicas, también se observan causas inmediatas, que precipitan los sucesos históricos, causas ocasionales que los originan y les dan formas concretas, contornos reales, es decir, causas generadoras del hecho político y social que se desarrolla en el pueblo.

Fué así cómo múltiples causas mediatas prepararon el espíritu público en la República Argentina y particularmente en Buenos Aires, para la formación de la Liga Patriótica que había de echar por tierra el gobierno del doctor Juárez Celman.

La supresión del libre sufragio en todo el país;—dice un escritor que explica la formación de la Unión Cívica argentina;—la corrupción administrativa entronizada: el autoritarismo del gobierno de Roca; la desaparición del gobierno municipal libre y au-

tonómico; el vejamen que sufrían las provincias; la violación de las garantías constitucionales protectoras de la libertad civil; un exceso de poder concentrado en manos del Presidente de la República: el sensualismo eruido en sistema administrativo; la crisis económica que empezaba á perturbar los negocios; la dilapidación de la renta pública y el derroche de los dineros bancarios; el régimen de favoritos avaros que rodeaban al Presidente, explotando cínicamente al país; la absoluta ausencia de frenos eficaces, que retuvieran en la órbita de la legalidad á los funcionarios públicos; el grosero cinismo con que se consumaban los atentados más inauditos contra la moral y las leyes sin que sus autores recibieran escarmiento. Todas estas causas de malestar veían preparando desde varios años la opinión pública adversa al gobierno nacional, y cuando un inspirado tuvo la audacia de lanzar el grito de guerra contra las ignominias que nos envilecían, provocando la organización de la resistencia política, esa palabra vibrante, impregnada de justa indignación, fué la causa inmediata que originó la Unión Cívica de la Juventud".

Descartemos todo lo que la pasión política de aquellos momentos de la historia argentina ponga de sombrío en el cuadro de la administración del doctor Juárez Celman, que trazan sus enemigos para seguir la cronología de los acontecimientos que prepararon la revolución del año 90 y la caída del mandatario, minado por una opinión pública mucho más poderosa que los recursos materiales de que había dispuesto para combatirlo y derrocarlo del solio de Rivadavia.

El movimiento juvenil contra la política del gobierno comenzó á fortalecerse con la presencia de los prohombres de la oposición, que ya en las tertulias del doctor Aristóbulo del Valle, donde solía reunirse lo más esclarecido de la intelectualidad argentina y se trataban temas de actualidad política, social y literaria; ya en manifestaciones públicas, como la celebrada en honor del general Frías, el 9 de Julio de 1889, empezaron á reunirse y tratarse é indirectamente á dar cuerpo á la fuerza formidable que había de provocar los sucesos de la capital al año siguiente.

El meeting del Jardín Florida y la procesión cívica que recorrió aquella calle hasta la plaza de Mayo, en medio de los aplausos de millares de hombres y de damas argentinas que arrojaban flores al paso de la juventud, diseñó claramente que aquel día, 1.º de Septiembre de 1889, era el punto de partida de una época de la más alta importancia política. Se reunieron aquel día los mejores elementos de la juventud, los universitarios de Buenos Aires, comisiones de la juventud provincial, gran número de profesionales, industriales y comerciantes pertenecientes á la misma juventud que quería iniciarse en la política bajo la bandera de la pureza republicana y gran número también de altas personalidades de la oposición que quisieron autorizar con su presencia aquel movimiento entusiasta.

Entusiasmada la Unión Cívica con el éxito de sus primeros pasos, inició la organización política de la capital por medio de los cl parroquiales, hasta que uno de ellos, el de San Juan Evangelista, fué disuelto á balazos por la policía del Gobierno. La administración de Justicia no quiso dar al hecho las proporciones que tenía y puso en libertad á los individuos que la opinión señalaba como culpables y que eran sujetos pertenecientes á la policía. Pero parece que el Gobierno se alarmó pensando que aquel hecho podía arrastrar á represalias y ordenó un aparato de justicia que no satisfizo á nadie, pero que señaló á los cívicos la conveniencia de cambiar de plan para desarrollar su obra política. Los agentes de la policía intervenían en la confección del registro cívico, arrebatában las boletas á los ciudadanos, apaleaban á los independientes y consentían que se inscribieran sólo aquellos individuos conocidos como afectos al Gobierno. Era, pues, preciso, á la Unión Cívica, llevar la lucha á otro terreno; era urgente pensar en algo más expresivo que los discursos políticos y los artículos de diarios.

Pasados aquellos entusiasmos la opinión pública comenzó á decaer, estimando como imposible la organización cívica para luchar electoralmente con el Gobierno, que dominaba la situación por medio de la fuerza pública y adulteraba los resultados de los comicios por medio del fraude. La inmensa mayoría del público se abstuvo de concurrir á la inscripción, á pesar de que ella debía servir de base á la elección presidencial de 1892: el registro electoral se llenó con los afiliados al Gobierno y con nombres supuestos. Desde entonces la cuestión quedó planteada entre estos dos términos: la sumisión sin esperanza al sistema de gobierno que presidía el doctor Juárez, ó la revolución.

En estos términos planteaba el doctor del Valle la situación política tal como se hallaba á partir del meeting del 1.º de Septiembre. Los sucesos obligaron á los agitadores á decidirse por el último de los términos, por la revolución, y desde aquel momento comenzaron los trabajos para llevarla á cabo.

Aunque el descontento contra el gobierno era muy profundo no era sin embargo, obra fácil preparar un movimiento capaz de echar por tierra una situación creada, que, si bien tenía en su contra numerosos y robustos elementos hostiles, también contaba con adictos que estarían dispuestos á ampararla y sostenerla.

Las cabezas del elemento cívico, que lo eran en aquellos momen-

tos los doctores Alem, del Valle y Demaría, comenzaron á agitarse en demanda de los elementos materiales, indispensables para intentar una acción por la fuerza contra el Gobierno del doctor Juárez. La llegada á Buenos Aires, procedente de Europa, del general don Manuel J. Campos dió á los conspiradores el hombre que había de ser el brazo militar de la revolución.

Mientras la Unión Cívica movía sus elementos se produjo un hecho que obligó á los agitadores á detenerse por un momento á la expectativa; el doctor Juárez se había visto obligado á llamar al Gabinete á cuatro personas que no pertenecían al círculo personal del Presidente de la República: los señores Roque Saenz Peña, Alcora, Urburu y el general Nicolás Levalle, de quienes esperaba la opinión pública el comienzo de una verdadera reacción política. Pero duró poco la calma: dos meses más tarde todas las esperanzas de reparación política y de reorganización administrativa se habían desvanecido. Sobrevino la cuestión de las emisiones clandestinas de moneda y con ella una segunda crisis ministerial. La revolución parecía inevitable, y su idea encontraba apoyo no solo en la opinión pública, sino en el mismo comercio que se sentía menos comprometido por las perturbaciones que traen siempre esta clase de acontecimientos á los negocios, que con la prolongación de la situación imperante, y en fin, por los más espectables hombres de estado que implícitamente la apoyaban.

Costó no escasas dificultades á los revolucionarios preparar la concurrencia de parte de la guarnición de Buenos Aires al motín, no por falta de adhesión de parte de jefes y oficiales, sino por la necesidad de no dejar translucir á un gobierno celoso, el plan que se estaba preparando contra él. Resuelto por fin, hasta el mismo día en que había de estallar la revolución política, y estudiado hasta en sus menores detalles el plan de la acción, segura la connivencia de varios regimientos de la guarnición de la capital y de la escuadra fondeada en el río, agitadas las provincias por medio de la propaganda que la Unión Cívica había venido haciendo incansablemente, todo parecía dispuesto para la acción y para el triunfo.

El Parque de Artillería debía ser el centro de la resistencia armada: desde él el ejército revolucionario apoyado en los elementos civiles de la revolución, había de dominar la capital, apoderarse de las personas de Gobierno, constituir el nuevo por medio de una Junta, y en posesión de Buenos Aires, el pronunciamiento general de todo el país, cuyos gobiernos provinciales no estaban mejor reputados que el central.

Fueron, sin embargo, fracasando uno á uno los detalles del plan de la revolución. No pudo llevarse á cabo el proyecto de hacer estallar la revolución durante una interpelación que se provocaría en el Senado, en presencia de todo el Ministerio, ni que salieran los batallones hacia la plaza de la Victoria, mientras los ciudadanos se apoderaban de la casa de Gobierno, ni pudo ponerse tampoco en práctica el plan de apoderarse del doctor Juárez, de Pellegrini ni de los generales Roca y Lavalle, ni se pudo tampoco, después de abandonados aquéllos, obtener el triunfo militar que se esperaba... La revolución estalló en las calles de Buenos Aires, en la mañana del Sábado 2 de Julio de 1890. El fuego se mantuvo durante el día y el pueblo comenzaba á acudir al Parque á buscar armas para combatir contra el Gobierno. A medio día partió de la capital el Presidente, tomando el tren para Córdoba, su cuna política y la base de su influencia. Creyóse que con esta sola circunstancia la revolución triunfaba de hecho, corriendo la noticia por todas partes y alegrando los ánimos, porque era de aguardar que se evitaría mayor efusión de sangre.

Llegaron parlamentarios al Parque de Artillería á saber de la Junta revolucionaria si no era posible poner término á la lucha con la renuncia del doctor Juárez. Pellegrini y Roca parecían estar de acuerdo en ello. Los revolucionarios no se allanaron á una propuesta semejante declarando estar comprometidos ante el país y no poder abandonar su obra mientras no quedase depurada la administración pública, lo cual no consideraban efectuado mientras subsistiera el Congreso y los Gobiernos provinciales, que constituían el sistema político del Gobierno que combatía la revolución.

El día siguiente, Domingo 27 de Julio, fué cuando la ciudad de Buenos Aires asistió á la jornada decisiva. Se inició un fuego terrible por ambos lados, pero al terminar, no les quedaban á los revolucionarios sino cartuchos para menos de una hora en caso de reanudarse la acción. Era la derrota, la ruina, el desengaño de tantas esperanzas, la esterilidad de tantos esfuerzos y tantas energías gastadas.

Vino el armisticio, y la revolución cayó vencida por falta de fuerzas. Pero había obtenido el triunfo moral. Era suficiente. Cortos días después vería coronados sus esfuerzos.

El doctor Juárez envió su dimisión al Congreso Nacional en un altivo documento, en el cual invoca la posteridad para que juzgue sus actos. "Descanso seguro, dijo entonces, en la justicia de los hombres, cuando se hayan apagado las pasiones encendidas y se pueda juzgarme con ánimo tranquilo y levantado".

El Congreso la aceptó, con la declaración de que daba las gracias al Presidente por los importantes servicios prestados al país, y el pueblo se entregó á locas manifestaciones de regocijo.

POESIA ARGENTINA



L par de su extraordinario desarrollo industrial, político y económico; de las múltiples facies de su evolución, la República Argentina nos ofrece una literatura joven y fragante, rica de sentimiento y de belleza; al lado de los cultivadores de la novela y del drama se alza magnífica y triunfal una pléyade de poetas de hondo sentimiento y viva inspiración que han vivido profundamente y transmitido en sus estrofas sus melancolías, sus goces, sus desdichas ó sus dolores. La mujer, esa fuente viva de inspiración, las flores, el cielo, la naturaleza entera, la leyenda histórica, el recuerdo, la esperanza, la tristeza y la alegría, todos los sentimientos y las pasiones todas han dado el máximo de las notas de la gama poética en la lira vibrante de los poetas argentinos. Los hay que cantaron la agonía melancólica de los jardines á la llegada del invierno, el encanto enigmático de los crepúsculos, el misterio sonoro y voluble del mar, la tristeza de los caminos solitarios, la muda desolación de las llanuras, el verde prodigio de la campiña, la maravilla de la ciudad, el horror de la miseria, la fatalidad ineluctable del destino; la gloria misteriosa del amor; que por los clarines sonoros de sus versos dejan escapar vibrantes voces de guerra y pusieron en las ánforas diáfanas de sus poemas los más raros perfumes y las más suaves mieles que extrajeron al alma de los seres y de las cosas con las cuales vivieron en íntima comunión y embellecieron con el prodigio de su magia. Cuales nos dan á gustar en límpida lengua de Castilla, los sentimientos y las pasiones de los poetas extranjeros de extraños idiomas. Pasando una ligera ojeada á la lista numerosa de los cultores argentinos del arte poético, hallamos la nota predilecta de todos los espíritus. Poetas los hay en esa pléyade cuyos versos se exaltan como voces de rebelión y estruendos de fusilería en campos de batalla. Son los épicos con la figura gallarda de Olegario Andrade, el artífice magnífico de "La Atlántida" á la cabeza; se ve á los enamorados de la dulzura del hogar, del terruño y del bien seguir al nostálgico Guido Spano: los fantasistas con Leopoldo Lugones, el colorista eximio, sabio en la adjetivación, que ha descrito los más raros paisajes y dicho las más raras cosas, en las más extrañas rimas; los hay atormentados por la duda, portaestandartes de la fé, glorificadores del bien, divinizadores del amor que esgrimen la sátira y la ironía. Por el parnaso argentino desfilan figuras gallardas de entre las más culminantes de que se enorgullece la literatura americana.



Tratándose de literatura de América el fino espíritu crítico de Laurent Tailhade, nos ha dicho hablando de poetas argentinos: no es la menor gloria del idioma francés el atraer de todos los puntos del universo á los jóvenes escritores cuidadosos del buen decir y de la celebridad. La primera lengua del mundo, con sus matices, con la aérea delicadeza de sus acentos, con el encanto sin rival de su vocal átona, "semejante,—dice Rivarol,—á la última vibración de los cuerpos sonoros", ofrece á los artistas meridionales encantos más elegantes que los dialectos puramente latinos.

El italiano, ampuloso y lleno de redundancia y de énfasis; el español, maleado por la jota, pesada consonante gótica, y por las silbantes que desnaturalizan su pronunciación: el rumano, lleno de voces eslavas, no ofrecen al artista ni la maravillosa plasticidad, ni la sobria delicadeza del idioma francés. Desde los tiempos del romanticismo es el polo hacia el cual tienden los poetas, celosos en realizar una obra definitiva.

Sin contar los grotescos, "exemplum ut Joannis Pappadiamantopoulos", que desnaturalizan en sus violines tziganos las arietes,

algo en desuso, de Malherbe ó de Ronsard, la lista de los grandes poetas venidos del extranjero casi abarca toda la historia de las letras contemporáneas.

pomposa de España en el siglo XVI y el sentido plástico del Renacimiento mezclados á la visión de los cielos de ultramar. En versos impecables y sonoros, en lenguaje deslumbrador y bronceado magnificó la gloria de los conquistadores, antepasados suyos y del piloto que por haber conducido á los aventureros castellanos al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Poste une ancre de sable á la gumène d'or:

Evocó la gloriosa tumba de Hernando de Soto, tendido en las aguas vírgenes del Mechacebé, mientras que el viento norte

...parmi les cyprières
pleure et chante á jamais d'éternelles prières,

y plantó tal un retrato de Zurbarán, al viejo orfebre, pagano como Benvenuto, el cual tocado por la gracia, como gaje de su penitencia quiere,

...Ainsi qui fit fray Juan de Ségovie,
mourir en ciselant dans l'or un ostensor.

Esmaltes, niquelados de oro, cinceladuras en pleno metal, telas sobrecargadas de bordados, brocateles y pedrerías, el suntuoso verbo del maestro hace cintilar, como un arco iris de gemas y de fulgores, la riqueza violenta de un vocabulario sin igual.

Hija como él, de playas extranjeras, pero de complexión menos sonora y más académica, Helena Vacaresco, venida de las colonias de Trajano á las orillas del Sena, que decora el Instituto, declama el sufrimiento de amar, la conquista por las almas fuertes de una serenidad más alta que las angustias pasajeras y las tribulaciones del corazón. "El Alma serena", marca en la evolución de la joven poetisa un alto de orgullo "no exento de belleza". Habiendo subido por los rudos senderos del dolor á las cimas, desde las cuales se descubre todo lo que la vida encierra de mentiras y de ilusiones desolantes, ella proclama su derecho á no tener sino afectos y pensamientos inmortales.

Entre ellos debemos hablar del argentino Leopoldo Díaz, que en un admirable volumen de versos glorifica el esplendor eterno de la fuerza, del amor y de la belleza. El señor Díaz no ha tenido la audacia de abordar el idioma temible, como Djer del Bey, autor tan personal de la "Lyre Turque". Es,—dice Remy de Gourmont,—un excelente poeta, Frédéric Raisin, quien ha traducido, página á página, la obra de Leopoldo Díaz, pues el autor que no tardará en escribir en francés, tan semejante á la nuestra es la estructura de su frase, se atiene aún al dialecto neo-español usado en la América latina. Esta lengua, prosigue, más flexible que el rudo castellano clásico, es también más clara. La frase sigue una marcha más lógica, más conforme con los naturales movimientos del pensamiento. El verso de Díaz tiene algo de la bella simplicidad griega; libre de los inútiles epítetos prodigados por los malos poetas, marcha rectamente con su noble gesto de héroe desnudo.

Haz que tu verso diáfano y tranquilo
una, del arte en la difícil brega,
las puras líneas de la estatua griega
á la serena majestad de Milo.

Vuelve á la antigua fuente, al noble asilo,
que ignara turba villipendia ó niega:
al profano la Musa no se entrega;
hay pudores de Esfinge en el Estilo.
Cava en la mina de tu sér; ahonda
en el misterio obscuro de la Vida;
en los mares del alma echa tu sonda;
vibre la cuerda por tu mano herida,
y á la materia infunde, estremecida,
la inefable sonrisa de Gioconda.

No puede decirse nada mejor ni más justo. El humanista incomparable que es Remy de Gourmont, mejor que nadie está en capacidad de gustar en todo su sabor, esas golosinas exóticas y los bellos rimadores que "han erecido bajo los divinos palmeros". El amor de la forma, la religión de la belleza visible, la voluntad de no ver en el contorno de las cosas y en la manifestación exterior de la vida, sino las actitudes armoniosas y los gestos decorativos; una especie de optimismo altivo que encuentra en las emociones de arte puro, un inviolable refugio contra el dolor de vivir y el nauseabundo cuadro de las sociedades modernas: un diletantismo de cuatrocientista contra el cual no pueden ni la vista de los populachos hambreados, ni los sollozos miserables del univesal sufrimiento, todo eso hace de Leopoldo Díaz un poeta impasible y encantador, un olímpico que del mundo sólo quiere oír las músicas y los cantos de primavera. Como Aquiles Essebac, ama la belleza con dilección absoluta. No ignora que es ella su propia norma y que solo obedece á la ley de sus ritmos interiores de los que ella emana y hace aparecer ante los ojos.

Ved cómo muere un joven griego de Salamina:

Hacia el combate corre
cantando alegremente.
Una inmortal sonrisa
sobre los labios muestra.

El negro Hades no inspírale
terror ni la siniestra
margen del Aqueronte
bajo sus plantas siente.
El persa, de su brazo
conoce el golpe fiero;
mas, la traidora flecha
le alcanza de un arquero
y cae, graciosamente,
sobre el sutil escudo.

El autor de "Partenza", de L'Elu, y de tantas otras maravillas ¿no firmaría estos bellos versos cuyo texto, fácilmente accesible á la mayoría de los lectores, sufrirían al ser traducidos? Heine decía con razón, que los versos traducidos sólo son claro de luna empañado.

Los nobles poemas de Leopoldo Díaz tienen sobra de razón cuando apelan á la eterna belleza de las antiguas civilizaciones. "Las sombras de Hellas", las "Ombres de l'Hellade", aparecen evocados por la ingeniosa simpatía del artista, como en otros tiempos, Helena ante el emperador sajón; Helena conducida por el doctor Fausto desde el seno de las Madres primordiales hacia el sol eternamente joven, hacia la primavera que florece así en las selvas del Nuevo Mundo, como bajo los robles de la Germania ó á orillas del Eurota, cerca de los ríos sagrados y de los bosques de laureles-rosas que abrigaron los amores de los dioses.

A. B.

Otoño MCMX.



EL MEDALLON CLARK

DE SIMON GONZALEZ

Sandro Botticelli

EN EL IV CENTENARIO DE SU MUERTE



La Primavera, fragmento.



Juana Tornabuoni.—Louvre.

que en la hermosa época del Renacimiento—con sentido enteramente pagano—había sabido reproducir y personificar las fuerzas vivas y las energías de la naturaleza, perennemente renovada al soplo primaveral.

Hacia ya tiempo, sin embargo, que—si no para el arte—estaba al menos muerto para el mundo, porque lo había ya atraído y vencido la propaganda de Fray Jerónimo Savoranola, que, con sus *piagnoni* y con vana y ascética reacción contra el clasicismo invasor, pretendía renovar el elemento eclesiástico con una imposible vuelta a la Edad Media.

Después de larga residencia en Roma, para adornar de frescos la Capilla Sixtina, volvió a Florencia llamado por la fama y por la magnificencia de Lorenzo dei Medici.

Efectivamente, bajo el gobierno de los Medici, Florencia, en plena paz, habíase tornado en legítima heredera de la antigua civilización: la semilla arrojada por los humanistas había dado espléndidos frutos en la tierra de Toscana y Lorenzo el Magnífico—alma privilegiada de príncipe y de artista—había reunido en torno suyo una corte de poetas, de pintores, de eruditos y de hermosas que—en los floridos valles de los *Orti Oricellari*, en medio de las diversiones, fiestas y torneos, entre una aventura amorosa, una discusión filosófica ó una representación sagrada—evocaban á la faz de la moribunda Edad Media las bellezas del paganismo que resurgía.

Las canciones del mismo Lorenzo, las sonoras estrofas del Poliziano, la música y los bailes, los encantos de Juana Tornabuoni ó de Simonetta Vespucci, ha-

cían revivir la edad clásica en lo que ésta poseía de más amable y artístico.

Sandro Botticelli era de aquella corte.

El joven discípulo de Filippo Lippi, del Pollaiuolo y de Verrocchio—ardiente é inquieto como era—sintió rápidamente la influencia benéfica de los filóso-

fos y poetas que frecuentaban la casa del magnífico Lorenzo y pronto—á las frías y simbólicas obras de la Edad Media—comenzaron á suceder sus cuadros animados de perfectas y poéticas figuras, siendo el primero que reprodujo las más suaves alegorías de la mitología antigua y que supo reproducir en sus vírgenes los semblantes de las esbeltas damas florentinas, hermosas entre todas, acostumbradas á las lecturas de Bocaccio y amantes de las amenas y agradables charlas.

Así pudo crear en el Arte un tipo de belleza femenina acaso no superado todavía; y en aquellas gentiles mujeres, en aquellas vírgenes amorosas de sus niños, en aquellos ángeles hermosamente bellos, supo aunar tan bien la belleza física y la belleza moral que—aún á través de su leve sombra de sensualismo—nos deja entrever el íntimo y perfecto reflejo de sus almas. Y es esto, sin duda, el mayor mérito de la obra de Sandro, mérito que se evidencia fácilmente á cualquiera que recuerde aquella dulce **Anunciación** tan semejante en su sencillez y suavidad á la que pintó Fray Angélico en las paredes del convento de San Marco, ó aquella **Virgen del granado** que sostiene al divino infante mientras en variadas y hermosas aposturas la rodean sus ángeles rubios, y más aún aquella inimitable **Madonna del Magnificat**, que, por la gracia materna, por la ternura del niño que casi gufa la

mano de la Virgen que escribe, por la actitud de los ángeles que sostienen el libro y la corona, por la paz que se refleja en el lejano paisaje, por el equilibrio de los colores y la armonía general de la composición, representa cuánto hay de ideal y de perfecto en el arte cristiano, antes y aún después de Rafael.

En la **Adoración de los Reyes**—siguiendo las costumbres de su tiempo—nos dejó el retrato de sus principales protectores, de Cosme y Pedro de Médici, de Julián y de Lorenzo, con sus amigos y corte-



La adoración de los Reyes Magos, de Botticelli.

sanos, que ocupan el cuadro en diversos grupos y variadas apósturas, mientras al lado derecho, solo y apartado, se ostenta el artista mismo, envuelto en amplia túnica descendente. Como verdadero representante del neo-clasicismo—además de sus vírgenes divinamente bellas—Sandro Botticelli, que en el ambiente de la corte de los Médici y por su amistad con Agnolo Poliziano, había aprendido a conocer las fábulas de Ovidio y las Geórgicas de Virgilio, los diálogos de Luciano y la poesía naturalística de Lucrecio, tradujo en la pintura varios mitos y alegorías, infundiéndoles una poesía tal que apenas si la alcanzaron los mismos clásicos que fueron sus inspiradores.

El Nacimiento de Venus es, acaso, desde este punto de vista, su obra más perfecta. Como cantaba Poliziano, así se ve en el cuadro:

una donzella non con uman volto
da zefiri lascioi spinta a proda
gir sopra un nicchio; e par che'l ciel ne goda.

Pero, en la espléndida mujer desnuda que surge púdicamente del mar con los cabellos flotantes, de pie sobre una concha, y espera que una hermosa ninfa la cubra con un manto floreal, resalta tan admirable conjunto de idealismo y de realismo que difícilmente podrá ser jamás igualado.

Sin embargo, su obra más conocida es la famosa **Alegoría de la Primavera**.

Es difícil poder expresar con palabras lo que se siente á la vista de esa tela: parecen agitarse, contemplándola, una mezcla de ideas místicas y profanas y vienen á la mente las estrofas con que nuestros primeros poetas saludaban la llegada de la nueva estación y festejaban el dulce calendimaggio:

Ben venga primavera
che vuol l'nom s'innamori;
e voi donzelle, a schiera
con li vostri amadori,
che di rose e di fiori
vi fate belle in Maggio,
venite alla frescura
delli verdi arbori celi.

Poco importa saber—para las observaciones del crítico ó del erudito—si en esa gentil y esbelta muchacha que avanza cubierta por ligera gasa esparciendo flores sobre el verdoso prado, haya querido el artista retratar á la Tornabuoni ó á la tan conocida Simonetta; poco importa si ese Mercurio que lleva en alto el caduceo sea ó no de la familia de Médici: los colores del cuadro, la estupenda armonía de cada una de sus partes, la danza de las tres Gracias, la fuga de la jovencilla perseguida por su ama-

dor, el Cupido que lanza desde el alto sus flechas, y, finalmente, la virgen que, de pie en el centro, pone una nota mística en aquella exuberancia de vida humana y sensual que se agita y se mueve entre plantas cargadas de frutos y en medio de suave profusión de flores blancas y bermejas, nos hace la impresión perfecta y completa de la vida del campo con todos los encantos de la alegre Primavera. No existe ciertamente en el arte producción alguna que se iguale á esta sencilla tela que hace evocar las escenas de la wagneriana Walkyria, en que Siglinda y Sigmundo se abrazan con afectuoso encanto, mientras los envuelve la delicada y suave melodía de la primavera que alegra el ambiente y que se separa por el bosque vivificado

por el soplo del amor, renovado en su verdura, en su luz y en sus flores por las fuerzas generadoras de la naturaleza inmortal.

Muerto el Magnífico, decaída y dispersa la familia Médici, Botticelli no continuó ya en contacto con los doctos y los poetas: experimentó, al contrario, la influencia de los discursos y de las oraciones del fraile Savonarola. No volvió, pues, á sentir el culto de los clásicos, no volvió á pedir inspiración á las fábulas de Ovidio, ni volvió á copiar en sus vírgenes las hermosas mujeres de su tierra de Florencia.

A ejemplo de Savonarola, se retiró á la vida privada y devota, y se entregó á la contemplación, y mientras, poco á poco, iban extinguiéndose en él las fuerzas cradoras—así como Fausto moribundo se consagraba á la meditación del Evangelio—él se puso á estudiar el divino poema de Dante y á ilustrar sus más importantes episodios. A la edad de 66 años, cuando ya el mundo lo había puesto en olvido, lo sorprendió la muerte.

Su obra, delicada y perfecta, pasó mucho tiempo desconocida y olvidada en el frío silencio de las iglesias ó en los salones de algún rico palacio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado, no por extraño capricho de la moda—como pretenden algunos—sino por la benéfica propaganda de aquella fraternidad pre-rafaelita que idearon en Inglaterra Dante Gabriel Rossetti, Burne Jones y John Ruskin, fueron despertados los estudiosos y los amantes de lo bello al merecido culto de los primitivos florentinos y así pudo brillar con esplendores más vivos y con renovada gloria aquel nuestro gran Sandro, á quien hoy el arte universal unánimemente honra y conmemora.



Alegoría de la Primavera, de Sandro Botticelli



La Virgen, de Sandro Botticelli.

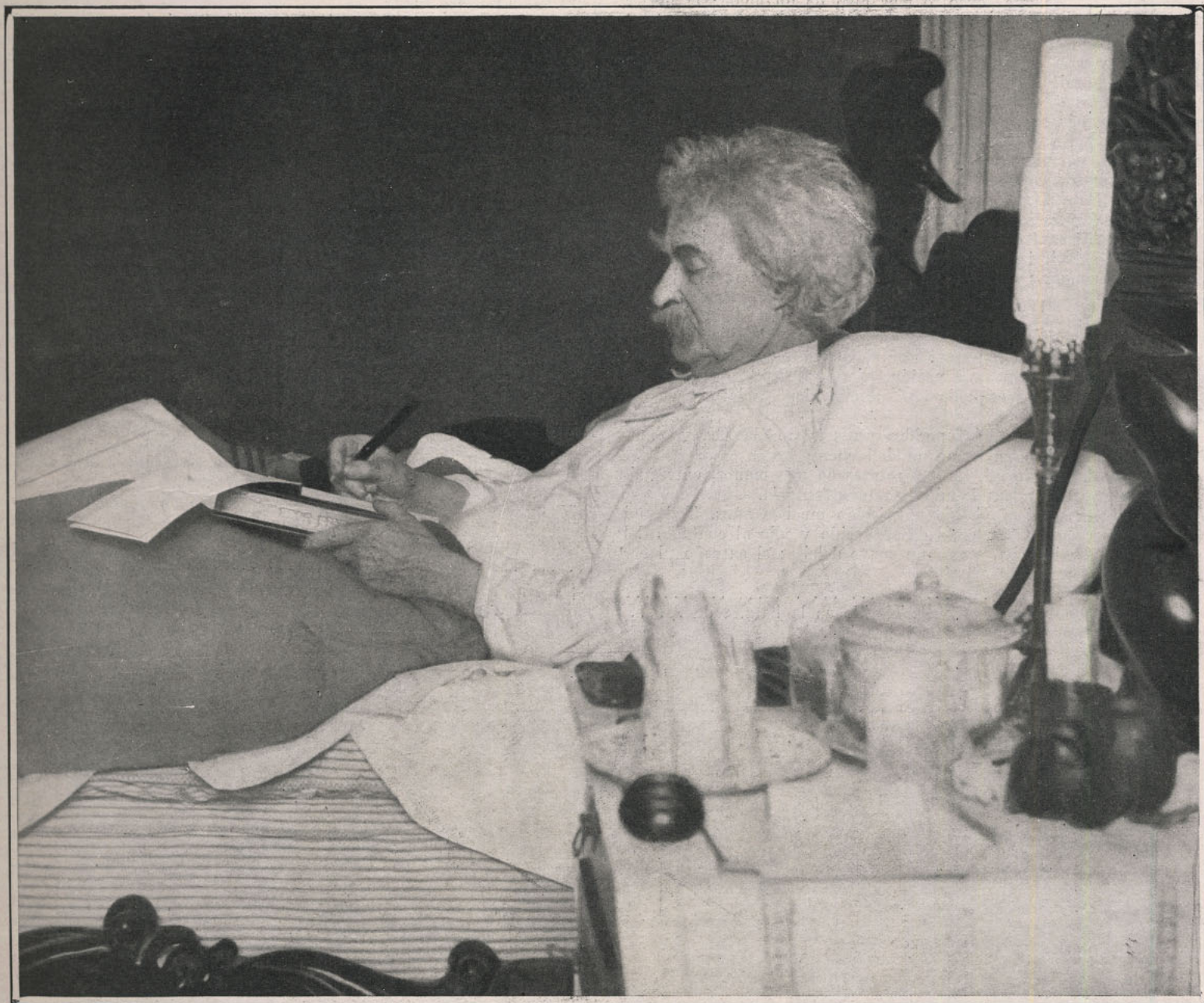
MARK TWAIN

Ha desaparecido uno de los escritores más notables de América, Samuel Clemens, célebre con el pseudónimo de Mark Twain. Era un humorista genial, un grande irónico, heredero del ingenio picante y original de Swift y de Heine, pero sin el acre sabor conocido del último, ni el estilete punzante y venenoso del grande escritor inglés.

El escritor americano poseía, como nadie, el dón de la originalidad chispeante, del *humour*, del contraste divertido y nuevo que hacía reír hasta las lágrimas, sin causar daño á nadie, sin ofender sin molestar á los demás. En semejante género era único. Un sólo cuento suyo lo pinta. Se trataba de comunicar á una pobre mujer

chaba sus momentos de ocio para instruirse con lecturas variadas que se asimilaba de manera portentosa. Y viajaba de un Estado á otro, desempeñando los más variados oficios, recorriendo las imprentas, fundando y dirigiendo diarios, escribiendo artículos humorísticos. De los diecisiete á los veinticuatro años desempeñaba el puesto de piloto en el vapor "Missouri". Era secretario de un hermano suyo; se lanzaba en busca de oro á los *placers* de California, invadido entonces por una inmensa cantidad de aventureros que se disputaban sus riquezas con el revólver en puño.

Sus primeros artículos aparecieron en el "Virginia City Enterprise", publicación que dirigió durante el año de 1862. Poco des-



la muerte de su marido, y se comisiona para eso á un amigo del extinto, que llega y golpea en la puerta de la casa:

—¿Vive aquí la viuda de Sawyer?—pregunta á una señora que sale á recibirlo.

—Nó, señor. Quién vive aquí es Mr. Sawyer conmigo, que soy su esposa...

—Pues, apuesto que vive la viuda de Sawyer, una guinea.

—Apostada...

—Usted la ha perdido, señora, ya que Mr. Sawyer acaba de morir de apoplejía, en la calle. Usted es su viuda...

El pueblo americano celebraba y prefería, entre todos sus escritores, á Mark Twain. En Inglaterra, igualmente, gozaba de gran prestigio. Cuando estuvo últimamente en Londres, el rey Eduardo VII lo invitó á comer y le dió un "garden-party". La concurrencia era numerosísima y selecta, la aristocracia inglesa y los más distinguidos literatos asistían. De repente, el rey, que conversaba en un grupo, escucha una carcajada estrepitosa de la reina Alejandra,

—Debe conversar con Mark Twain,—exclamó sin volverse.

El gran humorista americano había nacido en el estado de Missouri, en 1835, por lo cual contaba ya cerca de setenta y cinco años. Comenzó la vida como Franklin, de tipógrafo, y aprove-

pués, en 1864, tomaba otro diario en San Francisco de California.

En su auto-biografía, publicada en la "North-American Review", ha referido los mil incidentes y aventuras de aquel periódico. Entonces, con más frecuencia que ahora, solían presentarse á las revistas y periódicos señores iracundos que iban á pedir explicaciones armados de revólver ó de garrote grueso. En 1867, Mark Twain publicó su primer volumen de narraciones humorísticas, el "Jumping Frog" ó sea la rana saltadora. Allí aparecía un buen señor que se ganaba la vida haciendo saltar una rana amaestrada, en cuyo favor apostaba, y desafiando públicamente á los diversos propietarios de ranas en todo el territorio de la Unión. El siempre ganaba, pues poseía su secreto: hacía beber agua á las ranas enemigas y mantenía la suya á dieta, ni más ni menos que los actuales corredores de caballos de carrera.

Los diversos libros de Mark Twain, como los "Inocents Abroad", en el cual refiere la excursión de un grupo de americanos á Europa, tuvieron inmenso éxito. Había, en el fondo mismo del escritor americano, un fondo de observación y de filosofía profunda. No era, solamente, un chispeante y original humorista, sino un escritor de vistas geniales y á menudo profundo.

TIP-TOP

EL RETRATO

ERA en 18... Me hallaba de guarnición en el pueblo de X. y asistía á un baile dado por una de las principales familias de la localidad. Había desplegado durante la velada todo el esprit de un militar de veinte años; pero me hallaba cansado.

A menudo, después de la agitación de un baile, el militar desaparece en mí, para dar lugar al soñador... al poeta. Esa multitud de faldas flotantes... de sonrisas... de mujeres hermosas, dirigen siempre mi espíritu hacia la mujer sublime, la mujer ideal, despojada de todos los atavíos del arte.

Soñaba, pues, semi-recostado en uno de los salones más apartados de la casa, cuando creí percibir un débil ruido en uno de los retratos que adornaban la pared.

Me acerqué á él.

Era el retrato de una joven, ó más bien de un ángel; la mujer que soñaba en ese momento mi acalorada fantasía. ¡Esa suavidad de líneas del hermoso rostro!... Esos ojos adormecidos que, semi-alumbrados por la celeste luz de la pantalla hacían estremecer la última fibra de mi alma!...

No fui dueño de mí: acerquéme al retrato y deposité sobre su frente el beso más puro de mi vida: ¡mi primer beso de amor!

—“¡Hola! teniente Vargas. ¡Has abandonado el campo!” exclamó Carlos, entrando en ese momento.

—Estoy cansado, hombre; pero dime ¿quién es esa hermosa joven?

—“¿Mina Robledo? Ha errado el golpe, mi teniente: esa joven no pertenece á nuestro mundo”.

—“¿Muerta?” exclamé con una voz que, á pesar de mis esfuerzos, dejaba traslucir la dolorosa impresión de mi alma.

—“Más ó menos: ¡es monja! pero vamos al baile: te has puesto sentimental”.

Lo ví alejarse con indecible placer.

—“¡Monja!” murmuré, acercándome de nuevo al retrato. “¡Entregada á Dios...! No importa! por el momento será mía”, exclamé en el delirio de mi extraña pasión.

A la débil luz de la estancia creí percibir los candorosos sonrosos de la joven.

Tomé la fotografía; besé repetidas veces la amada faz, y abandoné rápidamente la casa, como un delincuente.

Aquella noche no dormí. Con el retrato en mis manos, entreguéme á los sueños más dulces de mi arrebatada fantasía.

A la mañana siguiente había envejecido muchos años. Toda mi bulliciosa alegría de antes había desaparecido y sólo al contacto del retrato junto á mi pecho, sentía un suave deleite: el extraño placer de amar sin esperanza.

Habían pasado ya muchos años. Herido en la batalla de, deliraba en el angosto lecho de un hospital.

Habían transecurrido muchos años; pero ella era aún mi único amor.

Comprendo que el hastío pueda borrar lentamente un amor correspondido; pero jamás logrará extinguir el amor sublime. Mi amor era, pues, eterno.

—“¿Necesita algo, amigo mío?” preguntó en ese momento una voz dulce, acercándose á mi lecho.

¡Ese rostro suave...! Esos ojos dulces y sombríos...! ¿Seguía delirando?

—“¡Mina!” exclamé. “¿Eres tú?” pero no me respondió y sólo colocó su mano suave sobre mi abrasada frente.

—“¡No me amas!” proseguí; pero ya se había alejado y sólo divisé las blancas alas de su corneta agitándose suavemente como para velar nuestro sueño.

—“¡Ella es! Ella es!” repetía. Ya no sentía mis heridas y sí sólo el deseo ardiente de que ella volviese á mi lado.

Llegó por fin... La tarde se extinguía ya, y una luz pálida reinaba en la estancia.

La ví acercarse dulce y sonriente, como se había presentado siempre en mis ensueños.

—“¡Mina!” exclamé. “Perdonad, madre mía, que os dé ese adorado nombre. ¿Conocéis el pueblo de X.?”

—“¡Mi pueblo!” exclamó ella admirada.

—“¡Mina! Mina Robledo!” grité enloquecido. “¡Mi único amor! Hace veinte años que amaba un retrato. Ahora os amo á vos; sólo á vos”.

—“¡Callad! Callad, por Dios!” murmuró ella tímidamente. “La Providencia que os ha permitido conocerme hoy, nos separará mañana. ¿Pretendéis arrebatad á Dios lo que ya le pertenece? Soporad vuestro destino”.

—“¡Vuestro destino!” exclamé, con salvaje acento. “¿Cómo puede ser ése vuestro destino si el mío es amaros, si os he amado hace veinte años, si os amaré siempre? ¡Mina! Vuestro destino será también arrancarme la vida”.

—“No haréis eso”, exclamó ella con dulzura, colocando su mano sobre mi frente, para calmar mi profunda agitación.

—“Prometed amarme y serviré con vos al Señor”, dije suplicante, mientras cubría de besos su blanca mano.

—“¡Respetemos nuestro destino!” exclamó, alejándose rápidamente, pero sin poder ocultar una lágrima que temblaba en sus negras pupilas.

.....
¡Gigantesca lucha! El hombre y su Creador!... Dos años más tarde, Mina era mía. Ministros de un mismo Dios, bendecíamos al Altísimo en el altar sublime de nuestro amor.

AMANCAY



DESPUES DE UN DIA DE RUDA LABOR

CUADRO DE PHIL E. STRETTON

LUIS RODRIGUEZ VELASCO

UNA tarde de arremolinadas nubes blancas en fondo celeste, fuimos á casa del poeta de las ternuras elegantes. Nos había anunciado la publicación de sus obras completas. Su vida entera estaría en el libro voluminoso; su vida que durante cuarenta años ha estado como una orquídea dejando caer sus hojas lánguidamente soñadoras en la penumbra de nuestra historia literaria. En la penumbra buscada por él mismo, requerida por su naturaleza que sentiría irritarse sus fibras y agostarse su frescura á los soplos del viento y á las llamas del sol. Ha sido el poeta de las semi-claridades aristocráticas, aromadas de exquisitismo. No ha sido un combatiente ni un combatido. Sus versos no han hecho sangrar ideas. Ninguna gallardía literaria, ninguna rebeldía filosófica. Respetuoso de las tradiciones clásicas en la forma, su pensamiento ha germinado al contacto del romanticismo que flotaba como polen moral en el ambiente de su época... Entramos á su sala de estudio, grande y sombría. Allí, en esa penumbra, el poeta ha vivido atento al íntimo desenvolverse de sus sueños y al silencioso despliegue de su gloria.

En la luz vagarosa parece respirar el pasado. Hay aromas de historia. Recorrimos con la mirada los estantes llenos de libros. Sus filas superpuestas muestran los lomos verdes, amarillos y negros, rotulados por caracteres áureos. Hundimos los ojos en las sombras del fondo de la sala. Al centro, un enorme espejo inclina su abismo de claridad azulada sobre el escritorio antiguo, severo, de columnillas salomónicas; á la derecha, un paisaje que abre una perspectiva fluvial de perverso colorido, de discordantes tonalidades verdes y blancas, y á la izquierda, otro paisaje, también fluvial, la mancha amarilla de una puesta de sol, cayendo sobre el agua del río, tras un grupo de árboles oscurecidos por el contraste de sus masas de follaje con la luz que muere en una lenta y lejana armonía de oro. La línea de los estantes, de las sillas, de los sillones, no es la ligera y graciosa de la elegancia moderna, ni la severa y soñolienta de la elegancia antigua: es sencilla; descansa en ángulos rectos en los estantes y en curvas graves en las sillas; es línea de quietud, no de movimiento ni de aspiración. En la sala entenebrecida, en su amplitud silenciosa, meditativa, parece sentirse el murmullo de la vida que se fué, de las cosas que se deshojaron. Las coloraciones claras y asordadas del recuerdo flotan en el aire sombrío. Respirando esa atmósfera anacrónica, la obra del poeta se nos presenta en su delicada grandiosidad. Su suelo había sido el silencio; su savia había sido el ensueño. Nada había allí, en la sala, que indicara la tumultuosa vida intelectual de hoy. No asomaban esas balumbas de diarios, de revistas, de folletos y de libros que revelan en su inmovilidad desordenada el vórtice mareante de la actualidad mental, los múltiples y simultáneos llamamientos de las teorías y de los comentarios que nos impulsan ó nos detienen en nuestra senda de soñadores. Allí no; en el reposo de la sala adusta, el espíritu había meditado solo, desnudo de la arlequinada vestidura de ideas con que lo viste la solicitud utilitaria de los periódicos del día. Sí; allí se comprendía en toda su intensidad la obra del artista elegante y doloroso. En el intimismo acariciante de la sala habría sonado mal un acento inspirado en esas rebeldías que incendian el espíritu con un relámpago de púrpura...

De pronto, unos pasos, y luego, en el rectángulo de aire azul recortado por la puerta que da al patio, bañado á esa hora por la luz caída del cielo, se dibujó en sombra la elevada figura del poeta amigo.

Luis Rodríguez Velasco es muy alto, delgado y para su estatura, su cabeza resulta pequeña. Nada en él de las sonrisas de Lillo, de las abstracciones de González, del orgullo de de la Barra, de la majestad de Matta. Tiene la misma elegante sencillez de sus versos, en sus gestos, en sus movimientos, en su hablar. Oyéndolo, se ve que toda su vida fisonómica está en los ojos. En su faz morena, bronceada por el viento de los campos, sus ojos brillan serenos y misteriosos con el verde color de las algas marinas.

El poeta nos habló de su libro: toda su vida. Nos obsequió un ejemplar, un volumen en cuarto mayor y de más de ochocientas páginas... Asegurados del libro, quisimos los recuerdos del poeta. ¿A qué referir el diálogo? El poeta recordó las grandes épocas literarias; lo propicio del ambiente social de entonces á todos los esfuerzos de la inteligencia; llegó á lo moderno y rechazó el modernismo. La sobriedad de sus gustos literarios no le permite apreciar las exuberancias coloristas de lo que llamó lepra de la literatura. Al atacar se defendía. Era su obra de conservación. Su finísimo instinto le ha hecho sentir la primera pinta de moho en su armadura de paladín del ensueño... ¿Pero qué importa si bajo ella se agitan los delicados fervores de una vida? Lo externo sólo tiene un valor momentáneo. La historia literaria no es sino la mascarada de la forma. Lo único digno de recogerse para el acervo sagrado es el polvo de los pensamientos y la ceniza de las emociones.

I

Luis Rodríguez Velasco es el poeta de lo íntimo. Su primera época fué un monólogo triste, lamentable. Vivía exclusivamente de su corazón, que se consumía como un grano de incienso evaporando tules de ensueños vagarosos. La vida era su vida. El acento de su verso era la delicada y temblorosa resonancia del comentario interior; llegó á unirse tan estrechamente al movimiento de los sueños del poeta, que tomó la misma lentitud desolada, el mismo lánguido desenvolverse de sus ritmos vaporosos. El recuerdo, la tristeza, la melancolía, la esperanza, pasaban de su espíritu á sus versos sin la más ligera variante vivificadora de su lenta melodía. Esos sus primeros versos nos hacen pensar en las extrañas correspondencias que á veces se nos muestran entre los movimientos espirituales y los animales. Eco del pausado desenvolverse de sus sueños, la naturaleza del decir poético de

Rodríguez Velasco tiene la misma elegante pureza de líneas que el andar de algunos anima-

les. Si éstos acusan en los reflejos de su piel la perfecta armonía de sus movimientos, los versos de Rodríguez Velasco exteriorizan en sus aterciopeladas ondulaciones el silencioso desplegamiento de sus sueños.

En estas delicadas modulaciones de preludios se deslizaron sus primeros años líricos. Pero, á pesar de ser tan deliciosamente seductoras en la mayor parte de sus composiciones cortas, se convierten, por la continuada identidad de acento, en adormecedora monotonía. En "Treinta años", la mejor, según el mismo poeta, de sus composiciones, la que tiene más valor humano por la suma de sinceridad que la inspira, sentimos esto. Notamos la ausencia de animación lírica, la carencia de vida musical. Bien sabemos que el ritmo poético no es el ritmo musical; pero en el verso cabe uno de sus elementos primordiales: el movimiento. Agitar en lentas ó ligeras, en leves ó intensas ondulaciones el aire melódico de una composición es uno de los secretos de los grandes poetas. Hemos leído atentamente "Treinta años" y, prescindiendo de la belleza de las ideas y de la

amarga frescura de la emoción, su languidez verbal, su indolencia rítmica, aún en los momentos en que las ideas cambian y se hacen leves, nos han dejado una sensación de desesperante morosidad. ¿Por qué? La idea generadora—el hastío de la vida, el cansancio de sus inanidades—anima todos los versos, sin variarlos, y se desenvuelve en más de doscientos con una misma lastimera entonación. Cuando el poeta vuelve sus ojos á la mañana rosa y blanca, á los primeros años, para beber en ellos alegría y calor, el verso, á pesar del cambio de ritmo moral, en vez de tomar agilitades y aleteos jubilosos,—la emoción levanta el registro—sigue lento y cansado, y luego, cuando dice que su hastío y su desesperación son la obra del siglo escéptico del cual quiere huir las ruindades y depravaciones, su voz no adquiere acentos de energía, no simula el desvío estigmatizador, continúa como antes y como hasta el fin, lánguido, perezoso, desmayado, enlazando sus co y pos-pretéritos en una no bien regulada alternación de rimas miserables. Su monótona laxitud habría desaparecido si el poeta hubiera adaptado sus versos á las variaciones del motivo; si los hubiese recogido aquí, elevándolos, en el fresco momento de los recuerdos juveniles y los hubiese soltado allá, vigorizándolos, en el arrebatado momento de indignación. Así su bellísima composición habría tenido lo que le falta, lo que necesita para no caerse auditivamente; agudeces y gravedades en el desarrollo de su ritmo.

No quiere esto decir que el poeta debió ser una especie de polifonista de la palabra; que debió hacer sentir en la unidad, la variedad de tres ó más melodías sucesivas, valorizándose recíprocamente en el efecto total, como en algunos trozos sinfónicos; pero por lo extenso de su composición, debió intentar una diversidad de acento para romper la monotonía de su colorido melódico. El esfuerzo ha sido hecho por muchos. Han empezado una composición con un tono lento y triste, luego, á un recuerdo placentero sugerido por el propio pensamiento ó por una alusión del paisaje, han cambiado el verso, lo han hecho ligero, risueño, y, después de los revoloteos jubilosos, pasado el instante de la alegría episódica, han vuelto al tono triste, al andante soñador con que iniciaran sus modulaciones verbales. Pero, en rigor, ¿es justo exigir á un poeta procedimientos técnicos que no están en armonía con su modo de producir? Nuestro intento no ha sido exigirlos, sino explicarnos la sensación que nos han producido esos versos en que la vida del poeta oscila con la delicadeza descendente de las enredaderas, sueltas, colgantes y desmayadas en su soñadora languidez florida.

II

Abstraído en su amargo soliloquio, Rodríguez Velasco permaneció insensible á las sollicitaciones de la naturaleza. Sus pupilas no se detuvieron en sus transparencias; no se fijaron en sus luces, no se hundieron en sus sombras; se deslizaron por la tierra, leves, como temerosas de despertar el sueño del color. Y no sólo prescindió, en su monólogo, de la naturaleza que lo rodeaba, de la que lo envolvía en su aliento, sino también de la que animó los primeros latidos de su corazón. Rodríguez Velasco recuerda los gorjeos de su vida, pero no las brisas que los desparramaron, ni los horizontes que los recibieron. Su olvido del paisaje es absoluto. Evoca: pinta para el corazón. Sus colores son las emociones. Al sugerirnos el estado emocional de que nos habla su recuerdo, nos hace sentir sus coloraciones sentimentales. Recibida así la impresión, vive por sí sola, temblorosamente, en lo íntimo de nosotros, lejos del aire, de la luz y del calor de la hora, en la delicada soledad de su pureza rememorativa. Apenas si en dos ó tres composiciones describe pedazos de naturaleza. Al hacerlo, busca los colores leves, suaves, las tenuidades de las acuarelas, las palideces de los blancos, las espiritualizaciones de los azules. Es una barca velera que se desliza sobre el mar; es un grupo de bañistas que juegan con las aguas y ríen con las espumas. El poeta no resistió á la alegría del blanco y del azul. Pero fué sólo por un instante. Sus ojos volvieron á entonarse, á desdeñar las bellezas de la tierra y á seguir la línea desolada de los paisajes interiores.

Rodríguez Velasco habría continuado siendo el poeta de lo íntimo, un sibarita de la melancolía, un exquisito aspirador de las alegrías dolorosas y de las sonrientes amarguras que florecen en el invernadero de un salón, si un soplo arrebatador, el amor á la patria, no lo hubiera sacudido vigorosamente.

El poeta va ligado á las leves históricas que laboran el porvenir de su suelo: es una resonancia de los antepasados gloriosos: en el acento de su voz se siente la colaboración misteriosa de los que fueron. En él hay un sonlo de la patria—ambiente, de la formada por los recuerdos, por las leyendas heroicas respiradas, en los primeros años, como una brisa vivificadora, llena de salud moral. Los poetas chilenos se han sentido en ella y á ella se han dado en sus instantes de aspiraciones más puras, sabiendo que un día, por una de esas misteriosas asimilaciones que la tierra hace de las vidas que en ella se desenvuelven esplendorosamente, ellos, los inspirados, llegarían á ser parte de su suelo, á transformarse en patria, á vivir en la vida de la entidad gloriosa. Luis Rodríguez Velasco, en 1866, en la guerra con España, y en 1879, en la guerra con el Perú, se olvidó de sus tristezas, de sus zozobras íntimas y cantó el heroísmo de sus compatriotas. Pero su voz, suavizada por el permanente murmullo de sus ternuras, no tuvo nunca las fervorosas guerreras que intentaba alcanzar. Las vehemencias

patrióticas que rugían desordenadamente en las fibras cordiales de otros poetas, fueron en él una aspiración vigorosa, pero dulce; arrebatada, pero correcta. El largo soplo heroico no lo perturbó, no lo envolvió en sus vértices alucinantes; lo hizo vibrar, pero dentro de su reposo elegante, lo sacudió sin comprometer su distinción con un gesto de gloriosa brusquedad, con un ademán de sublime torpeza. Leed sus cantos. El poeta no se dá: se pertenece. Su voz no es irregular, vertiginosa, sino suave, de acariciante modulación. Se esfuerza en vano por ser de bronce. Atended á sus ideas, son siempre delicadas. Se esfuerzan en vano por batir alas de cóndor. Sus himnos son á modo de la inclinación saluatoria del árbol florecido á la ráfaga de tempestad que pasa camino del horizonte. Le da su rumor, su aroma, un momento de su vida; pero vuelve á su reposo, á corregir sus líneas, á vivir para sí, envuelto en el manto de su follaje serenamente inmóvil. Las composiciones heroicas de Rodríguez Velasco tienen este carácter, en perfecto acuerdo con su naturaleza delicada, floral. No siendo en él la energía una cualidad ingénita, no sintiendo las inquietudes gloriosas del brío, el espíritu de combatividad tuvo que serle extraño y el heroísmo tuvo que presentársele con todas las desproporciones de una monstruosidad moral. Además, no es un poeta hedónico, un afirmador del placer como finalidad de la vida. Es un sentimental amargo. No ha podido sentir la alegría de los goces superiores. Y el heroísmo, en las temeridades gozosas del organismo con que galvaniza la sensibilidad, es una de las formas de los placeres más elevados, un instante de delicias visionarias, un vértigo de voluptuosidades sublimes.

III

Luis Rodríguez Velasco ha sido, pues, un intimista, un sensitivo floral. Sus más leves estremecimientos se han convertido en aromas vestidos de ritmos, en versos. Al mostrar algunas de sus fases psicológicas hemos ido eliminando caracteres, liberando su personalidad de la acumulación de ideas que suscita, para ver su fondo verdadero y único, para ver su corazón. Sus más sutiles delicadezas y sus más transparentes ensueños han sido el eflujo de ese centro de ternuras, de ese punto moral tembloroso y ardiente como una lágrima. En él se ha desarrollado, evaporándose, su vida. En él ha sentido desvanecerse las resonancias de la tierra. Según el sereno concepto shopenhaueriano su mundo ha sido el de su representación; pero como su conciencia ha sido más afectiva que intelectual, su mundo no ha sido el de las ideas abstractas, ni el de las formas y los colores, sino el de la ternura, delicadamente regida por su sensibilidad. Su mundo ha sido el de su sentir; su mundo ha sido el de su corazón... Siendo así, llevando su vida y la del mundo en el temblor de su emoción ¿á qué habría ido á la naturaleza? ¿á qué perturbar inútilmente la unidad interior? ¿Qué más podrían darle las formas que sus líneas angulosas ó curvas en las montañas ó en el mar? ¿Qué más podría darle la luz que sus cenizas desparramadas por los confines de los horizontes ilusorios? Además, la naturaleza era para él algo que sufría, en que el dolor parecía ser eterno, necesario, un elemento de vida, tal vez la claridad guiadora, la que encendía la pupila de la materia veridica en lo infinito. Y él no necesitaba de ese dolor: tenía el suyo, un elemento de vida también, una claridad que le hacía ver la verdadera esencia de las cosas, la nada. Así, el poeta no fué á la tierra. La realidad estaba en él, la tenía allí, ardiendo, consumiéndose, evaporándose en su corazón. Concentrado, recluso en él, respiró en sus sueños las idealidades de todo lo que incienso: escuchó en sus latidos el murmullo de todo lo que palpita y sintió en sus fervores el calor de todo lo que arde. Abstraído en su vida interior, no tuvo los intentos gloriosos de los grandes impacientes del más allá; de los meditadores del sub-entendido medroso de la existencia, de los que huellan el oro de las lejanías últimas, de los que se han internado palpando en el misterio de la inmensidad y han vuelto con las manos ateridas por el beso de la sombra y de los que se han internado palpando también en el misterio de la humanidad y han vuelto con las manos ateridas por el beso de la miseria. Y, así como no fué á la tierra, ni á los horizontes, ni á la humanidad, no fué á las alturas. ¿A qué? Cuantas veces había pasado por ellas su mirada, persiguiendo el vuelo silencioso de un pensamiento aquilino, la fatiga de no encontrar un latido de vida, de calor, le había hecho bajar sus ojos, en un desvanecimiento en el cual sentía descender también las inmensas profundidades azules. Era preciso que su mirada se levantara de nuevo, para que los cielos se levantaran también, para que se abrieran, se abundaran lenta y luminosamente, dejándola llegar hasta el fondo ilusorio de un ámbito interminable, infinitamente superior al ilimitado alcance de su ternura. La inmensidad seguía el ritmo de su anhelo. Se perdía con ella; se embriagaba de su silencio: sentía frío. ¿A qué subir? Si tras las estrellas estaban las sombras ¿á qué vagar enervadamente por el abismo extraño teniendo el propio sombrío y profundo? El poeta no miró á las alturas. Y, sabiendo que si quería estrellas y sombras no le era necesario subir sino descender en sí mismo, seguro de que en su interior, como en el poema dantesco, después de las últimas honduras hallaría también estrellas y sombras, temeroso de las eternas obscuridades circundantes de la vida, se concentró en lo íntimo, donde sentía los rumores de su sangre, en su corazón.



LA VISITA

CUADRO DE N. VAN DER WAAY

ROSARIO PINO

LA cabellera abundante y sedosa, rizada con arte supremo; las actitudes elegantes y nerviosas, animadas por ligereza dúctil y frágil; el óvalo de su cara parte de una frente espaciosa para llegar á su barba suavemente redondeada. La nariz tiene gracia, la boca sonríe, pensativa y se entreabre maliciosa, y al reflejo espiritual de su mirada se ilumina la fisonomía entera con el encanto de una seducción penetrante, que no sabemos de dónde viene, si del conjunto ó de los detalles. Pero el hecho es que sufrimos inevitablemente la seducción de su gracia, y que, después de caído el telón, su imagen se perpetúa y no quiere abandonarnos.

Rosario Pino me agrada más, infinitamente más que María Guerrero.

Aún cuando se trata de artistas de géneros extremadamente diversos, y que obran, por decirlo así, en órbitas distintas, como los astros, confieso que á mí me agrada más Rosario Pino, y eso que sólo puedo compararla con el recuerdo que de ella guardo, desde hace muchos años atrás, cuando la ví en el Teatro de Lara de Madrid, en su brillante comienzo, que desde los primeros momentos apareció como en triunfo.

El público madrileño se sintió sobrecogido por la gracia, la finura y, sobre todo, por la distinción de Rosario Pino en la comedia moderna. Nadie como ella encarna esas deliciosas criaturas de placer y de lujo, nacidas para dominar en un salón, brillar por su elegancia, imponerse por su gracia, atraernos por su arte; seres frágiles y exquisitos que constituyen, á un mismo tiempo, la desesperación y el encanto de la vida. Sus trajes, como los de Suzanne Derval, ó de Jone Hadding, ó Madame Le Bargy, son verdaderas creaciones, imponen la moda en Madrid, como los de las actrices anteriores en París, son notas deliciosas de elegancia, expresiones del exquisito encanto del talento de un Winth ó de un Paquin, con sus combinaciones de colores y de líneas siempre nuevas y siempre caprichosas, en que la sencillez aparente oculta la suprema elegancia de la última expresión del buen gusto.

Ninguna actriz española ha comprendido, como Rosario Pino, la expresión á veces melancólica, á veces graciosa de la tan agitada existencia moderna que llevamos. Vivimos todos perpetuamente en drama ó en comedia. Todos somos actores y espectadores de escenas á menudo sobrecogedoras de la vida, pero son dramas sin sangre, sin tiros y sin puñales, tragedias que no se ven, comedias finamente esbozadas. Los grandes problemas dramáticos de don José de Echegaray, llenos de complicaciones horribles y punzantes, que sólo pueden desenlazarse de manera trágica, esos dramas que han hallado sus grandes intérpretes en

María Guerrero y en Díaz de Mendoza, en Rafael Calvo y en Antonio Vico, no corresponden á la vida real, son fantasías dramáticas de un hombre de genio portentoso.

La vida moderna se desliza más tranquila, corre oculta como el rumor de esas fuentes que nadie ve y cuyo encanto ó cuya nota melancólica todos sentimos. Y el drama que nos presenta á menudo, no es, ni será nunca, ni puede ser melodrama. Ya no andamos á tiros como los aventureros del Far-West americano. Y sin embargo la vida es más honda, interesante y compleja que nunca. La eminente actriz española que habrá de visitarnos en breve, pertenece á la gran escuela realista de intérpretes de la vida que tan notables figuras como la Tubau encarnan en España. Es la misma escuela de naturalidad y de gracia, en la cual se siente pasar el soplo de la vida, que constituye el encanto de los teatros parisien-



Rosario Pino

ses. Así, la Tubau daba los dramas de Dumas niño con arte superior, tan bien como sus mejores intérpretes de los teatros de París. Rosario Pino pertenece á esa misma escuela y ha sido la discípula más genial de la Tubau, llegando á superarla en muchas de sus grandes creaciones. Su arte de gracia y de realidad, de verdad y de distinción, es más atrayente que el arte de María Guerrero.

Los nuevos dramaturgos españoles, como Benavente, los Quintero, Rusiñol, Joaquín Dicenta, han creado una escuela dramá-

tica enteramente realista, pero de un realismo á menudo romántico y sentimental, en el cual la nota de ternura se mezcla á la sonrisa.

En su género, Rosario Pino es una actriz insuperable, una grande actriz en toda la extensión de la palabra. Expresa los

matices varios de sentimiento, y las delicadezas melancólicas de ciertos estados de alma con una maestría de primer orden, á la altura de las primeras actrices francesas é italianas. Pero en distinción, en elegancia, en gracia, es la primera de las actrices españolas.

EMILIO THUILLIER

ES, para nosotros, un antiguo amigo, cuyo talento admiramos y conocemos. Pocos artistas españoles han conseguido en Chile acogida más simpática ni amigos más sinceros. Su juego escénico es natural, sencillo, elegante y sobrio como el de los actores parisienses. Trata de vivir la vida en las tablas, como Guitry, no de representarla en forma convencional y arbitraria. No es propiamente un actor, sino un personaje real que expone al público sus cuitas, sus conflictos, sus preocupaciones amorosas, las complicaciones que inesperadamente se producen en su vida, que es la vida corriente y humana.

En Thuillier advertimos la influencia y el ejemplo de Emilio Mario, ese grande actor, gloria de la escena española. Ha venido á mostrarnos la existencia de un arte español, delicado y sutil, que palpita con todas las emociones del alma contemporánea. Se ha penetrado íntimamente de esa variada serie de problemas sociales y morales, tan hermosamente pintados en *El Adversario*, en *El Ladrón*, *El otro peligro*, y en las infinitas piezas de los escritores franceses del día. De

mos visto producir la impresión delicada y exquisita de la vida elegante, con súbitas é inesperadas explosiones pasionales, trasmitiendo sus diversos matices con una riqueza de colorido en-

cantadora. Thuillier es malagueño y abandonó la carrera comercial que seguía para entrar al Conservatorio de Madrid, en donde obtuvo los primeros premios en la clase dirigida por Vico, por ese Vico admirable del *Drama Nuevo*. Figuró luego en la compañía de don Victorino Tamayo y Baus, á quien tuvimos ocasión de conocer en Chile hace ya muchos inviernos.

El joven y brillante actor malagueño figuró, en seguida, en el Teatro de la Comedia, dirigido por el célebre Emilio Mario, maestro de los mejores artistas españoles. En ese teatro alcanzó un verdadero triunfo con *Juan José*. Interpretó con habilidad las mejores piezas de Echegaray, Benavente, Dicenta, los hermanos Quintero y otros autores notables.

Thuillier ha recorrido América, recibiendo aplausos en todos los escenarios y conquistando simpatías para su arte y para su patria, que le cuenta entre sus actores de



Emilio Thuillier

igual modo ha sabido matizar, con encanto siempre nuevo, las obras de los Quintero y de Benavente. En *Sol de Otoño* lo he-

mayor mérito y de más relieve. Al mismo tiempo que el actor, el hombre se ha hecho popular por la distinción de sus maneras.

EL EGIPTO



IFICILMENTE se hallará en nuestro globo terrestre un país que por sus condiciones especialísimas ejerza en tan alto grado una atracción fascinadora en el público viajante y los turistas, como el Egipto. En ninguna parte del mundo se satisface el deseo á lo exótico, á lo raro, pintoresco, contrario á nuestras costumbres y modo de vivir, como en ese país de los faraones. Un viaje al Egipto es un viaje alrededor del mundo en gran parte de todo aquello que nos brinda el Extremo Oriente, la antigüedad pagana y la civilización modernísima, lo encuentra el viajero allí reunido. En este país enigmático se pierde toda noción de distancias locales y de tiempo: un paso nos conduce á la época de los faraones, con sus monumentos gigantescos labrados en las rocas, que nos sugieren

la retrospectiva visión de legiones de operarios ocupados en colocar, con una paciencia que parece pesar sobre el espíritu en una forma materializada, piedra sobre piedra durante generaciones... Un paso más, y nos hallamos en plena era de los antiguos griegos y romanos de aquellos tiempos, cuando Alejandría, la magnífica, era la metrópoli, el Londres de aquel mundo. Un paso más, y el viajero atónito se encuentra á orillas del Canal de Suez, esa puerta que abre á nuestros ojos maravillados todo aquel mundo del Oriente, con sus pagodas, ídolos y abanicos multicolores. La India, China, el Japón y el archipiélago malayo se encuentran allende esa puerta, y en ella misma encontramos los emisarios de esos países en su originalidad exótica.

Este canal, que une los mares europeos con los mares indios, separa al mismo tiempo la obscura Africa del gran continente, donde estaba la cuna de nuestra humanidad, la cuna de las mismas religiones que rigen entre nosotros y los egipcios. El valle mismo del Nilo, de una extensión de algunos miles de kilómetros, presenta los vestigios de un maravilloso y único fenómeno etnográfico en toda su colosal grandeza. El destino cruel de los pueblos de aquella época, ha hecho desfilar allí las más interesantes razas, civilizaciones y religiones, sucediéndose y desalojándose unas á las otras, y cada una de ellas ha dejado á su paso por allí, cual tarjetas de visita, los grandiosos monumentos que aún hoy día se consideran como las producciones más notables del mundo.

En ninguna parte se encuentran monumentos de tan magnas dimensiones como á orillas de ese río benefactor que arrastra

perezosamente sus aguas turbias desde los lagos del corazón del Africa al Mediterráneo, y en ninguno de los países del Korán se encuentra una ciudad de tan brillante colorido, de tanta originalidad y de tanta actividad como el Cairo. Por encima de todo esto, el cielo eternamente azul, el sol caliente, el ambiente tibio, la eterna lozanía.

No es extraño, por lo tanto, que el Egipto sea cada día más el "desideratum" de los viajeros distinguidos de todos los continentes, sobre todo desde que Inglaterra con su varilla mágica introdujo orden, leyes y comodidades y transformó el régimen desorganizado de los "pachás" en régimen de corrección sajona. Inglaterra, el "pioneer" de Europa, ha allanado los caminos para los turistas al Egipto. Tan pronto empiezan á despojarse los árboles en Europa, la corriente de los turistas se dirige, aumentando más y más en caudal, al Egipto, donde en los meses de Noviembre, Diciembre y Enero alcanza el máximo de su creciente,

para refluir en Abril otra vez hacia las playas del Mediterráneo. En ninguna parte, fuera de Europa, el viajar es más fácil, las estadías más agradables y donde el "tourismo" se encuentre á mayor altura que en ese país de los antiguos faraones.

Alemania, y principalmente el Austria, han fomentado eficazmente el flujo y reflujo de esos viajeros, mediante magníficas líneas de vapores. Esta corriente de viajeros parte de Génova, Nápoles, y desde la apertura de los túneles alpinos, con preferencia de Trieste. En cada una de estas ciudades, de por sí pintorescas y dignas de la estadía de algunos días, existen agencias que organizan y dirigen con todo confort los viajes colectivos. Los espléndidos vapores del Norddeutsche Lloyd llevan los pasajeros de Génova, Marsella ó Nápoles en tres días, á lo más, á Alejandría. La compañía Hamburg-America despacha en el invierno, semanalmente, un vapor entre Nápoles y Alejandría; asimismo, envía el Lloyd Austriaco sus espléndidos vapores á Port Saïd y Alejandría, tocando sólo en Brindisi. En total, en el invierno de Europa un viajero encontrará en cualquier día de la semana un vapor que de uno ú otro puerto del Mediterráneo se dirige al Egipto. La gran portada

de ese país de los ensueños es Alejandría. Este sólo nombre basta para evocar en la fantasía del viajero consciente é ilustrado la magnificencia de los tiempos de la antigua Grecia y Roma.

En ninguna parte del mundo hubo mayores palacios, más hermosos templos, mayores bibliotecas, teatros y museos que en esta ciudad fundada por Alejandro el Grande. Allí residían, en ciertas temporadas, los emperadores romanos; Alejandría era el centro



KOM OMBO

entonces de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las riquezas del antiguo mundo. El viajero ilustrado ve en el calidoscopio de su mente pasar por allí todos los grandes de la antigüedad: Julio César, Augusto, los Ptolomeos, Adriano y Marco Antonio. Allí se entregaron Antonio y Cleopatra á sus históricas orgías; allí imperaba con mano cruel el sanguinario Caracalla; allí exterminó Teodosio el paganismo. A pesar de tantas guerras y otras calamidades, Alejandría se mantuvo en su altura, hasta que Bizancio y más tarde el Cairo, fundado por el Califa Omar, hacían perder su predominio á esta tan célebre ciudad.

Cuando Mehemed Alf, el fundador de la actual dinastía de los jetives, llegó—un siglo há—á Alejandría, encontró allí sólo una mísera aldea musulmana. Pero ¿quién de los modernos "touristas" ó de los mismos habitantes de la actual Alejandría recuerda esos tiempos? Hoy día Alejandría es una ciudad modernísima, de aspecto semejante á Marsella ó Trieste, y de su pasada grandeza no quedan sino unos pocos y ruinosos vestigios. En las calles bulle la vida moderna con toda su actividad febril, los restos de los antiguos palacios están transformados en casas de quinillos, y en el extremo oeste de la ciudad, que actualmente cuenta con 400,000 habitantes, se encuentra el grande y confortable balneario Rambh. Los vapores, que antes fondeaban muy afuera, en mar abierto, tienen ahora, desde la reorganización inglesa, su cómodo fondeadero directamente en los malecones del puerto, y de allí la mayor parte de los pasajeros se apresura en tomar el tren que los conduce, cruzando las campiñas fértiles del Velta, á la capital: Cairo.

Mucho antes de llegar al Cairo, mientras el rápido tren corre por la llanura verde del Velta, el ansioso viajero divisa allá en el horizonte, donde una línea amarilla indica el principio del desierto de Sahara, los primeros signos característicos del país de los faraones: las pirámides. Pero los siglos que en cuanto á tiempo nos separan de los constructores de esas pirámides, se reducen á minutos, pues en el rápido viaje se presentan pronto á nuestra vista esbeltos minaretes, cúpulas multicolores, soberbias fachadas de palacios y... hemos llegado al grande, brillante Cairo. Desde que durante el gobierno de Ismail-Pachá se verificó el enlace de las aguas del Mediterráneo con las del Mar Rojo, el Cairo ocupa el primer lugar entre las capitales del mundo mahometano, puesto que en magnificencia y tráfico está muy por encima de Stambul. Un medio ciento de hoteles, muchos de ellos de extraordinario lujo, están á disposición de los miles y miles de turistas; hasta el célebre y fantástico palacio de la isla Pesireh, que el rey Ismail con derroche de lujo oriental hizo construir para hospedar allí á la Emperatriz de Francia, está convertido en hospedería. Allí, como en el hotel Shepheard y en los demás hoteles que rodean el parque de Esbekije, el viajero no cree estar en el país de las pirámides sino en un hotel de primer orden de una metrópoli europea durante el verano. En las calles bulle un tráfico igual al de nuestras ciudades modernas: entre tiendas elegantes, circulan carruajes lujosos, automóviles, jinetes y sólo diseminados aquí y allá se ven los criollos con su indumentaria pintoresca.

Para conocer el verdadero Cairo oriental, ese Cairo de las Mil y una noches, es necesario abandonar los barrios modernos con sus calles rectas, sus avenidas sombrías, sus parques de palmeras, y encaminarse algunos kilómetros á los afueras, siguiendo el curso del Nilo; allá afuera, hacia las alturas, al este de la ciudad. Una vez pasado el parque de Esbekije y entrando á la calle Muoki, la gran calle de los bazares, el viajero observa cómo, con cada paso, va dejando atrás la actualidad moderna con sus telégrafos, teléfonos y demás necesidades de la vida anglo-americana y entra gradualmente á la antigüedad: del occidente del siglo XX pasa de lleno al oriente pintoresco, como no podría encontrarse en ninguna parte más brillante, más hermoso, de más colorido y de más originalidad. Stambul, Bagdad, Teherán, Damasco y Delhi no pueden compararse con el Cairo. En ninguna de esas ciudades hay tantas y tan hermosas mezquitas como en el Cairo, donde éstas alcanzan á 3,000. En ninguna otra parte hay reunidos tantos monumentos, palacios, mausoleos y otras maravillas del arte genuino arábigo en toda su pureza, variedad y colorido. Desde muy temprano hasta la puesta del sol, se ven desfilar allí, en línea no

interrumpida, todas estas figuras originales que recordamos haber visto en láminas. Bien puede un viajero estacionarse en una esquina de calle, cerca de una fuente ó de una mezquita, durante varios días ó semanas, y siempre verá algo nuevo é interesante, desde los míseros vendedores de agua y mujeres del pueblo con sus jarrones á la cabeza, hasta los opulentos árabes aristocráticos montados en burros blancos ricamente enjaezados y precedidos por sus heraldos, y hasta las hermosas damas de los pachás, envueltas en ricas sedas y gasas y montadas en elegantes carruajes. Al pasar por las calles animadas entre casas listadas de colores y balcones enrejados, el observador encontrará á cada paso cuadros interesantísimos, material precioso para pintores: allí está un cambia-monedas acurrucado al lado de sus tesoros sonantes; más allá un barbero en su tienda abierta, rasurando el cráneo de un mahometano; acullá el clásico domador de serpientes, rodeado de ociosos; los vendedores de tapices, alfombras, turbantes y chucherías, los vendedores ambulantes de confites y sorbetes, largas filas de camellos, acoplados entre sí de sus hocicos y colas, beduinos del desierto, soldados, ulemas, poschas, egipcios modernos en traje parisién, criollos de las aldeas vecinas, y en

medio de todo este público tan variado, el eterno turista occidental, cuya presencia contrasta sensiblemente con el staffage y nos devuelve á la realidad.

Si el viajero siente la necesidad de huir del bullicio de las calles, encuentra por doquiera parques sombríos que ostentan preciosas plantas exóticas y flores perennes donde admirar el extravagante derroche que empleó Ismail-Pachá para recibir emperadores y reyes con motivo de las fiestas de la apertura del Canal de Suez.

A pesar de su europeización, el Cairo es una de las más encantadoras ciudades del Oriente. Existe allí una rara mezcla de lo occidental con lo

oriental, de lujo con miseria, de atraso con cultura modernísima; todas las razas y religiones están allí reunidas, hacen pacíficamente vida común y se consideran felices bajo las bien organizadas autoridades anglo-egipcias. Todas las naciones del mundo están allí representadas, y en todas partes y en todos los detalles se observa la fusión de la antigüedad con la actualidad.

Es imposible aburrirse en el Cairo. Los grandes hoteles son el punto central de toda clase de diversiones sociales: five o'clock teas, concert-dinners, soirées, bailes, teatros etc., se suceden continuamente. Turistas, vecinos de la localidad, miembros del Cuerpo Diplomático y de los gobiernos se encuentran y se divierten allí con la cordialidad propia de un balneario. Los turistas se sirven convenientemente de un intérprete. Es este un lujo muy útil, aunque no del todo ineludible. Los hoteles proporcionan esos intérpretes, cuyas funciones consisten en dirigir al viajero en sus visitas á los bazares, evitar que éste pague precios excesivos, preservarle contra la molestia de los mendigos y contra la impertinencia de los vendedores ambulantes de chucherías y antigüedades dudosas. Si en el momento no se dispone de un intérprete genuino, no falta algún mendigo que se ofrece revestirse con esta dignidad, quien entonces, mediante la propina, se encarga de ahuyentar á sus colegas.

"Propina" es, de paso sea dicho, la primera y última palabra que se oye al llegar y salir del Cairo y á toda hora durante la estadía.

Para visitar conscientemente el Cairo y sus inmediaciones más importantes, hay que dedicar por lo menos una semana, para lo cual podemos avanzar el siguiente programa:

Primer día: la Citadella y las mezquitas de Mehemed Alf, Sultán Hassan, Ibn Tulun y los bazares.

Segundo día: dedicar la mañana al Museo, para visitar en la tarde á Heliópolis y Malarich.

Tercer día: visitar por la mañana las pirámides, para estar de regreso á las 4 ó 5 de la tarde, hora del corso de los carruajes de los príncipes, pachás, damas del harem, magnates egipcios, oficiales y de toda la sociedad que á esta hora costumbra dar su paseo.

Cuarto día: puede este día dedicarse á las tumbas de los califas y mezquita de Azhar.

Quinto y sexto días: emplearlos en recorrer los barrios del Cairo antiguo, la isla Roda, donde fué hallado Moisés, y si se



Barbero público en el Cairo



UNA CALLE DEL CAIRO (CHAN CHALIL)

dispone de un resto de tiempo, visitar nuevamente el Museo y los bazares.

Si el viajero dispone de más tiempo, es natural que podrá hacer más excursiones interesantes en ferrocarril, por ejemplo, á Tell-el Kebir, á Ismailia, á Dawiette, la ciudad de los jardines; á Rosette, Memphis, Sakkara y Fajum; pero el que se interese por ver las maravillas del Egipto histórico, debe hacer un viaje en el Nilo, aguas arriba, en ese Nilo fantástico y soñador.

Este viaje se puede hacer de dos maneras. Los que disponen de un tiempo limitado, se servirán del ferrocarril. Durante la "season" hay entre el Cairo y Luksor, todas las noches, trenes lujosamente equipados, con coches dormitorios y comedores. Se parte del Cairo á las 6.30 P. M. y se llega á Luksor á las 9 A. M.

La distancia es de 420 millas inglesas. Los coches están provistos de techos y ventanas dobles, tanto para conservar una temperatura uniforme como para evitar que penetre polvo y arena. De Luksor á Assuán, el ferrocarril, aunque de trocha angosta, también está equipado con el confort del anterior y recorre las 130 millas de esta sección en seis horas.

Pero el que quiera y pueda proporcionarse el placer de un viaje "sui generis", realizable únicamente en el Egipto, tomará una "Dahabije", pequeño yate á vapor ó á vela, ó utilizará el vapor de la carrera, como lo hacen la mayor parte de los turistas.

No creemos que viaje fluvial alguno, en todo el mundo, pueda ofrecer los incomparables encantos que brinda esta región de ensueño, y el que no haya hecho este viaje no puede comprender la verdadera significación de la mágica palabra: Egipto. Creemos justo observar aquí que el lujo y las comodidades con que actualmente se hacen estos viajes, se deben á la empresa viajera de Cook & Sons, establecida en el Nilo desde 40 años, la que no omite sacrificios para servir á los viajeros con solicitud.

El modo más confortable para hacer este viaje fluvial, es alquilar una "Dahabije". Para una familia numerosa ó para una pequeña agrupación de turistas, resulta esto más práctico que tomar el vapor de la carrera. El propietario de la "Dahabije" pone á disposición de los turistas un intérprete, quien á la vez es "maitre d'hotel", mayordomo, guía, cicerone, piloto etc.

Se paga un precio alzado, ya sea por todo el viaje ó por semana. Como ejemplo del costo, indicaremos aquí algunos precios de la Compañía Cook & Sons. La "Dahabije" á vapor "Nilotuco", con capacidad para ocho turistas, se alquila por 16,200 francos mensuales, siendo incluida en esta suma una excelente alimentación y todo servicio, estadías en los puntos interesantes etc. La "Mena", con capacidad para 15 turistas, cuesta 24,500 francos por mes. La mayor parte de los viajeros toman el vapor de la carrera, que siguiendo un itinerario fijo, sube y baja el Nilo, recalca en todos los puertos de algún interés histórico y proporciona á los viajeros todas las facilidades para visitar todos los templos ú otros monumentos con completa comodidad.

Un viaje en el vapor de la Compañía hasta Assuán y de regreso, demanda tres semanas y cuesta, incluso todas las excursiones á los templos, tumbas etc., 1,225 francos por persona. Todavía hay otra compañía de vapores, la "Express", que hace estos viajes en 19 días por sólo 500 francos por persona; además se

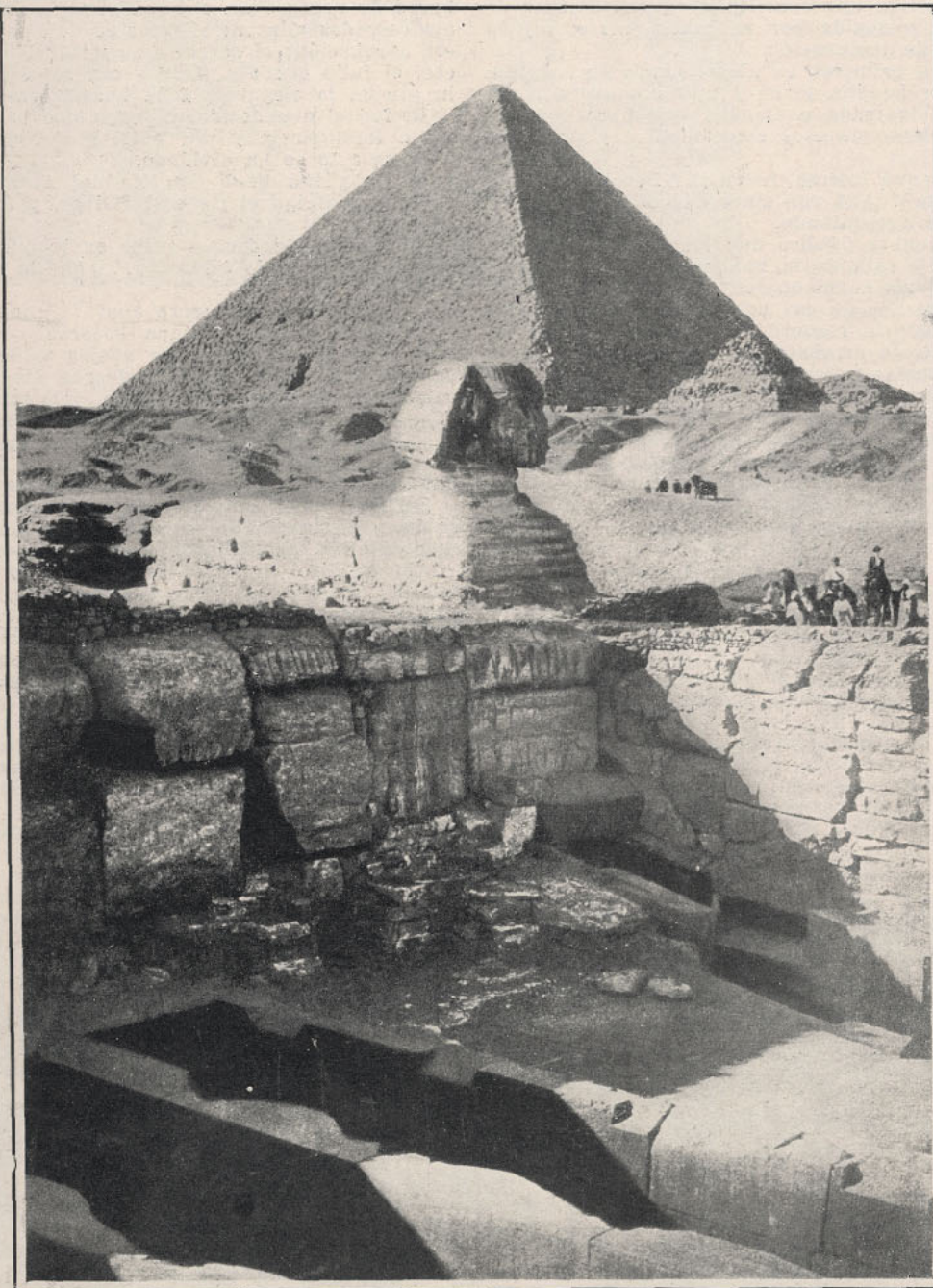
puede hacer un viaje á Assuán y de regreso, combinando los viajes en tren y vapor. Luego que el viajero habrá dejado el Cairo, se le presenta la ocasión de hacer una excursión al desierto, ese desierto que á todo viajero deja en el ánimo una impresión imperecedera. Cairo, por ser una ciudad demasiado cosmopolita, no presenta la vida genuinamente egipcia, tal como la encontramos en Luksor, que goza de la fama de ser el punto que reúne las mejores condiciones climáticas, ó en Assuán, que es el punto más seco del mundo.

La excursión más interesante, el "desideratum" de todo viajero en el Egipto, será sin duda la tan anhelada excursión á las pirámides de Gizeh. El que quiera revestir esta excursión de todos los caracteres que le asigna su sabor típicamente egipcio, montará un camello; pero el que no le acomode el trote oscilante de la "nave del desierto", puede hacer este viaje en el tranvía eléctrico, en un automóvil ú otros carruajes. Si bien es cierto que los modernos medios de locomoción cumplen mejor y, sobre todo, con mayor rapidez su objeto, en la mente de muchos turistas produce una impresión de dolorosa profanación el espectáculo de esos tranvías eléctricos modernos, conquistada de un sibaritismo que trae consigo la civilización, llegando hasta el mismo pie de aquellos monumentos antiquísimos.

El viajero ilustrado, que á la vista de estos venerables colosos sienta el deseo de ensimismarse para recorrer en su mente la historia de los faraones, se sentirá algo molesto por las conversaciones de la caravana de turistas de todas las nacionalidades, de los enfermos de reumatismo que de todo el orbe acuden acá en busca del alivio de sus dolencias, por las charlas y risas de las jóvenes americanas y por las jerigonzas de los guías y beduinos que acechan la propina y se dan unos humos capaces de convencer á cualquiera de que sin ellos no se hubieran edificado estas pirámides ó que sólo ellos pueden conceder la gracia de visitarlas; y será más molesto para el viajero pensador, cuando oír cómo las melodías de "La viuda alegre" ó de "La princesa del

dollar", tocadas en las pianolas de los hoteles de allí, repercuten huecamente en los formidables muros de la pirámide.

Pero el que quiera sustraerse á tales melodías de la moderna civilización, hará esta excursión de noche, cuando todo alrededor respira un silencio de muerte y cuando la pálida luz de la luna da á estos colosos una aureola fantástica. Entonces las facciones de la esfinge parecen adquirir una expresión amenazante; el cuerpo gigantesco, mitad mujer, mitad león, parece vibrar bajo la pulsación de una vida resucitada, y entonces la fantasía del viajero, excitada por esa noche de tibios perfumes, por el profundo silencio del paisaje y por los colosos de otros épocas, hará surgir las figuras altaneras de los reyes de esa época, quienes, envueltos en sus largos y amplios trajes blancos, con altas coronas en la cabeza y rodeados de los misteriosos sacerdotes de Ammon y Osiris y del séquito de princesas y guerreros, se apresan á celebrar, á la luz de teas, sus graves é imponentes ceremonias. Y se verá brillar sobre sus brazos y nuca aquellas joyas de oro, guarnecidas de piedras preciosas de forma rara, que hemos admirado en las vitrinas de los museos. Y nuestra maravilla y sobrecogimiento serán grandes, muy grandes...



La Esfinge con las pirámides

Un Baile de fantasía en Santiago

HACE CINCUENTA AÑOS

¿COMO es que, al tratar de complacer á un amigo que me pide una descripción del baile de fantasía en casa de don Manuel Antonio Tocornal, me parece que nada recuerdo ya?

Con que aficción **acepté gustosa** era benévola invitación.

¿Que haré? ¡Si no me acuerdo de nada!

Con la mano en la mejilla, una cuartilla de papel delante de mí y una mala lapicera sostenida por mi mano inerte, soy la imagen de la más estúpida resignación.

Poco á poco, una á una primero; en alegre grupo en seguida, se agolpa á mi alrededor aquella joven y alegre multitud, que luego se convierte en abigarrada avalancha que hace temblar mi pluma al empuje violento de esos emocionantes y graciosos recuerdos.

¿Y é. qué renovarlos? ¿qué interés tienen ya? Pero en fin, ¿lo quiere usted para "Selecta"? Allá van sin orden estos recuerdos, tal como ellos se me van presentando.

La casa del notable hombre público don Manuel Antonio Tocornal estaba situada en la calle de la Bandera. Era una magnífica mansión tan hospitalaria como distinguida. Nadie puede ignorar el nombre y los hechos de ese hombre, honrado y hábil estadista, que nuestra historia recuerda con respeto y orgullo, lamentando que la muerte lo arrebatara á los 42 años, cuando la justicia de sus conciudadanos trabajaba para elevarlo al primer puesto de la magistratura.

Su esposa, la señora Mercedes Ignacia Tocornal de Tocornal, era la digna compañera de ese hombre bueno. Hermosa, simpática y de trato refinado, era su casa el centro de cuanto Chile tenía de notable en la política, en las artes, en la cultura intelectual y social, en la elegancia y la hermosura. La acompañaban, completando ese simpático hogar, sus dos sobrinas, María Mercedes y Natalia Rodríguez Velasco, dos niñas muy hermosa y distinguida la una; la gracia en persona la segunda, que con su fino y simpático rostro de andaluza encantaba á cuantos la conocían.

La rueda que impulsaba la intrincada máquina de aquella casa era el hermano de la señora de Tocornal, don Manuel Antonio Tocornal y Velasco, el **gordo**.

El señor Tocornal Grez, dueño y señor de esa mansión, lo era sólo **in partibus**. Su cuñado disponía, arreglaba y decidía de todo.

Este era loco por todo lo que significaba lujo, por todo lo que brillaba. Aunque bonísimo, caritativo, el mejor de los hermanos, el más leal de los amigos, "**aborreecía la pobreza**", como él lo decía con franqueza, lo que le acarreaba cierta mala voluntad de los que se sentían agredidos. Era el tipo más cumplido y

simpático del caballero feminista;—;fíjao que no digo enamorado!—buscaba siempre la sociedad de las señoras, sin desdeñar la de las niñas; era el árbitro de todas las elegancias.

Alto, gordo, rubio, mayor que su cuñado, de porte majestuoso y muy elegante en el vestir, tenía una manera muda de aprobar ó de desaprobar. Echaba atrás la cabeza y con los ojos medio cerrados miraba: si éstos se detenían sobre alguna persona, era aprobación; si desviaba su mirada, lo contrario. Sin más que eso, el fallo quedaba dado y era respetado, quedaba sancionada la gracia, la elegancia ó la hermosura—ó lo contrario.

El fué el que decidió el magnífico baile y él lo organizó con tanta inteligencia y tan buen gusto, que después de cuarenta años aún no se ha olvidado.

Una mañana llegó don Manuel Antonio Tocornal á casa de su íntimo amigo el General Bulnes, y tomándose la cabeza con las manos:

—General—le decía—¿sabe en lo que nos ha metido el gordo?... en baile de fantasía... ¿qué le parece? ¡Mi casa es una loquería!

—Hombre, no lo cuente aquí... ¿qué bulla se va á formar!

—¡Niñas, niñas,—gritaba Tocornal,—vengan, oigan!

Y como un enjambre de abejas salieron de sus piezas como ocho ó diez niñas, que lo rodearon alegremente.

—No se lo cuenten á nadie... ¿lo prometen?

—¡Sí, sí, don Manuel Antonio... díganos luego, luego!

—Bueno, pues, si se llega á saber, la culpa es de ustedes. El gordo va á dar un baile de fantasía y dice que no va á convidar más que á las buenas mozas y á las que bailan bien.

Saltaron todas á un tiempo, se abrazaban y luego corrieron al salón, y al compás del vals "Des Abeilles" de Arditi, tocado por una de ellas, principiaron á ensayarse en el vals.

Ahí estaban Mercedes Sessé, Matilde Larraín, Lutgarda Cañas, M. Luisa Rozas Pinto y otras niñas, fuera de las de la casa.

Esa noche corrió por todo Santiago la noticia del baile de fantasía.

¿Que mes de terrible agitación fué aquel! ¿qué grandes fueron las dificultades con que se tropezó para confeccionar el más sencillo traje!

Llegó por fin el día de Mercedes de 186...

Cada casa era un pandemonium. Entraban y salían las amigas curiosas de ver el traje de cada una... envidiosas á veces porque el de la Fulana era más rico que el de ellas ó felices porque era muy feo.

En una rica y lujosa casa había varias niñas que animada-



EL BOTIN

CUADRO DE C. TOMAI



EL VERANO

CUADRO DE SOROLLA Y BASTIDA

mente conversaban. La una estaba desesperada porque sus botas no le llegaban aún de Valparaíso... la otra temblando de miedo que no se le fuera a morir el tío que estaba tan malo... Y la Teresa que está fuera de cuenta, gemía la otra... ¡fuera a antojarsele! Mientras tanto, la niña de la casa corría a cada momento hasta la puerta de calle y luego volvía cabizbaja.

—No me llega todavía el sombrero de donde la Chessé, pero no importa, dijo. Voy a vestirme para que me digan cómo encuentran mi traje.

—¡Eso es, eso es! dijeron todas a la vez.

Mientras lo hacía, llegó la caja de sombrero, que nadie abrió y quedó sobre una silla esperando a la dueña de él. Apareció ésta preciosamente ataviada en un traje copiando el de Mme. de Longueville, es decir, iba vestida de *frondeuse*. Estaba muy hermosa, su cabellera rizada sólo esperaba el *tricornio* que debía adornarla... Abre una amiga la caja para presentárselo, y se queda estática con aquel objeto en la mano: ¡era un viejo y apollado sombrero apuntado!

—¡Mamá! gritó la heroica Longueville, casi llorando. ¡Mire lo que mandan! y se lo mostraba desesperada.

—Vaya que eres regalona, Luisa, ¿que más te da? Si te querís vestir de mamarracho, lo mismo da que sea con ese sombrero o con el de cuernos, como decís tú. Y la santa señora volvió a seguir rezando su rosario.

—Pero mamá, por Dios, ¡fíjese! Don Manuel Antonio nos dice que lo primero es la propiedad... que sin ella vamos ridículas! y seguía en medio de la pieza con el viejo sombrero entre sus manos y cayéndosele las lágrimas una a una.

—¿Eso dice, niña?... Pero dónde venden eso, ¿lo sabís tú, Eudocia? dijo dirigiéndose a una señora que estaba cerca.

—¿Yo? qué voy a saber?... Estoy pensando qué diría el taita si viera a la niña vestida como esa mujer mala... ¡y tan descotó!... pintada!... y lo peor, con sombrero de hombre!... contestó la tía Eudocia de mal humor, arrebozada en un vasto pañolón, comiendo alfajores calientitos.

Entretanto, las amigas, en conciliábulo, daban vueltas y revueltas al sombrero, y a una voz lanzaron una alegre carcajada.

—Mamá, gritó Luisa, si es el sombrero de coronel de don Felipe J. cuando era cívico y la pretendió a usted tía Eudocia... Já... já... já... qué gracioso... Esta es broma de Pancho; y con el sombrero en la cabeza hacía piruetas y daba bromas a su tía, que, de mal humor, seguía comiendo.

—¡Válgame Dios! suspiraba doña Ignacita. Qué idea de dar este baile... ¡va a ser una loquería!

—¡Decí mejor un infierno! la interrumpió la graciosa Eudocia.

En otro hogar se desarrollaba un triste episodio, por sus consecuencias. La niña de la casa era una sobrina huérfana y rica. Baja, gorda, oscura de tez y de cabellos, sus viejas tías escogieron para ella en ese baile, que iba a ser el de su estreno, el traje de... ángel, imitando una antigua lámina del Arcángel San Gabriel.

Daban felices el último toque al traje, que ellas creían una maravilla, y lo probaban a la niña, peinada ya para la noche de largos y negros rizos, cuando llegó el amigo de la casa, Vicente Aldunate. Al divisar a la pobre criatura en ese traje estafalario, no pudo contener la risa.

—¡De ángel... Julia de ángel... já, já, já!...

—¡Sí, señor, de ángel! Ella que lo es en realidad, puede llevar este traje, contestó una de las señoras con cierto enojo.

—¡De Ángel Gabriel!... De ángel, el otro... Já, já, já! seguía Vicente con involuntario ataque de risa.

La pobre criatura, fuera de sí, ridícula con su figura, su traje y su desordenada cabellera, se plantó frente a él.

—Qué te importa, mono tonto, burro, pintado etc., etc., y cayó al suelo con un feroz ataque de nervios, en el que pere-

cieron el traje, las alas y todas las ilusiones de la infeliz niña, que, algunos meses después, entraba de monja en un convento de contemplativas!

Llegó la noche, se iluminó la casa, que hoy llamarían palacio, y la gente penetró a aquella mansión mágica. Había un extraño silencio: todos se observaban; la magnífica orquesta preludía unas cuadrillas, cuando un alegre ruido de cascabeles hizo volver a todos la cabeza. De pie, en la puerta, se presentó la más graciosa y gentil figura de mujer que uno pueda imaginarse; con una mano blandía en alto un mono de cascabeles. ¡Era Mercedes de Sessé! Un poeta la habría comparado con uno de esos espíritus de las flores que Shakespeare evocó en su "Sueño de una noche de verano".

Muy joven, lindísima, chiquitina, graciosa, maliciosa y juguetona, tenía un encanto infinito.

Vestía traje de "locura". Muchas falderillas de tul, túnica de raso celeste cortada en puntas, chaquetilla de raso color rosa, gorro de locura, muchos cascabeles y un muñeco en la mano, vestido igual a ella y también con profusión de cascabeles.

Como lo veis, nada tenía de particular; pero esa su gracia infinita la hizo incomparable é inimitable.

¡Entraba y salía como una lucecilla, bailaba y desaparecía!

Un moro alto, elegante, moreno, simpático y sombrío, la seguía como hipnotizado. Ahí se inició un amor que, pocos meses después, concluyó de manera tragi-cómica.

Era aquella fiesta la más abigarrada mezcla de lo bello y lo ridículo.

Una hermosa niña que pasaba de los veinte, como decía el General Baquedano, vestía rico traje de raso plomo con algunas pieles de cisne; ni una joya.

Acercándose a la dueña de casa, le dijo:

—¡Que baile tan precioso, Mercedes Ignacia!

Esta, amablemente, le contestó:

—Te parece, Honoria. Me alegro mucho, pero... ¿no te vestiste de fantasía? Qué va a decir Manuel Antonio.

—¿Que no estoy vestida de fantasía? dijo indignada. Estoy de rusa.

Un joven escocés, muy alto y flaco, la interrumpió:

—Yo creí que era su traje de cisne, señorita, le dijo con finura.

—¡No le falta más que hacerme pájaro! le contestó furiosa. Será usted el pájaro de patas largas que llaman flamenco. Sin más, le volvió la espalda y fué a sentarse cerca de la dulce y simpática Victoria Prieto de Larraín, una de las damas más gentiles y cultas que ha producido esta sociedad, con rico traje de baile, muchos brillantes y asombrosas perlas; llevaba su cabello empolvado y era la imagen perfecta de una preciosa marquesa Luis XV.

—¿Qué le pasa, Honoria? le preguntó, y luego algo la distrajo y olvidó por un momento a su compañera, así que sólo oyó las últimas palabras:

—... que era de cisne. ¿Ha visto?

—¡Es verdad! Hasta las plumas de cisne lleva usted; está muy lindo, muy original...

No concluyó, al ver la expresión desgraciada de su rostro; pero no tuvo tiempo de enmendar su yerro, pues el joven escocés se presentó para invitar a Honoria a bailar.

—¿Quiere usted, señorita, que demos una vuelta de vals?

—¿Qué dirá la gente? respondió enfadada. ¡Dos pájaros paseando juntos!

—No le importe, somos aves acuáticas, le dijo él.

—¡Esa palabra sí que es bonita! Aca... ¿qué? Se me olvidó. Me la hubiera dicho al principio, no habríamos reñido.

En un sitio lejano, sentada sobre una lujosa poltrona de lampás celeste, cabecaba el más extraño mamarracho. Su traje era negro, de seda, un shall de terneaux doblado en punta la abrigaba, tomado en el pecho por rico broche de brillantes; los cabellos empolvados y lisos le caían sobre las mejillas y en deshechos rizos bajaban a sus hombros, y sobre ellos, un inmenso turbante rojo, que inclinándose sobre su frente, seguía el vaivén del cabeceo.

Al pasar cerca de Honoria y de su compañero, la hermosa señora Mag. Vicuña de Subercaseaux, se detuvo y con su voz límpida y plateada ¿qué te decía este loco? le preguntó al mismo tiempo que, con su abanico, golpeaba cariñosa el brazo de su hijo.

—¿Está aquí tu mamá? preguntóle.

—¡Allá está! dijo Honoria señalándola.

La sorpresa de la señora no tuvo límites.

—¡Jesús, cómo ha encanecido! ¿ha estado enferma?... y tan abrigada, hija, le va a dar fiebre, iba diciéndole con interés.

—¡Vaya! ¿que no ve que está de turca? contestó bruscamente Honoria, y porque está empolvada dice que son canas. ¿No sabe que las turcas no se ponen más que shall? ni camisa, pero mi mamita no quiso quitársela!

—Y el turbante, señorita, ¿se lo prestó algún turco? preguntó el joven.

—No... fué Mr. Henaut, es el que él llevó al baile del Gran Turco.

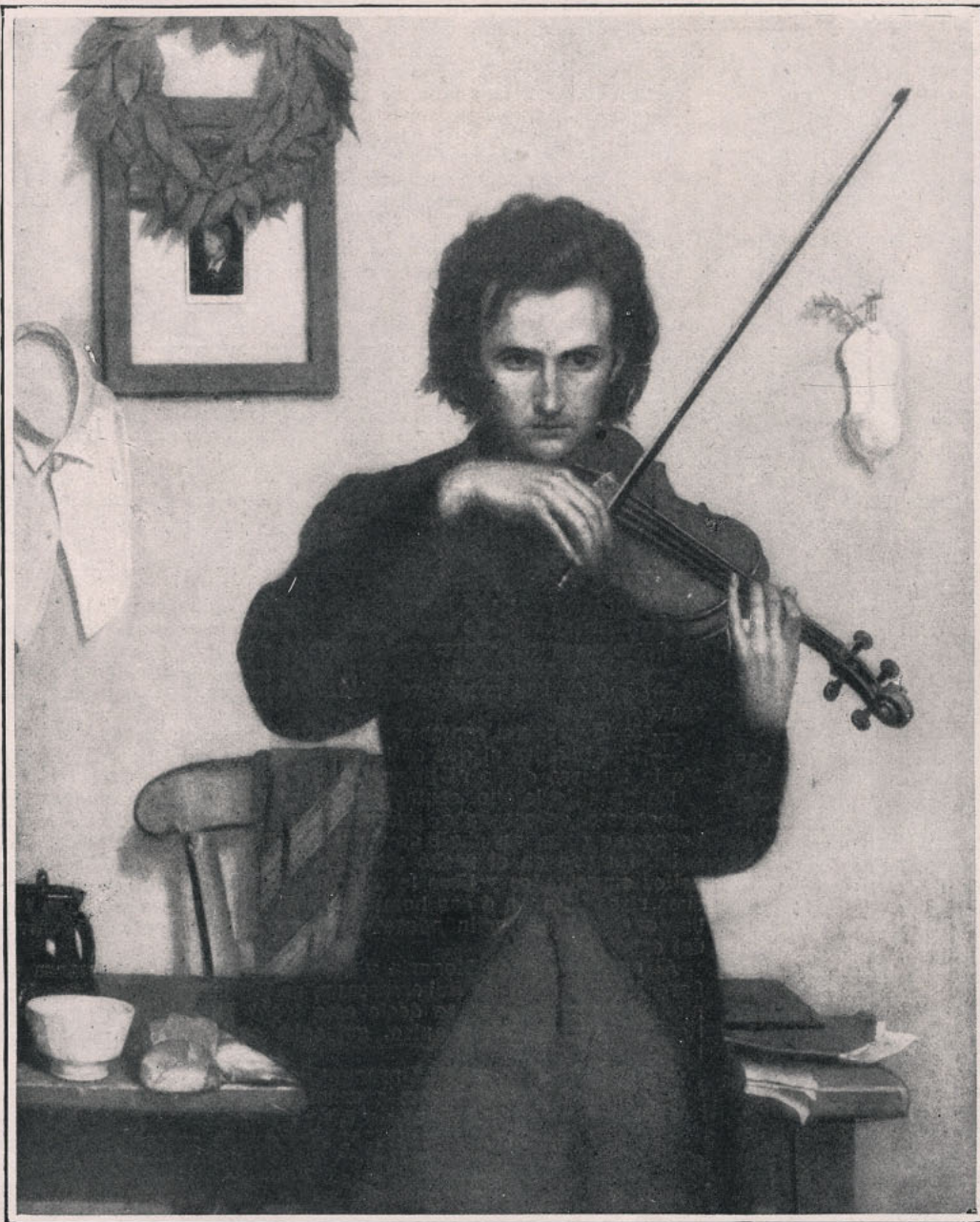
En ese momento la pobre señora dió una feroz cabeceada que le derribó el turbante, quedando con las escasas guedejas de sus cabellos, la mitad blancas y las otras negras; al caer el pesado monumento arrastró con todo lo postizo, que era lo más, los que, deslizándose, parecían culebras que trepaban por las rodillas de la infeliz doña Encarnación.

Se precipitó Honorio á arreglar á su madre que la suplicaba que la dejara así, fresquita! Ya me vieron de turca, Honorio, ¿á quien voy á engañar ahora? pero la hija inflexible volvió á arreglarla en su dignidad de turca.

Ya la gente llenaba la casa; el segundo patio de anchas galerías cubiertas de vidrios, que permitían admirar la mágica iluminación del precioso jardín lleno de camelias en flor, el vestíbulo, los cuatro ó seis salones, el severo y lujoso departamento del dueño de casa, el más coqueto de su cuñado; todo, todo estaba atestado de gente, brillante de luz, de flores, de mujeres exquisitas, de hombres galantes. Reinas, gitanas, andaluzas, italianas, duquesas María Antonieta, Juana de Arco, Margarita de Valois, la duquesa de Longueville, Dianas, escocesas, Céres, romanas y otros tantos jóvenes que les hacían pendant.

Hermosísima estaba doña María Mercedes Cañas de Arrieta, la joven y simpática esposa del Ministro del Uruguay. Vestía de reina, y regías eran sus joyas y su lujoso traje. La señora de Sessé, graciosa española, vestía con prolija propiedad el traje de Isabel la Católica, todo bordado de oro y con joyas adecuadas á la época. La señora Alcalde de Cazotte y su hija Amelia, maravillosamente hermosas ambas.

Aquí se precipitan los recuerdos que evocan mil mujeres jóvenes y bonitas, tantas niñas descuidadas y felices, para las cuales el porvenir era todo sonrisas... ¡ay! para muchas no se realizaron esas promesas encantadoras!



¿PUEDE SER?

Había allí mujeres virtuosísimas que lucían con orgullo el traje de Mme. de Pompadour! El pudor se había dejado guardado dentro de la casa por algunas de las más estrictas damas. Una que vestía de abeja llevaba un traje tan corto y tan escotado que, como dijo aquél: "il commençait très bas et finissait aussitôt", su principal amparo eran unas alas transparentes que se movían con un resorte y le servía para desviar las miradas audaces de un Francisco I, con su sombrero de largas plumas, adornado con profusión de brillantes y perlas. Ya os imaginaréis si tuvo éxito! Treinta años después lo recordaba y las lágrimas la cegaban, mientras que las pupilas de sus hijos centelleaban de satisfacción.

Veo á Pancho Baeza, Jorge Beauchef vestidos de cazadores Luis XV; á Domingo Cañas, de duque de Buckingham; á Adolfo y Benjamín Ortúzar, de diplomáticos; á Toribio y á Emilio Larraín, de pajes...; á un gracioso músico florentino con traje de raso ajustadísimo, una guzla terciada en el hombro, con cintas de los colores de su dama y un fenomenal postizo; allá donde las señoras los usaron después con mengua del buen gusto. ¡Qué traje tan raro! dijo una señora á otra ¿de qué será?

—Pues si está claro, de mal del tordo, le respondieron.

Francisco Subercaseaux era un interminable escocés, Antonio un moro muy elegante, los García de la Huerta Manuel, Pedro y Federico tan finas, tan amables y tantísimos otros... era una legión de apuestos mancebos!

Ahí llegó Teresa Blanco de Echeverría, vestida de María Antonieta. Ningún traje habría convenido mejor á su hermosura y á su carácter audaz é independiente.

Había llegado la noche antes á Santiago, en viaje de Copiapó, donde vivía con su familia. Al saltar del vapor el día anterior, vió que no podría llegar á tiempo para asistir al baile; pero para ella no había imposibles, y resueltamente se fué en busca del jefe de los trabajos del ferrocarril de Valparaíso á Santiago, Mr. Loyd.

—Tengo necesidad de llegar esta noche á Santiago, Mr. Loyd, le dijo.

—¡Es imposible, señora! le contestó flemáticamente.

—¡Pues, tengo que llegar! me iré á pie! añadió.

—¿A pie? Mrs. Echeverría, perdona, ¡esa es locura!

—¡No! tengo que llegar y saldré luego... ¿No quiere usted llevarme en una máquina?

—¡Dam the woman! murmuró él creyendo que no lo comprendían. Oye, señora, esta noche sale máquina por primera vez... va á probar línea, y estar muy expuesto; hasta maquinista tener temor.

—¡Ya está; en ella me voy! Si quiere usted le pone carrito, si no, me voy con el maquinista, ¿lo oye?

—Sí, yo oír... pero misía Teresita, por Dios, es imposible, you no atreverse!

—¿A qué hora sale esa máquina? preguntó ella.

—¡Pero ser una imprudencia! estar usted muy expuesta, decía desesperado el pobre Mr. Loyd. Yo quiere estar en mi país, lady's, no nunca do eso! Una alegre risotada de Teresa fué su contestación y una hora después salían juntos en un carrito tirado por la máquina exploradora que por primera vez, y de noche, recorría esa que se creía peligrosa línea. A las dos golpeaba la puerta de la casa de su padre. Mr. Loyd quedó encantado. ¡Ah, las chilenas, decía, muy grandes mujeres!

Josefina Subercaseaux de Larraín vestía traje de italiana, de gran propiedad y que le sentaba mucho. Su esposo, J. Francisco Larraín G., de condottiere italiano.

¿Quién no estuvo en ese baile? Desde el Presidente de la República hasta las señoras que desde hacía cincuenta años no salían de sus casas... Las joyerías quedaron vacías, las tiendas salieron de todos sus vejesterios. Aquello fué una follie, un cuento de las Mil y Una Noches. Dudo que pueda darse en Santiago, aún hoy que tanto ha progresado, un baile más suntuoso, ni más lujoso, ni más elegante y distinguido. Los ha habido después magníficos, pero no mejores que ése.

Los poetas lo cantaron, literatos como los Arteaga Alemparte, Lastarria y otros, hicieron descripciones de él. Emilia Bello hizo una preciosa descripción en versos, y no hubo nadie que no saliera contento y satisfecho.

SANTIAGO RUSIÑOL

ALGUNOS de nuestros lectores recordarán el exquisito poemita en prosa "Frisson d'Hiver" en que el delicado poeta francés Stéphane Mallarmé describe con tan extraordinaria ternura la gracia y el encanto de los sitios y las cosas apagadas y esfumadas por el tiempo, y expresa, con palabras suavemente musicales que arrebatan el espíritu á las regiones del ensueño, el particular estado de ánimo de los que, cansados y disgustados de las manifestaciones de nuestra atareada y ruidosa vida moderna, prefieren vivir intelectualmente en una especie de mórbida nostalgia de los tiempos que ya pasaron. A esta categoría de pensadores refinados y artísticos pertenece el pintor español Santiago Rusiñol, generalmente conocido como pintor de jardines á causa del carácter especial de sus asuntos pictóricos.

Entre los más hábiles artistas de la joven escuela moderna, á la que debe España el renacimiento de su pintura, después de la decadencia debida á los sucesores de Fortuny, ocupa un puesto preeminente Ignacio Zuloaga como el pintor más característico de la vida española, con todas sus pasiones ardientes. El ha hecho revivir las artísticas tradiciones de España, dormidas desde la muer-

te de Goya. Joaquín Sorolla y Bastida representa el estudio concienzudo de la vida humilde y de los maravillosos efectos de la luz en el mar. Anglada es el pintor de las escenas populares españolas

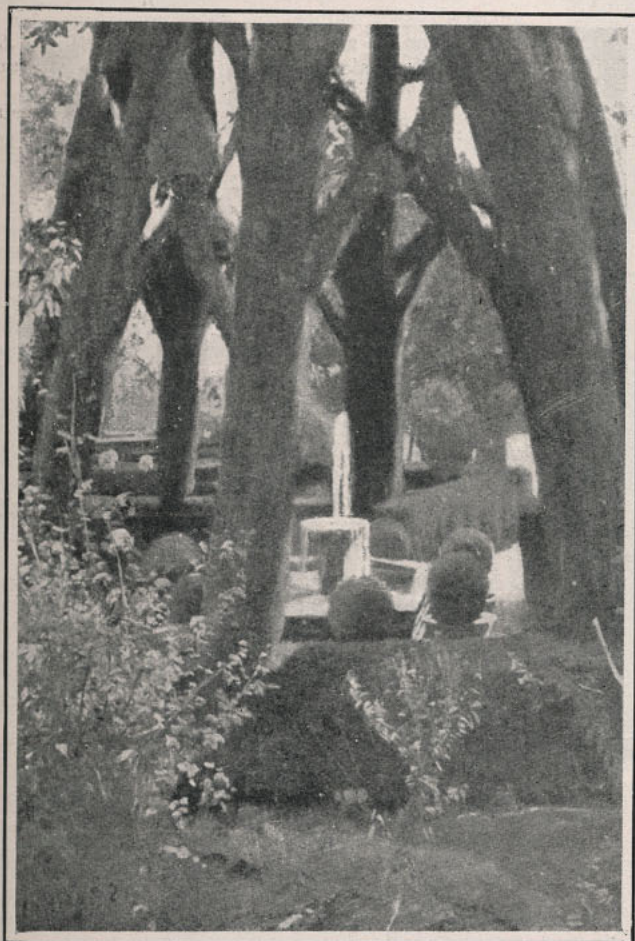
y parisienses en las que ha sabido sorprender toda su gracia y animación. Santiago Rusiñol se nos presenta en cambio como un pintor lleno de inspiración poética y sugestiva. Esto no sorprenderá á nadie cuando digamos que Rusiñol maneja igualmente bien la pluma y el pincel, y que sus dibujos, sus novelas cortas, y especialmente sus dramas y comedias, escritos en la rica y pintoresca lengua catalana le han merecido un envidiable puesto en la literatura.

Nació Santiago Rusiñol en Barcelona en 1861; no tuvo nada de precoz y sólo pasada la primera juventud estudió, sin ningún maestro y merced á un poderoso esfuerzo autodidáctico, los elementos de la pintura; expuso, á la edad de veinticinco años sus primeras obras, escenas típicas de la vida industrial

de Barcelona. Durante algún tiempo vaciló entre la pintura de paisaje y la de figura, produciendo en ambas direcciones obras de mérito, pero de ninguna originalidad, aunque él mismo compren-



La fuente del fauno



Arquitectura arbórea



Los cipreses dorados

día que no había encontrado aún su verdadera dirección. Empezó por entonces largos viajes, no sólo por su querido país, tan variado y pintoresco, sino también á través de Italia, Francia y Holanda, pasando una temporada considerable en París. Durante sus excursiones, como él mismo nos lo cuenta en su precioso libro "Impresiones de Arte" admirablemente ilustrado con infinidad de dibujos suyos y de sus amigos Zuloaga y Utrillo, deleitó sus ojos y su imaginación con todo lo que veía, no sólo con los espectáculos de la naturaleza, sino también con las riquezas de toda suerte encerradas en los museos.

Siguió viajando con incansable tenacidad, ávido siempre de nuevas sensaciones y emociones, y buscando siempre su camino, hasta que encontró un día la inspiración tan deseada en un viejo jardín de Granada, y se reveló su genio ante el espectáculo melancólico de aquellos árboles torcidos y tostados por el ardor de un sol de otoño, de aquellos derruidos muros y peldaños de mármol, gastados y cubiertos de musgo, ante los que se despertaba la soñadora tristeza de su imaginación poética. Desde aquel momento se dedicó exclusivamente á reproducir con toda la maestría de su pincel los jardines de todas las grandes y nobles ciudades de su hermoso país. Encontró su inspiración lo mismo en los jardines de los más ricos palacios que en los modestos jardincillos escalonados en la falda de las montañas, en las frondosas arboledas y entre las ruinas que, aunque abandonadas desde hace siglos por los hombres, han conservado aún algo de su prístina belleza. La naturaleza que reproduce Rusiñol no es la naturaleza con su noble majestad, ni con su gracia sencilla, embellecida por el sol, poetizada por la luz de la luna ó dramatizada por la tempestad, como la retrataron tantos grandes maestros, desde Ruysdael hasta Constable, desde Rousseau hasta Monet, en cuyos cuadros la naturaleza está representada con toda su nobleza y los seres humanos sólo desempeñan un papel secundario; tampoco adopta una forma fantástica como en las "Ninfas de los Bosques" de Corot, ni como en las simbólicas apariciones en las alturas alpestres de Segantini ó en las figuras



Rincón florido

que aparecen en reposo en los tranquilos crepúsculos de Menard.

Prefiere pintar la naturaleza que el hombre conoce y antepone á todas las demás, con los jardines y terrazas creados para sus horas de descanso y de placer. Rusiñol posee el don secreto de poner ante nuestros ojos las figuras de los que vivieron, amaron y sufrieron allí, hace una hora, un año ó un siglo; los personajes jóvenes ó viejos que descansaron bajo los umbrosos árboles, que cogieron flores en primavera ó frutas en otoño, que se pasearon por las tranquilas alamedas, hoy desiertas é invadidas por la hierba, que contemplaron las estatuas hoy caídas ó rotas y se miraron en las castas fuentes ahora silenciosas y secas. ¡Ay! todo aquello se fué, pero Rusiñol tiene el talento particular de hacer revivir y de poblar de nuevo las viejas escenas y en esto reside su encanto especial y su extraordinaria fascinación poética.

El hecho de repetir un año tras otro en docenas de cuadros el asunto pictórico, constituye una maravilla. Rusiñol exponía treinta y dos cuadros de jardines en la Galería del Art Nouveau, en 1899, y sin embargo, consiguió evitar la monotonía. En todos los sitios en que ha expuesto sus obras ha sabido conquistarse todos los aplausos, lo mismo en Madrid que en Barcelona, París, Bruselas, Venecia ó San Luis.

El secreto de semejante maravilla reside, no solamente en la graciosa facilidad del pintor que, con poquísimos elementos más ó menos idénticos, como pórticos, escalinatas, grupos de árboles, setos floridos, lagos ó estanques que reflejan el azul del cielo, consigue formar un exquisito cuadro. Admiramos en Rusiñol no solamente la seguridad de su dibujo y la armonía magistral de su colorido, ora sombrío, ora exuberante, sino también el perfecto contacto que parece conservar con la naturaleza, observándola continuamente con ojos enamorados y no cayendo nunca en el amaneramiento. Así gracias á la sinceridad de su visión consigue ser siempre interesante á pesar de sus repeticiones.

Ante cada lienzo nuevo de Santiago Rusiñol nos sentimos conquistados por la poderosa fascinación que de ellos se desprende. Cada una de sus delicadas composiciones hace revivir ante nuestros ojos escenas de la España de otros tiempos, y nos hace conocer y amar las almas heroicas ó místicas ó apasionadas de los que allí vivieron.



EN EL GENERALIFE

CUADRO DE SANTIAGO RUSIÑOL

VITTORIO PICA



...Las caravanas pacientes y flemáticas de los pollinos...

La Paz, Invierno de 1909

LA ciudad está de fiesta. No siempre lo está á lo que cuentan las crónicas y mis ojos han visto en lo que llevo de vida en ella. La ciudad es triste. Enclavada sobre el lomo monstruoso del gran Ande, la ciudad en que vivo, vive una vida de sueño y de taciturnez; apacible vivir de agua mansa, apacible vivir de grey dócil y buena: esta es casi una virtud, sin asomo de paradoja.

Que es triste la ciudad, lo dicen sus noches, lo cantan sus crepúsculos, lo murmuran sus mismos habitantes, de allende el mar y de la tierra propios, que veo pasar por las calles inclinadas, y que se me antoja pensar van con no sé que dejo de pesadumbre; pesadumbre que sale apenas á los rostros como la de las personas que mueren de tisis; esto es á mis ojos del alma casi una virtud. Y, repito sin asomo de paradoja, sin ironía.

Escribo al amor del quinqué, cuando la ciudad está casi dormida y soplan afuera ráfagas de heladas. Y queriendo decir muchas cosas, expresar muchos sentimientos, hablar de muchos sueños, todas se van muriendo al llegar á los labios, donde parece acaban las ondas del lago tranquilo de mi alma cuando en sus aguas quietas, cae el esqueleto de un pensamiento medroso ó la hoja seca de la flor maravillosa de un sueño que va deshojándose, al soplo de no sé qué fría racha, espiritual, fría, ¡ay Dios! tanto cual la que ahora, en la avenida, sopla entre la arboleda.

La ciudad está de fiesta. Y es la fiesta del fuego. Hace media hora no más, yo me he engañado amablemente, haciendo lo que los otros, sonriendo á la visión de las grandes llamaradas, entre los grupos de gente popular, en esta ó aquella calle, y así abriendo un paréntesis al florecimiento interior, sonriendo como lo hacen los demás, me he engañado amablemente. Desde temprano antes de que el sol principiase á florecer, á entreabrir su rosal fantástico del poniente, he tomado del brazo á mi amigo, un poeta joven como yo, soñador é ingenuo y á la ventura nos hemos dejado ir, silenciosos á trechos, á trechos parleros, por no sé qué barrios. Con placer hemos aguzado los sentidos al ligero movimiento que como un sacudir de alas, creíamos ver, tomaba la ciudad por momentos. Y hablando de amor, de vanas quimeras, de cosas triviales ó de proyectos para el porvenir, hemos ido á parar, allá abajo, en las afueras de la ciudad. Hay, es cierto, un movimiento en las calles, que toman otro aspecto que el cotidiano del vivir siempre igual y sin acontecimientos. Y detenidos en una esquina nos distraemos en ver las caravanas pacientes y flemáticas de los pollinos que entran por las avenidas, las cabezas gachas, sobre los lomos unas cargas enormes de combustible, que van dejando de trecho en trecho, para tomar después á sus cuadras, cabe las chozas de los alrededores. Y son acreedores y dignos de elogios, esos joviales animales, que como asevera mi amigo, tienen una buena parte en la fiesta del fuego. Tal vez ellos en su sensibilidad salvaje, escuchan la

emoción íntima del combustible sometido á la consunción, ó en las vagas y enormes pupilas, ebrias del sol del campo y de la melancolía de la sierra, recojan para sus horas de descanso,—porque también deben soñar,—el secreto doloroso del paisaje en el atardecer. Pollinos, lanudos y sumisos, afirmo que tienen una alma, que no sé que empedernido naturalista, encerrado entre las páginas de un libro, se empeña en demostrarme; puede ser una alma mucho más noble que la apocada del pulpero de la esquina,—y es lo más cruel del naturalista,—alma más sentimental y emotiva que la del primer caballero ó señorita que pase por la acera del frente.



El fuego crepita. Es el día de San Juan. Buenas y gratas horas de la infancia, ¿dónde estáis? Dónde todo eso, bello, divinamente hermoso que colmó de felicidad la era gloriosa de mi niñez? Pavasas, humo.

Gloria al fuoco. Se me antoja que esta frase la van musitando todos los labios. Hay en verdad, tal como me lo ha anunciado un amigo natural del país, una alegría que llena todos los espíritus. Más que para engañar el frío que sacude los cuerpos, estas grandes hogueras prendidas en la calle pública, ó que por una costumbre, creo que obedecen á la necesidad de poner frente á los ojos, de continuo abiertos sobre la blancura de la nieve ó el tono andecino de las lomas, el milagro viviente del fuego. La hoguera vive una vida intensa. Es como un alma que se consume en sí misma. Es en sí una vida en la plenitud de su energía. Desde la superficie de la tierra negra, donde la mano áspera del indígena acumuló el combustible, se alza la llama triunfal, crepitante y sonora. El fuego canta. A veces se paraliza la llama, antes movable y frágil, como si le faltase la vida. En otras tiene movilidades de serpiente, se levanta airosa, se mantiene sobre su propia fuerza ó se arrastra desesperadamente cual si la saquiese un instinto de locura. Es la llama voluble como una mujer. Tan voluble y frágil que el soplo de un pensamiento grave puede hacerla inclinarse. Es luz también la llama, y voluble y frágil es como la mujer la alegría de la tierra.

Alrededor de las hogueras la gente se agita. Desde los balcones de las casas, en cuyas paredes el reflejar vago de las llamas dibuja fantasmas, las muchachas minan el fuego, crepitante, sonoro. De todas partes han acudido en tropes los muchachos; y place ver la alegría infantil, plenamente acorde con los preceptos de la naturaleza, cantar como el fuego canta, sin saber que lo hace, sin pensar en que es efímero el canto como la vida de una flor. Uno ríe y la carcajada vibrante llena toda la calle; otro salta, aquél corre, el de más allá medita, en actitud discreta, la pilatuna del día próximo. La alegría infantil se deshoja así, como un ramillete de rosas frescas, en el concierto de los hombres. Y alrededor de la hoguera las cabecitas joviales de los muchachos del barrio, congregados jubi-

losamente, son hermanas del fuego que crepita y de las cosas buenas y sonrientes.

Los principales autores de la fiesta del fuego que ha llovido alegría en toda la ciudad, son las gentes indígenas que rodean las hogueras y las atizan con el empeño con que se atiza un sueño. Ellas, durante el lento correr de los días, las semanas y los meses, fueron paciente y noblemente, formando alrededor de su choza de los barrios bajos, el montón de combustible, que ahora, en media hora, en un minuto, el prodigio del fuego entrega á mejor vida. Tal vez durante la negación que hay de fecha á fecha, de aniversario á aniversario, ellas tuvieron una ilusión, un sueño: ver llegar el día de San Juan para entregarse gozosamente á la fiesta del fuego que prepararon sus manos rudas, hechas por el dolor. Y ahora rodean la hoguera que canta y crepita. Yo les veo abrir los ojos enormes y dolientes, sobre las llamas rojas. Les veo acercarse, fijar las pupilas melancólicas en la llamarada que se consume, con tal desesperación en su aparente apacibilidad, así cual si quisiesen poner entre sus almas, todo ese fuego, para los densos fríos de las largas noches de invierno. Por eso mueven y remueven la hoguera, que alza hacia el espacio, la maravilla voluble y ondeante de la llama.

Desde los balcones las muchachas miran la hoguera, en la fiesta de su consunción, sin pensar que tras la ligera y ardiente llama, sólo quedan las pavesas, cenicientas, cenicientas.



La ciudad está de fiesta y es la fiesta del fuego; día de algazara, cuando después del regocijo, la abuela nos cuenta cuentos fantásti-

que eran la alegría y el sol del jardín sin primavera de mi vida. Muy triste debe estar la casa antigua y sola y en ella sólo ahora llenarán las sombras de la noche las habitaciones vacías; y la fuente, la vieja fuente sonora, reizará melancólica por todos los que han sido, entre sus graves galerías. Sólo la figura severa de mi padre, el más noble de todos los hombres, velará en el sombrío corredor predilecto, el último sueño de su vida...

Día de San Juan, día de fiesta en la ciudad en que vivo y es la fiesta del fuego. Día de San Juan en mi ciudad lejana. Cuando siendo niños jugamos al caballito de palo con cara de colores que nos hizo la madre. Y en las noches el corro de muchachos en la ve-
cindad gritaba alegremente:

"Por las barbas de San Juan,
dános queso, dános dulce, dános pan,
triqui, triqui, triqui, tran..."

Buen día de San Juan en la era gloriosa de la niñez; cuando se corre la maceta de alfeñique en la campiña, cuando se pide queso, cuando se pide pan; y después de los cuentos de la abuela, se juega á la *pizigaña-pizigaña*, y se queda el alma infantil dulcemente dormida en una infinita felicidad. Muy triste debe estar la casa antigua y sola y en ella sólo la vieja fuente se lamentará por todos los que han sido entre sus oscuras galerías.

Gloria al fouco. La ciudad está de fiesta. Giran las gentes alrededor de las hogueras y de los balcones, miran las muchachas el fuego consumirse, como se consume un sueño de amor.

Yo miro todo eso engañándome amablemente con la alegría de los otros. Ahora el fuego ha concluído y las calles, con sus man-



...Alrededor de las hogueras la gente se agita...

cos, mientras la mano blanca y rugosa dá vueltas al huso y los ojos opacos se abren serenamente hacia la tierra. La amada ¿dónde está? Qué hará á esta hora? El padre, la madre, la hermana, qué se hicieron? Dónde las cosas bellas que aromaron la infancia, la casa vetusta, los corredores llenos de misterio, las habitaciones desiertas, el viejo patio, la fuente, el jardín y las almas, las almas de sus dueños, sus vidas, las almas de sus cosas? Dónde están?...

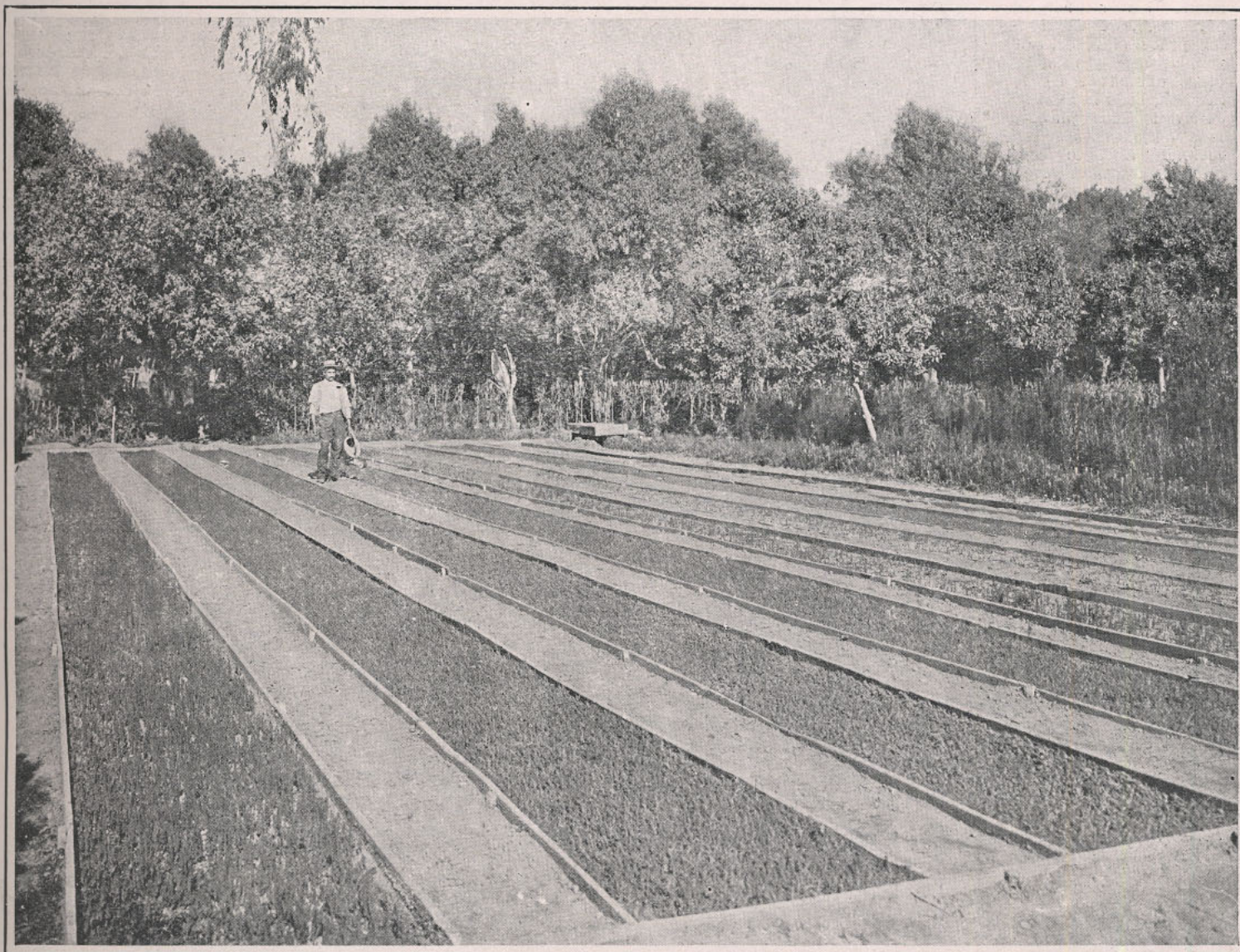
Día de San Juan, en mi ciudad lejana. Debe estar muy triste la casa antigua y sola, donde la muerte, ¡ay, Dios! segó muchas flores

chas negras, afectan la forma de grandes cintas hechas de las pieles de tigres fabulosos. Mañana la ciudad estará, como de continuo, triste. Será como una agua mansa, será como un campo apacible; estará en su propia virtud...

Y mientras en mi habitación, engaño mi tristeza y distraigo mi insomnio, pienso cuán dulce me es, en mi soledad, lejos de las cosas más amadas del corazón, ajeno al paisaje que me rodea, prender la hoguera del recuerdo y dejarla que arda, que arda hasta consumirse, al amor del leño santo del ensueño.

J. M. PERLAZA

SANTA INES



Sección del Criadero donde se efectúan los almácigos de coníferas y otros árboles forestales

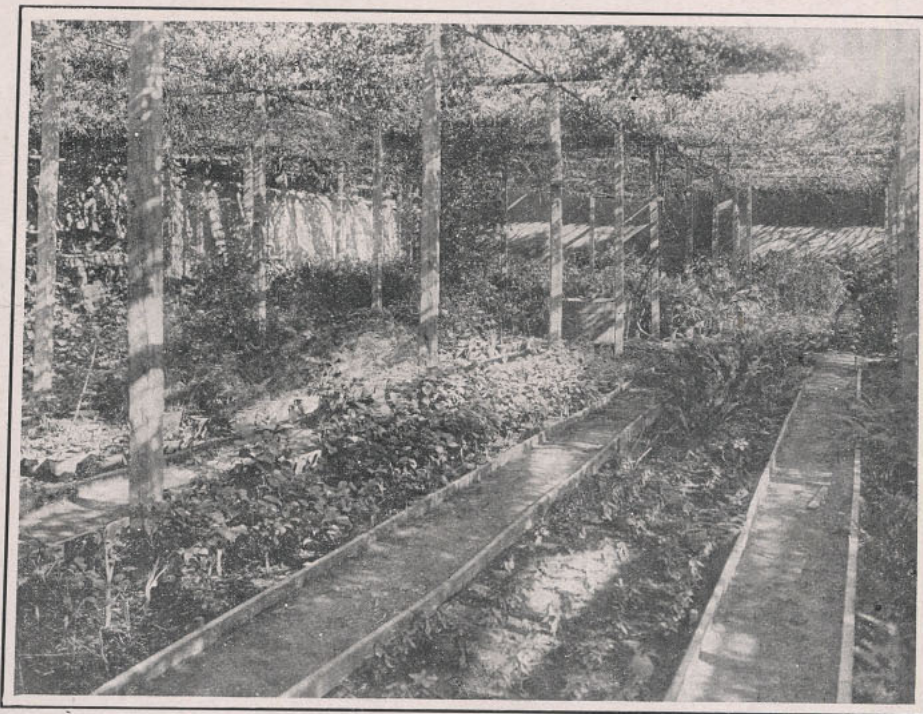
EL nombre de "Santa Inés" en la estación de otoño, llega naturalmente á la conversación de los aficionados á flores y árboles de adorno, como también á los agricultores deseosos de aprovechar mejor sus terrenos por medio de plantaciones forestales, de industrias que sin duda están llamadas á un gran porvenir. "Santa Inés", pues, es el Criadero de Árboles más importante de Chile, y está situado á pocos kilómetros al oeste de la estación de Nos.

Fué fundado en el año 1888, y aunque no dió resultados satisfactorios en los primeros años, el dueño, con una perseverancia digna de aplausos, siguió siempre el camino tomado, sacrificando grandes sumas de dinero en mejoras así como también en la adquisición de plantas extranjeras. Sin embargo, de año en año la situación financiera del Criadero principió á mejorarse, hasta llegar hoy día á convertirse en un negocio de los más importantes. Para dar idea de la magnitud de este Criadero, la estadística del año 1909 dió la cantidad enorme de 1 millón 100 mil árboles y plantas de todas especies vendidas, y tiene además en existencia más de 13 millones de plantas diversas, sea

en el suelo ó en maceteros. El Criadero se divide en cinco secciones principales que son:

1.º El huerto, colección frutal donde se plantan todas las novedades importadas del extranjero, para así estudiar y mostrar á los compradores las cualidades de los frutos, su desarrollo, así como también la fertilidad bajo

el clima de Chile. De este huerto, todos los años se sacan las púas ó sarmientos para la propagación. 2.º El arboretium ó jardín botánico, que tiene una superficie de 3½ hectáreas. Esta sección también es de las más importantes por contener casi todos los árboles, arbustos ó subarborescentes, sean forestales ó de adorno. Ahí el visitante puede ver el desarrollo y efecto decorativo de cada vegetal y así escoger los que más convienen, á su juicio, sin por esto tener conocimientos especiales de botánica. 3.º El criadero, propiamente dicho, donde se hace la crianza de todos los vegetales. Tiene una superficie de 125 hectáreas. Ahí se ven filas interminables de árboles forestales, frutales, arbustos etc., de todas edades y de todos tamaños, desde el chico hasta el árbol ya formado. Esta sección, á



Vista del Criadero de árboles de espesura y especialmente de la nueva variedad Imperial azucarada de "Santa Inés".

su vez, se divide en varios departamentos: a) los viveros donde se hacen los almácigos, por miles, de eucalyptus, pinos, cipreses, olivos, aromos y muchos otros arbustos; b) la ramada, bajo la cual se cultivan las plantas más delicadas que no resisten á todo sol; c) los invernáculos, ó conservatorios, donde se cultivan las plantas de climas más cálidos, como ser, las palmas y las joyas del reino vegetal: las orquídeas, flores tan de moda actualmente; d) el huerto naranjal que tomó un gran desarrollo en los últimos años. Ahí todos los limones y naranjos se ingertan sobre patrones adecuados, asegurando un desarrollo más vigoroso y una fructificación más temprana; e) las colecciones de plantas florales, que son de las más completas del país: en rosas solamente hay 1,200 variedades. Todos los años se hacen pedidos especiales á Europa para encarar las últimas novedades, de modo que el Criadero sigue siempre los adelantos hortícolas del Viejo Mundo. 4.º Los huertos industriales, que ocupan más ó menos 84 hectáreas, plantados principalmente con duraznos para conservar al jugo ó para la fabricación de descarozados, y de ciruelas para secar, de lo cual solamente se cultivan las variedades de "Agen" y "Ana Spath", tan apreciadas por el público chileno. Para la disecación de esta fruta, el Criadero instaló un secadero á vapor, que da excelentes resultados. El espárrago también se cultiva en gran escala para la conserva. 5.º Los bosques de eucalyptus, de cipreses, que dan



Santa Inés.—Ramada de media sombra para el cultivo de plantas delicadas.

ción de despacho, que generalmente empieza en la segunda quincena de Mayo, hasta fines de Agosto. En estos tres meses la sección de embalaje tiene una actividad febril y no es raro ver ahí más de cien peones preparando cajones, bultos etc., para despacharlos por todos los puntos de Chile, como también de las repúblicas vecinas.

El riego del Criadero se hace por medio de las aguas del río Maipo, y para las secciones de maceteros y conservatorios, por medio de cañerías que salen de un estanque.

El Criadero es directamente dirigido por su dueño, don Salvador Izquierdo, con habilidad y conocimientos que le honran.

una idea del desarrollo rápido y del aprovechamiento que se puede hacer de terrenos de malas cualidades. Las grandes avenidas del Criadero son plantadas de álamos ó de otros árboles, que se explotan en parte, anualmente, para la fabricación de los cajones de embalaje que usa el Criadero en gran número, como para elaborar tablas y madera que sirven para varias construcciones. Como anexo indispensable del Criadero, se encuentra la fábrica de maceteros, que produce anualmente más ó menos 300,000 maceteros de todos tamaños; la instalación hidro-eléctrica que produce la fuerza motriz para las máquinas de la elaboración de madera, como también para el alumbrado eléctrico que existe en varias secciones para facilitar el trabajo nocturno durante la esta-



Santa Inés.—Vista de conjunto de la sección parque y conservatorios.

Filosofía Optimista

(Conclusión)

En seguida, pasa Metchnikoff á dilucidar lo que puede hacer la ciencia para paliar las desarmonías de la naturaleza humana. Es evidente que en la concepción pesimista del universo ha desempeñado mucho papel el temor á las enfermedades. Ahora bien, las ciencias médicas basadas en la observación y la experimentación han hecho grandes progresos, no sólo para curarlas sino, también, para prevenirlas. ¿Podría, acaso, suceder hoy lo que en el siglo XIV que la peste negra concluyó con casi la tercera parte de la población de la Europa? Pero, la ciencia sólo posee datos insignificantes sobre la vejez y la muerte. Se nota en la vejez la tendencia al endurecimiento de los órganos, ó degeneración llamada esclerosis; lo más á menudo son las arterias las que experimentan esta modificación, lo que se llama arterioesclerosis. Metchnikoff, en un trabajo anterior (1899) emitió la teoría de que este fenómeno se debía á la lucha entre los elementos nobles del organismo y los elementos simples, ó macrófagos, con ventaja para estos últimos, y produciéndose la atrofia de los primeros. Parece, entonces, que un medio de combatir la vejez consistiría en reforzar los elementos nobles del organismo. Aunque este problema no esté resuelto, se presenta como una cuestión científica semejante á muchas otras, y el descubrimiento de los *serums* lo facilitará. Pero, ¿por qué hay necesidad de ayudar á los elementos preciosos? ¿Por qué se debilitan? Habría el mayor interés en conocer las causas. La analogía de la degeneración senil con las enfermedades atrópicas de nuestros principales órganos nos permite suponer una similitud de causas. Sabemos que la esclerosis es el resultado de la intoxicación con venenos como el plomo, el alcohol y por virus como el de la sífilis. Esta y el alcohol ocasionan un 45 por ciento de todos los casos comprobados. Se puede suponer, por consiguiente, que para los demás debe de haber otra causa patológica: Metchnikoff emite la hipótesis del envenenamiento por la masa innumerable de microbios que pululan en el intestino, que, según investigaciones de Strassburger, llegan á 128,000.000.000.000 por día, principalmente en su parte inferior. La mayoría de éstos no atraviesa la pared intestinal, pero sus productos pasan fácilmente á la sangre. Desde hace mucho tiempo se ha encontrado en la orina una serie de sustancias, tales como los derivados del fenol, cresol, indol, skatol. En ciertas enfermedades aumenta la cantidad, y también por la estagnación del contenido intestinal. Es notable que muchos pájaros famosos por su longevidad, no tengan ciego, es decir, la parte del intestino que contiene más microbios, lo que confirmaría la hipótesis. En consecuencia, preciso es combatir esos microbios perjudiciales que producen fermentaciones y putrefacciones que originan venenos. Investigando las influencias que impiden la putrefacción, se observó que la leche muy rara vez se putrefacta, mientras que la carne se descompone con mucha facilidad. Se debe ese resultado en la leche á ciertos microbios, especialmente á los que hacen agriarla, transformando el azúcar de leche en ácido láctico, que se singulariza por su antagonismo con los microbios. Por esto es tan útil la leche en algunas enfermedades ocasionadas por la putrefacción intestinal, y tan convenientes las leches fermentadas: el koumis, el kefir etc. Un médico italiano bebía todos los días litro y medio de kefir, es decir, de leche que había experimentado las fermentaciones láctica y alcohólica, y pudo comprobar que en la orina desaparecieron unos y disminuyeron otros de los productos de la putrefacción intestinal. Más útil que estas leches fermentadas es la leche agria, pues no contiene nada de alcohol. El estudio científico de la vejez y de los medios de modificar su carácter patológico, contribuirá sin duda alguna á hacer la vida más feliz y más larga.

Mas, se dirá, ¿para qué prolongarla si persiste siempre la misma perspectiva horrible de la destrucción inevitable por la muerte? Antes de resolver qué vía podrá escoger la ciencia para resolver el problema de la muerte, es necesario darse cuenta de lo que se sabe en general sobre ella. No es inherente la muerte á todo organismo: los seres unicelulares son inmortales; en todo caso es incontestable que, en los seres inferiores, no existe muerte natural comparable con la de los animales superiores y del hombre. Si la muerte natural existe sobre la tierra, ha debido hacer su aparición sobre ella después que los seres vivos.

Pero, en nuestro organismo, como hace tiempo se ha notado, existen elementos inmortales: los óvulos y los espermatozoides, lo que está probado científicamente. La muerte natural en el hombre es más bien potencial que real. No siendo la vejez un fenómeno fisiológico, manifiesta caracteres mórbidos. No es este año, en estas condiciones, que termine la vejez por la muerte accidental. Sin embargo, es probable que la muerte natural sobrevenga también algunas veces en el hombre á una edad muy avanzada. El carácter patológico de la vejez ha oscurecido todo lo referente á la muerte natural. Imposible es, entonces, darse cuenta de todas las particularidades de ésta. Es sabido que algunos órganos pueden permanecer vivos algún tiempo después de la muerte: así, treinta horas después de fallecimiento por enfermedad infecciosa, el corazón extraído del cadáver y colocado en condiciones determinadas, puede volver á la vida y contraerse durante algún tiempo.

La más importante cuestión referente á la muerte natural es la siguiente: ¿se acompaña en el hombre con la desaparición del instinto de la vida y con la aparición de un nuevo instinto, el de la muerte? ¿Hay á este respecto alguna analogía con la muerte natural de los insectos llamados efímeros, que sólo viven en el aire algunas horas, destinadas al amor, y que nacen desprovistos de órganos sin los cuales la vida es imposible? No se puede responder de un modo preciso, estando completamente desnaturalizada, por decirlo así, la vejez; las personas que se acercan al término de la vida conservan sólo en casos excepcionales suficiente integridad de sus facultades intelectuales, para que pudiera desarrollarse una nueva propiedad como sería el instinto de la muerte. La regla general es que todos los viejos manifiesten deseos de continuar viviendo. Sin embargo, Tokarsky cita el ejemplo de una centenaria que dijo: "Si vivieras tú tanto como yo, podrías comprender que no sólo es posible no temer á la muerte, sino aún desearla y sentir la necesidad de la muerte así como se siente la necesidad de dormir". Evidentemente, se trata del instinto de la muerte natural desarrollado en una centenaria que conservaba íntegras sus facultades intelectuales. El doctor Fauvel cita otro caso por el estilo.

En la Biblia se encuentran indicaciones que pueden interpretarse en el sentido del instinto de la muerte natural. Se describe así la muerte de un patriarca: "Finalmente fueron los días de la vida de Abraham ciento setenta y cinco años. Y llegando á faltarle las fuerzas, murió en buena vejez, de avanzada edad, y lleno de días" (Génesis, XXV, 7 y 8). Expresiones análogas emplea al contar la muerte de Isaac, de Job y, al contrario, refiriéndose á la de Moisés, dice: "Era Moisés de ciento veinte años cuando murió: no se ofuscó su vista ni los dientes se le movieron". (Deuteronomio, XXXIV, 7).

Nos parece sumamente raro é inverosímil que pueda desarrollarse en el hombre un instinto de la muerte, tan impregnados estamos del instinto de la vida. Sin embargo, éste es comparable á los demás, como el del amor sexual y maternal. Pues bien, éstos pueden cambiar de un extremo á otro. Muy conocido es el espíritu de sacrificio que las hembras de los mamíferos y de los pájaros tienen para con sus hijos, á fin de asegurarles la vida; no obstante, este amor no dura sino mientras ellos son incapaces de proveer á sus necesidades. Cuando se hacen independientes, las madres cambian ese instinto en odio ó en indiferencia.

El instinto de la muerte está seguramente encerrado en lo más profundo de la naturaleza humana en forma potencial. Si siguiera una marcha ideal, fisiológica, el ciclo de la vida de los hombres, el instinto de la muerte natural aparecería á su debido tiempo después de una vida normal y de una vejez sana y prolongada. Es probable, aún, que este instinto debe estar acompañado de una sensación deliciosa, mucho más agradable que todas las demás sensaciones que somos capaces de experimentar. Tal vez la investigación angustiosa de un fin de la existencia no es sino la manifestación de una vaga tendencia hacia la sensación de la muerte natural, así como las sensaciones indeterminadas preceden en las vírgenes al verdadero amor. Se puede comparar á los viejos, que mueren con el temor á la muerte, con esas mujeres que casadas demasiado jóvenes, antes de la completa madurez de su sexo, mueren en su primer alumbramiento sin haber

conocido el verdadero instinto del amor. Es lo que pasaba antes en Abisinia: morían cerca de la tercera parte de las niñas recién casadas, hasta que el progreso de la cultura general y la medicina han disminuido los matrimonios prematuros. Debemos esperar que la ciencia traiga un progreso semejante respecto del instinto de la muerte natural y sean cada vez más numerosos los que se mueran en posesión de él.

El fin de la existencia humana consiste, pues, según las teorías que nos expone Metchnikoff en la obra que damos a conocer—una de las obras que más profundos conocimientos revela y de más interesante lectura—en el cumplimiento del ciclo completo y fisiológico de la vida, que termina con la pérdida del instinto de la vida y la aparición del instinto de la muerte. Este conocimiento del fin verdadero de la existencia del hombre, facilita mucho la solución del problema de la conducta que debemos seguir durante toda nuestra vida. La ciencia ha demostrado que el hombre desciende del animal; que tiene en su naturaleza cualidades buenas y malas y que éstas hacen desgraciada su existencia. Pero, no siendo inmutable la naturaleza humana, puede ser modificada corrigiendo sus desarmonías, lo que parece posible, ya que en otro tiempo fué la vejez más fisiológica y la muerte más natural.

El estudio de la naturaleza humana nos informa, también, sobre el significado de la verdadera cultura y del verdadero progreso. Este no consiste, como lo creía H. Spencer, en la complejidad cada vez mayor de las condiciones de la vida; por el contrario, la simplificación de muchos aspectos de la vida civilizada, son indispensables para alcanzar la vejez fisiológica. La alimentación complicada, refinada, la exagerada “diferenciación” de los vestidos y de las habitaciones, están en desacuerdo con la higiene. También el lujo, que tanto mal causa a los hombres, es contrario al desarrollo del ciclo normal de la vida.

En vez de perseguir el placer inmediato, deben los jóvenes prepararse para una vejez fisiológica y una muerte natural. El aprendizaje será largo, seguramente. Para llegar a este resultado, los hombres deberán ayudarse infinitamente más que hoy; tendrán que adquirir un grado de instrucción muy superior. Toda la organización social aprovechará y la verdadera política se fundará sobre nuevas bases. El cuadro repelente de la vejez, llena de egoísmo, de pequeñez de criterio, de malevolencia, se refiere únicamente a la actual, que está desviada de su sentido verdadero: la vejez fisiológica del porvenir será muy diversa. Se producirá una diferenciación en la especie humana; los ancianos, que conservarán íntegras sus facultades intelectuales, en vez de ser una carga como hoy, aplicarán su gran experiencia a la política y a la justicia, para las cuales son incompetentes los jóvenes.

Progresando hacia el fin real de la existencia, perderán los hombres mucha parte de su libertad, ganando, en cambio, considerablemente en solidaridad. Cuanto más exacto y preciso se hace el conocimiento de algunos hechos, tanto menos libertad tenemos para no tomarlo en cuenta.

Marchando rectamente hacia el fin, preciso será consultar siempre a la naturaleza. Pero, no podrá el hombre, en el problema de su destino, contentarse con lo que la naturaleza le ha dado; tendrá que intervenir con su actividad propia. Así como ha modificado la naturaleza de los animales y la de las plantas, deberá modificar la suya para hacerla más armónica, en conformidad al ideal que se haya formado.

Si es posible reunir a los hombres en un ideal que sea una especie de religión del porvenir, no podrá tener por base sino principios científicos. Y si fuera cierto lo que se afirma corrientemente, de que el hombre no puede vivir sin fe, ésta tendrá que ser la fe en el poder de la ciencia.

LIBROS NUEVOS

OBRA HISTORICA SOBRE EL CENTENARIO

La nueva obra del señor Vicuña Subercaseaux, intitulada “Crónicas del Centenario”, tiene por objeto recordar cuál fué el régimen que nuestros hombres destruyeron por medio de la revolución de la independencia y en qué consistió esa revolución. El propósito perseguido por el señor Vicuña es por demás oportuno, en estos momentos en que se cumplen los primeros cien años de aquellas memorables ocurrencias, y cuando, por el abandono en que se encuentran los estudios históricos, aquella epopeya que debemos tener siempre presente se encuentra algo olvidada.

La primera parte de la obra del señor Vicuña Subercaseaux es la que tiene más carácter histórico, pues en la segunda el ardor patriótico y lo providencial de los acontecimientos, le dan al libro un tinte de romance heroico propio de los admirables años de la Patria Vieja.

En la primera parte se pasa en revista el régimen colonial de España, régimen dentro del cual germinó y se desarrolló en América el sentimiento de la libertad. Es posible que, de todos modos, con buena ó mala administración colonial, la independencia de América se hubiera producido, por los nuevos intereses y las nuevas ideas políticas. El autor lo cree del mismo modo. Pero, en este caso, nuestra revolución se hubiera parecido a la de los Estados Unidos, sin tener ese carácter de causa santa por el cual se vieron incomparables episodios morales.

Los ocho primeros capítulos están dedicados al régimen colonial y se llaman: “España en el siglo XVII”, “La Real Audiencia”, “La Inquisición”, “Trato de Indios”, “Sistema Económico y Comercial”, “La Enseñanza”, “El Cabildo”, “Cuadro de la Colonia”. La segunda parte, dedicada a la “Patria Vieja”, analiza la labor sagaz y continuada de Martínez de Rozas, que comienza a minar el poder español en 1808 en el círculo de los “precursores”, del cual era don Manuel Salas el conductor preclaro. Martínez de Rozas es el hombre de gran talento é influencia—el Sieyes de nuestra revolución, como lo llama el señor Vicuña Subercaseaux—que provoca la caída del último Capitán General, García Ca-

rrasco (16 de Julio de 1810), propone y obtiene la creación de la Junta de Septiembre, organiza las elecciones para el primer Congreso Nacional, en Abril de 1811, y triunfa contra el coronel don Tomás de Figueroa en el primer encuentro armado de nuestra revolución.

Martínez de Rozas impera hasta que—habiendo llegado la revolución al punto en que cesa el carácter de agitación política y estalla la verdadera guerra—fué preciso dejarle el campo a un soldado. Ese soldado no fué otro que el deslumbrante húsar de Galicia, don José Miguel Carrera.

Carrera, con su actividad y con su genio, ayudado por hombres ilustres, como Gandarillas, de la Cruz, Egaña, Camilo Henríquez, funda y organiza la República de Chile en 1812.

En 1813 estalla en el sur el cañón del General español Pareja, que viene a reducir y a castigar esta colonia con ínfulas de Estado independiente. Comienzan las primeras guerras de la Patria, que no son sino victorias, gracias al talento de Carrera, a la audacia de O'Higgins y a la pericia del ingeniero Mackenna. Por desgracia, la impetuosidad del carácter de Carrera y lo absorbente de su familia, acaban por producir hondas divisiones entre los jefes patriotas, divisiones que fueron el origen de guerras civiles que duraron hasta la segunda mitad del siglo.

En estas condiciones, con el demonio de la discordia metido en el campo patriota, las cosas tomaron mal sesgo en 1814. Las admirables defensas del coronel Mackenna en Membrillar y Quechereguas se pierden en el tratado de Lircay. Se produce la catástrofe de Rancagua, cuya causa sigue siendo un misterio encerrado en las fosas que guardan a esos dos caudillos heroicos que se odiaban por querer ser cada uno el solo libertador de Chile. En Rancagua acaba el período de la Patria Vieja.

Todo esto nos lo cuenta el señor Vicuña Subercaseaux en la segunda parte de su obra, cuyos capítulos son: “El curso de la antorcha”, “La verdadera fecha”, “Primer Congreso Nacional”, “1812”, “1813”, “1814”, “Epílogo”.

